

Javier Feijóo

DEL DIARIO DE IÑAKI

NOVELA



EDICION DIGITAL

Mayo de 2009

© Javier Feijóo (Francisco Javier Feijóo Rodríguez -Badajoz -España-)

Edición Digital

Depósito Legal: BA – 341 - 09

Varios meses después

(Del diario de Iñaki)

... ..Libertad. ¡Qué maravillosa palabra! Ha retumbado en mi cabeza con un eco infinito mientras salía por la puerta mi compañero de celda. Luego se ha hecho el silencio. Me he quedado solo, atascado con mis pensamientos. He reflexionado sobre mi culpa, sobre el involuntario homicidio que cometí aquel fatídico día. Cada vez que lo recuerdo se me crisan los nervios. Pero mi conciencia siempre relaja mis músculos. A veces se tensan hasta causarme dolor.

La cama de enfrente se ha quedado vacía, tan vacía como el tiempo que me envuelve en la soledad de esta estancia donde vivo muriendo lentamente. Y aún hay quien dice que la vida es demasiado corta. Pero... ¡que le pregunten a un preso sobre la longevidad de la vida!

Me pregunto quién será mi próximo compañero de celda... ..

Capítulo I

Charli ya había cumplido cuarenta y ocho años y llevaba más de la mitad en el oficio. Su cabellera larga y morena descendía desde un estirado metro ochenta y cinco, y su anchura de hombros no desentonaba demasiado con su estilizada figura. Sin ser guapo, exhibía una rara expresión facial que infundía cierta serenidad, lo que le hacía ser especialmente atractivo.

Siempre había trabajado con ‘producto’ nacional. Pero en la década de los noventa, con la masiva afluencia de nativas sudamericanas, se había animado a internacionalizar su plantilla. *“Esos redondos culos transatlánticos tienen algo especial que atrae a la clientela”* –se decía-.

Ahora se chuleaba a una guapísima y sumisa dominicana que se hacía llamar Angélica; a una morena isleña, de Tenerife, conocida por el nombre de Flavia; y a Jennifer, una imponente brasileña recién llegada a Madrid. Ninguna de ellas superaba los veintiséis años.

Charli era un reconocido, respetado y experto proxeneta. Uno de los chulos de putas a la antigua usanza que aún funcionaban en Madrid a pesar del auge de los clubs de carreteras y de las mafias organizadas de inmigrantes. Él se consideraba un romántico solitario en el arte de vivir, nunca mejor dicho, del sexo contrario.

Por su edad, y por los muchos años que llevaba ejerciendo este bien remunerado oficio, intuía que su fecha de jubilación llegaba clareando por el cercano horizonte de su inminente madurez. Su cotización a la Seguridad Social había sido nula, y consideró llegado el momento de ir haciendo suficiente acopio de dinero para pasear sin apuros innecesarios sobre las hojas ocres y quebradizas que alfombran los umbrales de la senectud.

Por esa razón, Charli se venía mostrando últimamente mucho más precavido. Casi se podría decir que se estaba convirtiendo en un cascarrabias del proxenetismo. Su experiencia le había enseñado que era muy peligroso cometer errores en estos enrevesados negocios rayanos en la delincuencia. Para él ya no tenían ningún sentido sus diabluras de épocas pasadas.

Ahora obligaba a sus chicas a voltear sus coquetos bolsos de charol en un radio de acción muy corto, para poder controlarlas relajadamente desde los distintos puntos de observación que frecuentaba durante la noche entre los claroscuros de la Casa de Campo.

Pero aquella noche era diferente. La capital de España era presa de una justificada psicosis colectiva. Durante los últimos tres meses la policía madrileña andaba muy ajetreada, no conseguía encontrar la pista definitiva que le facilitase la captura de un sanguinario violador. Todas las pesquisas indicaban que su *modus operandi* seguía una pauta preestablecida pero difícilmente descifrable.

Once mujeres habían sido violadas y degolladas. Los macabros asesinatos se habían cometido en todos y cada uno de los once últimos fines de semana, entre la medianoche y el mediodía de sus respectivos domingos. Las víctimas, todas ellas menores de treinta años y mayores de veinte, aparecían degolladas, siempre de derecha a izquierda, y con un enorme cuchillo clavado en el corazón. Y grapada sobre los cadáveres siempre había una nota manuscrita con la hora exacta del crimen y un texto idéntico en todos los casos: *“A esta hora nunca más volverás a follar con nadie”*.

Pero el horario de los crímenes no seguía ningún orden aparente. Nada hacía prever a la desquiciada policía cual sería la hora del siguiente domingo en la que cometería su próximo asesinato. Los distintos sitios de la ciudad donde se encontraron los cuerpos de las víctimas tampoco seguían un itinerario inteligible, coartando a la policía la posibilidad de intensificar la vigilancia en una u otra zona de Madrid.

También se había descartado cualquier relación entre las mujeres asesinadas por sus actividades profesionales o por sus aficiones. Sólo dos de ellas coincidían. Se trataba de dos prostitutas, la cuarta y la octava víctima, pero habían sido encontradas en zonas muy distintas de la ciudad. Todos los indicios apuntaban hacia el perfil de un psicópata, posiblemente en tratamiento psiquiátrico. Por ese motivo, como medida de prevención, el Ministerio del Interior había ordenado a la Jefatura Superior de Policía una estricta vigilancia sobre los pacientes diagnosticados con dicha patología,

principalmente los más agresivos, que tuviesen ficha abierta en cualquier clínica pública o privada de Madrid y de todas las poblaciones limítrofes. Sin embargo, la medida no había dado resultados. Seguían apareciendo nuevas víctimas.

Aquel sábado, ante la inminente amenaza que planeaba sobre cualquier rincón de Madrid, Charli había reforzado las medidas de seguridad de sus prostitutas equipándolas con unos sofisticados teléfonos móviles, provistos de un sistema especial de marcación simplificada.

Esos modernos aparatos debían llevarlos siempre encendidos y guardados en sus acharolados bolsos para que cuando fuesen requeridas por algún cliente, durante el trayecto que recorriesen desde su acera habitual hasta el lugar elegido para la complaciente prestación de sus servicios, mientras aparentasen empolvase la nariz o embadurnarse con carmín sus jugosos labios, sólo tuvieran que apretar un botón para estar conectadas con uno de los tres pequeños teléfonos de distintos colores que llevaría Charli en los amplios bolsillos de su largo tabardo de cuero negro. De esa forma, gracias a los disimulados comentarios de la puta de turno, el proxeneta podría saber el lugar exacto donde se encontraba y escuchar todo cuanto aconteciese en el interior del vehículo del cliente, ya que otra de las instrucciones de ineludible cumplimiento era que las prostitutas habrían de dejar siempre el bolso semiabierto.

Estas medidas de seguridad otorgaban a Jennifer, a Flavia y a Angélica unas mínimas garantías, aunque ellas también presintieran que el segundo propósito del proxeneta consistía en evitar algunos engaños, de los que él era medianamente conocedor y con los que había venido siendo transigente, intuyendo una mínima cuantía económica en la sisa.

En otros tiempos nadie hubiese imaginado tanta meticulosidad en el comportamiento de Charli. Hubo una época, en sus inicios como proxeneta, en la que se había ganado a pulso su fama de imprudente en este delicado negocio, donde se requiere mucha cautela y una gran capacidad de sacrificio para evitar posteriores actuaciones con desagradables y peligrosas consecuencias.

Su imprudencia, años atrás, había consistido en abandonar con excesiva asiduidad su principal misión como garante de la seguridad de sus chicas. Era joven y bravucón. Frecuentaba los bares y las discotecas, donde habitualmente abusaba del whisky y fumaba hachís y marihuana. Y aquel comportamiento le acarreó muchos quebraderos de cabeza y un sinfín de discusiones y peleas con las prostitutas, hasta el punto de dar varias veces con sus largos huesos en las celdas de las comisarías e incluso en la cárcel. Nunca olvidaría su única estancia en presidio. Fue condenado a un año. Por su buena conducta cumplió tan sólo nueve meses en prisión y tres en condicional. Pero durante su cautiverio juró solemnemente que jamás volvería a cometer los mismos errores.

En aquella ocasión le había detenido la policía, alertada por unos vecinos asustados, maltratando a una de sus putas en su apartamento. Ella gritaba enloquecida. Juraba que el dinero depositado en el cajón de la mesilla del dormitorio era toda la recaudación de aquella noche. Pero Charli, fuera de sí, aturcido por la mezcla de varias marcas de whisky y distintas calidades de hachís, no paraba de golpearla con todo cuanto tenía a mano convencido de que ella le engañaba.

Por la falta de sobriedad y el excesivo ímpetu con los que había entrado aquella mañana en el apartamento, Charli descuidó cerrar la puerta quedándola semiabierta. La policía le pilló *in fraganti* con un enorme cuchillo de cocina en la mano y amenazando de muerte a la malherida prostituta.

Durante su estancia en prisión sus putas se refugiaron al abrigo de otro proxeneta más veterano y mucho más astuto que él. Cuando salió de la cárcel, aquel colega de oficio ya se había trasladado a Barcelona llevándose con él a sus prostitutas. Charli tuvo que empezar de cero, pero mantuvo firme el juramento que se había hecho a sí mismo y a partir de entonces procuró llevar siempre las antenas bien desplegadas.

Y, precisamente aquella noche, las antenas de los teléfonos móviles estaban en perfecta sintonización. Nadie sabía si el escurridizo violador y asesino era madrileño, un residente en Madrid, o alguien que viajaba a la capital de

España tan sólo los fines de semana para perpetrar sus macabros y sangrientos asesinatos y violaciones en serie. Aquel primer sábado de noviembre del año 2001 Madrid había sido literalmente invadida por una multitud de exaltados aficionados al fútbol. Habían viajado desde numerosas ciudades del país para presenciar el partido entre el Real Madrid y el F.C. Barcelona. Un gran número de efectivos antidisturbios rodeaban el estadio Santiago Bernabeu para evitar incidentes a la finalización del encuentro, y la policía local se multiplicaba en sus tareas de ordenar el tráfico en las calles adyacentes al estadio. Pero en cualquier momento de aquella noche oscura de otoño, y en algún rincón de la gran ciudad sucedería lo que ya todos presentían.

Los investigadores no habían podido ofrecer ningún retrato-robot para facilitar la identificación del degollador. Todo el mundo era inquietantemente sospechoso. Por las comisarías de Madrid ya habían desfilado docenas de presuntos violadores asesinos. Sin embargo, a todos tuvieron que dejarlos en libertad por falta de pruebas.

Durante las últimas semanas, a través de los distintos medios de comunicación, el Jefe Superior de Policía había venido advirtiendo a todas las mujeres residentes en Madrid que en las madrugadas de los sábados procurasen estar acompañadas en todo momento por alguna persona de su exclusiva confianza. Hasta tal punto se respiraba en el ambiente la psicosis colectiva que perforaba el ánimo de las madrileñas, que muchas mujeres no salían de casa los fines de semana hasta que informaban por radio o por televisión del hallazgo de la nueva víctima. Las más atrevidas salían en pandillas, pero siempre llevaban adheridos a las palmas de sus manos, mediante un esparadrapo de tela color carne, un pequeño bote con dispositivo pulverizador que contenía un conocido producto con efectos anestésicos y paralizantes por inhalación, para protegerse de todo desconocido que se acercase a ellas con supuestas intenciones extrañas. Pero, a pesar de todo, el degollador siempre encontraba una víctima expugnable.

La noche estaba servida. Los seguidores del Real Madrid festejaban la victoria inundando los alrededores de su emblemática Fuente de Cibeles. Los goles de Figo y de Morientes habían desnivelado la balanza a favor del equipo madridista.

El reloj de la Puerta del Sol afinaba sus campanas para cantar la medianoche. Y Angélica, Jennifer y Flavia se posicionaban en la Casa de Campo, bajo la atenta vigilancia de Charli.

(Del diario de Iñaki)

... ..Presiento un final de primavera caliente. Pero no me refiero al calor que ya empieza a azotar a estas tierras extremeñas, tan distintas a las de mi país. Me refiero a las noticias publicadas en la prensa. Los sindicatos han convocado una huelga general para el día 20 de Junio. Y los periodistas, que son expertos en adjudicarle siglas a todos los acontecimientos, ya la han bautizado como la huelga del “20-J”.

Yo siempre he pensado que esas abreviaturas no tienen otro fin que ahorrar tinta y saliva, porque tienen que escribirlo tantas veces en los periódicos y anunciarla en tantos telediarios que nunca viene mal economizar gastos en las rotativas y en las glándulas salivares.

Yo, que he sido empresario, me puedo permitir el lujo de expresar mi opinión sobre esa huelga. Si los políticos responsables de estas regiones deprimidas, junto con sus sindicatos afines, no hubiesen permitido tanto fraude y tanto despilfarro con el dinero destinado a paliar el desempleo, consintiendo a los haraganes su vaguedad a cambio de votos, seguro que el actual gobierno central nunca hubiese adoptado esas medidas, ni por decreto ni por consenso. Los abusos, ya se sabe, terminan pagándose.

A mí estas huelgas generales sólo me demuestran la inmadurez democrática de algunos aprovechados. Lo único que tienen de positivo es hacer trabajar a los sindicalistas, por lo menos, una vez cada ciertos años. Aunque, a la vista de los resultados y de los costes económicos que conlleva semejante demostración de fuerza, es preferible que sigan holgazaneando y viviendo del cuento, mientras sus afiliados los sigan manteniendo y los gobiernos continúen ofreciéndoles la teta para que chupen de vez en cuando.

Me gustaría ver donde estarían todos esos sindicalistas el “20-J”, si ese día, a la hora de la manifestación más importante, se jugase la final de la copa del mundo de fútbol y la selección española fuese finalista.

Carlos, mi nuevo compañero de celda, está hoy muy inquieto. Ha recibido correo. Después de leerlo, me lo ha ofrecido como si me lo regalase. Me ha dicho que lo ha escrito un periodista que vino a verlo la semana pasada. Sé

que estuvieron hablando más de dos horas en la sala de visitas, mucho más tiempo del permitido habitualmente. Yo pensaba que había venido a visitarlo un familiar muy allegado, pero luego he averiguado que no tiene familia.

He leído atentamente ese primer capítulo y le he preguntado por qué está tan irritado. Él me ha contestado lánguidamente:

- Creo que he cometido un grave error. Yo pensaba que ese periodista quería ayudarme y removería Roma con Santiago para demostrar mi inocencia. Pero ahora veo que sólo ha venido para aprovecharse de mí. Lo único que busca es una historia para escribir una novela o algo así.

Según me ha informado Carlos, quien vino a visitarlo es corresponsal de una agencia periodística extranjera. Al parecer, ese periodista está convencido de su inocencia y ha venido a entrevistarse con él para recabar toda la información posible, con el fin de llevar a cabo una minuciosa investigación por su cuenta.

Carlos estará encarcelado tantos años que dudosamente saldrá con vida de esta cárcel. Está condenado a reclusión mayor por la violación y el asesinato de doce mujeres. Sin embargo, él se reafirma en su inocencia constantemente.

A mí, que ya llevo varios años en esta prisión, cualquier alarde de inocencia de un compañero recluso hace que me rechinen los dientes. Por eso dudo de su inocencia. Y dudo de él. Llevo mucho tiempo sin confiar en nadie en esta cárcel. Me creo sólo aquello que me apetece creer, aquello que me haga sentir libre por un momento. Creo en las mentiras o verdades que se me antojan, porque esa es la única forma de sentir una extraña y camuflada libertad entre estas rejas.

Carlos se ha asomado a la ventana. Desde ahí sólo puede ver campo. Un campo inmenso plantado de árboles frutales. Son peras que verdean en esta época del año. Un verde precioso bajo ese cielo camaleónico en esta hora del ocaso.

Después de leerlo por segunda vez, le he preguntado ingenuamente:

- ¿Y qué hay de verdad y de mentira en ese primer capítulo?

- Todo lo que ha escrito ese periodista hasta ahora es verdad –me ha contestado sin perder de vista el horizonte que divisa entre las rejas de la ventana.

Yo he insistido:

- ¿Y qué final crees tú que tendrá esta historia?

- Ignoro qué final tendrá preparado para su novela. Mucho me temo que ni él mismo lo sabe. Ojalá esté investigando y consiga descubrir al verdadero asesino. Necesito que aproveche toda la información que le he facilitado para que obtenga toda la verdad y reúna las pruebas necesarias para demostrar mi inocencia. Porque yo soy inocente... ¡¡Soy inocente!!

Por la contundencia de su respuesta me he sentido por un momento preso de sus aseveraciones. Y eso es algo que me incomoda. Porque si hay algo que me molesta sobremanera es sentirme preso por otra causa distinta al delito por el que fui condenado.

Supongo que el tiempo que lo han mantenido incomunicado antes de trasladarlo a esta celda ha debido trastornarlo. A mí me pasó lo mismo. Pero yo siempre asumí mi culpabilidad. Nunca la negué. Aquella caricatura de nacionalista murió, y tras su muerte encontré una rara especie de libertad. Una libertad que ahora sólo puedo disfrutar encerrado entre estos barrotes. No sé si mi compañero de celda es culpable o inocente. Quizás tampoco me importe demasiado. Sólo sé que es mi compañero de celda. Alguien con quien he de compartir largas horas de cautiverio. Alguien que sufre como yo el dolor de la justicia o de la injusticia.

La luna llena ha estado asomada a la ventana durante unos minutos. Habría estado preciosa de no ser por las rejas que la seccionaban. Con un marco alrededor, la ventana no habría tenido nada que envidiar al mejor de los cuadros surrealistas de Dalí.

Carlos se ha sentado en su cama y me ha mirado fijamente. Yo, con un tono de voz que se ha delatado escaso de convencimiento, he aprovechado ese instante para intentar animarle.

- Si eres inocente, tarde o temprano se averiguará.

Él, sin desclavar sus ojos de los míos, me ha contestado:

- Se averigüe cuando se averigüe, ya siempre será tarde.

El estruendo del timbre ha resonado en toda la galería avisándonos de que van a apagar las luces. Carlos se ha tumbado en su cama y ha cerrado los ojos. Yo me he acercado a la ventana y he respirado hondo. He inyectado en mis pulmones una dosis de esa otra libertad, de la auténtica libertad. Esa libertad incrustada en algún eslabón de nuestra cadena genética con la que todos nacemos y vivimos, por muchas rejas que algunos se empeñen en colocar a nuestro alrededor... ...

Capítulo II

Las agujas del reloj de la Puerta del Sol giraban hacia la madrugada paseando por el borde de la medianoche, en involuntaria complicidad con el chispeante colorido de los cubalibres y las enloquecidas luces giratorias de la discoteca Fashion.

En una esquina del mostrador principal, junto a su fiel e inseparable amigo Philips Rousseau, apuraba su primer whisky Tiburón Pierre, *“el zurdo parisino”*.

Su verdadero nombre era Pierre Bretón. Se había afincado en Madrid cuatro meses atrás, justo el tiempo transcurrido desde su último combate celebrado en el Palacio de los Deportes contra el campeón de Europa de los pesos medios.

Tiburón Pierre rozaba ya los treinta y dos años. Había sido campeón de Francia en varias ocasiones, pero el título de campeón de Europa siempre se le había resistido. Era consciente de que esa pelea sería su última oportunidad como aspirante, porque los años iban haciendo mella en sus abigarrados músculos, perfectamente acoplados a su atlética estructura ósea.

En los días previos al gran combate había manifestado a los distintos medios informativos su decisión de no regresar a París sin el cinturón de campeón de Europa. Estaba convencido de su victoria. Si no resultaba vencedor, incluso abandonaría su carrera pugilística. Porque él soñaba ya con aspirar al campeonato del mundo. Sólo admitiría una derrota si su adversario conseguía brincar por encima de su cadáver. Y, desgraciadamente, esas últimas palabras fueron casi una premonición.

En los prolegómenos de la pelea, Tiburón Pierre se dirigió al centro del cuadrilátero para escuchar las últimas advertencias de Mister Wilder, árbitro del combate. La mirada de *“el zurdo parisino”* se incrustaba impasible y desafiante en los ojos fríos y calculadores del campeón, quien le correspondía idénticamente sin pestañear.

De vuelta a sus respectivos rincones, se enfundaron sus protectores dentales y los potentes altavoces del Palacio de los Deportes bramaron: - *¡Segundos fuera!* Sonó la campana y dio comienzo el primer asalto. Tiburón Pierre ocupó inmediatamente el centro del cuadrilátero haciendo bailar en torno a él a su adversario. “*El zurdo parisino*” estudiaba la distancia manteniendo la guardia alta y lanzando directos de derecha que colisionaban contra los guantes del campeón, firmes como dos rocas ante su rostro. Ese primer asalto se presumía como un mutuo estudio entre los dos púgiles, previo a la encarnizada lucha. El público esperaba presenciar un combate encolerizado y largo. Sin embargo, cuando apenas quedaban unos segundos para el toque de la campana que anunciaría el final del primer asalto, Tiburón Pierre abrió sorprendentemente la guardia y se lanzó a un ataque en tromba contra el campeón. Éste, en su desesperado intento de zafarse de la lluvia de guantes y guantazos que caían sobre él, arrinconado contra las cuerdas en su propio rincón y animado por sus segundos que le gritaban desaforadamente, soltó un terrible gancho de derecha que se incrustó en la mandíbula del aspirante, haciendo que la lona se empapase con su sudor en un *knok out* tan imponente como imprevisible.

Tiburón Pierre había perdido el combate. Y con esta derrota había decidido dar fin a su brillante pero incompleta carrera pugilística.

Tras varios días hospitalizado se había instalado en Madrid, rehusando regresar a Francia. Había decidido cumplir su promesa de no volver sin el cinturón de campeón de Europa. Su fiel amigo, su segundo Philips Rousseau, no quiso abandonarlo y solicitó junto a él la formalización oficial de residencia en España.

Aquella noche, ambos habían presenciado el partido de fútbol en el Estadio Santiago Bernabeu. Luego fueron directamente a tomar unas copas a la discoteca Fashion. La sala de baile comenzaba a llenarse de jóvenes veinteañeras. Acudían en pandillas más o menos numerosas. En sus idas y venidas a los cuartos de aseo nunca iban solas. Casi todas llevaban

adheridos a sus manos los famosos botes con dispositivo pulverizador sin apenas disimularlo.

Pierre Bretón estaba más excitado que de costumbre. La tensión del partido de fútbol entre el Real Madrid y el F.C. Barcelona había elevado su nivel de adrenalina. Impulsivamente, no dudó en adentrarse en la pista de baile con ánimo de aproximarse a una rubia que contoneaba sus caderas, sin aparente compañía, al son de un conocido ritmo caribeño. Philips Rousseau permaneció junto a la barra sujetando el largo vaso de su cubalibre y observando las maniobras del boxeador. Cuando Pierre Bretón se acercó a la joven intentando atraer su atención, entró en escena un enorme y fornido varón de raza negra intercalándose entre ambos y mirando desafiante al boxeador.

Desde su posición, Philips Rousseau intuyó inmediatamente la posibilidad de una pelea inoportuna. Se aproximó rápidamente a Pierre y le aconsejó que abandonara sus propósitos y regresase con él a la barra de la discoteca. Los ojos claros de aquella hermosa rubia se hallaban inmersos en una escultural mirada de frialdad arrolladora cuando se cruzaron con los del boxeador, pero, al mismo tiempo, confesaban un sincero halago por su aproximación en la pista de baile. A pesar de todo Pierre decidió obedecer a Philips y se alejó sin desclavar su mirada de aquellos ojos verdes. Unos ojos tan atrayentes como un imán idílico y absorbente.

Desde la barra observaron cómo aquel 'gorila' enchaquetado, sin perder de vista a la rubia, abandonaba la pista de baile y se situaba en la otra esquina del mostrador, donde el camarero le rellenó un gran vaso de leche, de un tamaño proporcional al volumen de su cuerpo.

Al finalizar la canción ella abandonó la pista de baile y se dirigió a la barra. A escasa distancia de Tiburón pidió que le sirvieran un *gin-tonic*. Sabía que sobre ella sobrevolaba la blanca mirada de su guardaespaldas pendiente de sus movimientos, con los labios manchados de leche, haciendo contraste de matices entre el negro brillante de su cara en la semioscuridad de la discoteca.

Pierre Bretón se apresuró a decirle al barman que anotase aquella copa en su cuenta, sin desclavar su mirada de aquella rubia despampanante que, fugazmente, con un leve movimiento de párpados, agradeció la invitación. Al fondo de la barra, los relucientes ojos del guardaespaldas eran como dos focos de luz blanca iluminando la escena.

Ella extrajo de su pequeño bolso un lápiz de ojos y escribió algo en el reverso del posavasos de su copa. Luego impulsó disimuladamente el improvisado manuscrito para que se deslizase sobre el mostrador hasta la posición de Pierre Bretón. Él leyó la nota escrita en francés e instintivamente miró al guardaespaldas. Acto seguido, sus ojos se imantaron con la mirada suplicante de la rubia.

De repente, la discoteca se quedó completamente a oscuras y sin música. El apagón provocó de inmediato un coro de gritos incontrolados y una avalancha de juventud femenina sobre la puerta principal. Apenas veinte segundos después, la discoteca volvió a iluminarse, pero Pierre Bretón, Philips Rousseau, y la guapísima rubia habían desaparecido. El guardaespaldas, totalmente aturdido, miraba en todas direcciones sin conseguir localizarlos. En medio de la confusión se dirigió a la salida principal apartando con violencia a cuantos la taponaban y salió a la calle escrutando la avenida. Desde sus casi dos metros de altura tampoco conseguía divisarlos. Corrió hacia la puerta de emergencias que daba a una calle contigua y comprobó que se hallaba semiabierta. En ese instante se pasearon por su mente las imágenes difundidas en los telediarios sobre las once mujeres violadas y asesinadas durante los últimos tres meses. Inmediatamente marcó en su teléfono móvil los números 091.

(Del diario de Iñaki)

... ..La selección española ha vencido hoy a Eslovenia por tres goles a uno mostrándonos su mejor juego. Nos ha hecho crear la esperanza de que en estos mundiales podemos hacer un buen papel. Pero si llegamos a la final, ésta no se jugará el “20-J”. Es una pena. Porque sería muy divertido ver en televisión las imágenes de los sindicalistas con una bandera de la Unión General de Trabajadores o de Comisiones Obreras en una mano, y la bandera de España, con escudo incluido, en la otra, hartándose de cerveza en los bares y gritando: - ¡¡España!! ¡¡España!!

Han pasado varios días en los que Carlos se ha mostrado un poco más relajado. En las breves y escuetas conversaciones que hemos mantenido he leído entrelíneas un profundo lamento por no haber recibido ninguna visita de sus prostitutas, ni de los escasos amigos que tiene, o tenía, desde que fue detenido, condenado y encarcelado definitivamente en esta prisión.

La única visita que recibió, pocos días después de llegar a esta celda, antes de la del periodista, fue la de su abogado defensor. Un letrado de oficio, según me ha contado Carlos, que luchó lo indecible para intentar conseguir su absolución, pero que nada pudo hacer frente a las pruebas que lo incriminaban.

Carlos ha recibido hoy un nuevo correo. Se trata del segundo capítulo de la historia que está escribiendo ese corresponsal. Él lo ha leído esta tarde, pero hasta después de la cena no me ha cedido los folios.

Ese maldito periodista me ha quedado muy intrigado. Tras la lectura de ese capítulo he imaginado que ese boxeador y su ayudante tenían todas las papeletas para ser los asesinos. Sin embargo, cuando le he preguntado a Carlos si esa chica rubia fue la última víctima de la serie, su respuesta ha sido negativa. Me ha dicho que la última fue una de sus putas, la sumisa dominicana que se hacía llamar Angélica.

Yo he insistido indagando.

- Aún así, no debemos descartar al boxeador. ¡Recuerda que también es zurdo! ¿No te parece?

- ¡Al boxeador, al policía que me detuvo y hasta al Juez, que también era zurdo, si me apuras! Cualquiera puede ser el asesino menos yo. Para mí todo el mundo sigue siendo sospechoso. Porque yo de lo único que estoy seguro es de mi inocencia. Yo no he matado a nadie. Y mucho menos a la pobre de Angélica. Un verdadero ángel, nunca mejor dicho. Una mujer bellísima, dulce, encantadora y sumisa, de quien precisamente yo estaba locamente enamorado. Un amor que además era correspondido, aunque ella jamás me lo declarase abiertamente, como yo nunca se lo desvelé a ella en ninguna conversación. Pero había amor, mucho amor entre los dos. Un amor tan denso que casi podía masticarse. Porque nuestro amor era evidente, tan evidente como la magnitud de nuestros orgasmos. Nunca había estado tan ciegamente enamorado de alguien como de Angélica. Por eso espero que ese periodista consiga las pruebas para demostrar mi inocencia, para poder abandonar este cautiverio que me ahoga segundo a segundo, y para encontrar al cabrón que la degolló sin ningún escrúpulo. Ahora ese periodista y sus dudosas dotes de investigación son las únicas esperanzas que me quedan, o sea, prácticamente ninguna.

Ha terminado de desahogarse tumbándose en la cama y girándose hacia la pared. Sus ojos comenzaban a brillar humedecidos. No ha vuelto a mirarme ni a dirigirme la palabra. Yo he decidido no insistir más.

Carlos nunca me había manifestado sus sentimientos con tanta vehemencia. Lo cierto es que me ha quedado gratamente sorprendido. Su vocabulario no me ha parecido el más propio de un proxeneta. Aunque quizás mi opinión sobre cómo deberían ser y cómo tendrían que expresarse los chulos de putas esté bastante anticuada. En toda mi vida había mantenido una conversación con ninguno. También es posible que Carlos sea un tipo raro dentro de ese oscuro mundo del proxenetismo, algo así como un chulo de putas ilustrado, por ejemplo.

He vuelto a leer este segundo capítulo. Resulta evidente que ese periodista también se ha entrevistado con el boxeador. ¿Cómo podría saber todo lo que sucedió en la discoteca?, ¿cómo podría habérselo contado Carlos si él no estaba allí?, ¿cómo podría conocer el detalle de la nota manuscrita en el

posavasos? Quizás en este capítulo el periodista haya dando rienda suelta a su imaginación y se haya excedido con su fantasía.

De todas formas, en este caso del “Degollador de Madrid”, hay algo que incrimina a Carlos casi categóricamente. Desde su detención no se han cometido en Madrid nuevos asesinatos con las mismas características. Y esto, aun no siendo definitivo, no deja de ser relevante.

Por otro lado, no me parece excesivamente extraño que un chulo mate a una de sus putas. No sería la primera vez. Pero no creo que posteriormente la violase, no me parece una acción propia de un proxeneta. Además, si es cierto lo que acaba de contarme, dudo que él le hiciese el menor daño a Angélica. Me ha dado la impresión de que realmente estaba enamorado de ella. Pero no comprendo esa clase de amor. ¿Cómo se puede estar enamorado de una mujer y al mismo tiempo exponerla en la calle para que fornicase con otros? Esas contradicciones no se acomodan a la educación que yo recibí. A mí nunca se me ocurriría hacer algo así con mi mujer. Ni ella lo consentiría, por supuesto.

A pesar de todo, Carlos no aparenta ser una persona demasiado agresiva. Desde que comparte conmigo esta celda no he observado en él ningún gesto violento, más bien, todo lo contrario. Se pasa las horas tumbado en la cama, pensando, o apoyado junto a la ventana y mirando hacia el infinito. Y en el patio pasea él solo, sin entablar conversación con nadie. Incluso en el comedor se sienta siempre a mi lado sin pronunciar palabra, aunque hoy, precisamente, haya hecho una excepción.

A la hora de la cena se ha sentado frente a nosotros el grupo de Paco “el bestia”. A ese recluso lo llaman así por su corpulencia y fortaleza. Siempre va rodeado de los reclusos más débiles físicamente. Él se siente como un padrizo que los protege de los maricones y de los clásicos gallitos de pelea. Hay muy pocos en esta prisión que se atreverían a llevarle la contraria, pero esos pocos no lo hacen precisamente porque él no se arrima a ellos. Se trata de los presos terroristas. A esos les tiene un respeto muy especial.

Cuando empezamos a cenar, Paco “el bestia” se dirigió a Carlos mirándolo descaradamente:

- Así que tú eres el famoso Degollador de Madrid ¿no es cierto?
- Así es como me llaman –dijo Carlos sin apartar su vista del plato.
- ¿Y por qué mataste a todas esas mujeres? –insistió Paco “el bestia”.

Carlos levantó la cabeza y exhibió una mirada penetrante.

- Te he dicho que así es como me llaman. ¿O acaso me has oído decir que yo sea el Degollador de Madrid?

- Entonces, ¿por qué te han encerrado a ti?

- En su debido momento te contestaré. Y ahora, si no te importa, me gustaría terminar de cenar tranquilo. No tengo ganas de conversación –contestó Carlos educadamente.

Paco “el bestia”, de quien me consta su respeto hacia mí, porque él piensa que mi delito, más que motivo de encarcelamiento, debería ser merecedor de una condecoración, me miró con cara de asombro, con esa ingenuidad que le caracteriza, como buscando en mis gestos una justificación a tan educada pero despectiva respuesta, porque él no está acostumbrado a ese tipo de desaires.

Yo decidí intervenir para calmar su enojo.

- ¡Paco! Siempre ha sido un placer para mí compartir mesa contigo. Pero Carlos lleva muy poco tiempo en esta prisión y hasta hace apenas unas semanas lo han tenido incomunicado. Hay que darle tiempo para que se relacione y conozca quién es quién en esta cárcel.

Paco “el bestia” se sintió reconfortado con mis palabras y continuó cenando sin volver a dirigirle la palabra a Carlos.

Esa reacción de mi compañero de celda en el comedor no deja de dar vueltas en mi cabeza. Porque, aún dudándolo mucho, si realmente fuese inocente, no consigo imaginar la impotencia y la indignación que debe sentir al estar encerrado por unos delitos que no ha cometido, aferrado a una única esperanza, a un periodista que hace un cóctel de investigación y fantasía para servirlo a sorbos en forma capítulos, con el objetivo de aglutinarlos en una novela de dudoso éxito literario y sin garantías de que vaya a servir de prueba coadyuvante para demostrar su inocencia. Pero

Carlos, al menos, tiene esa mínima esperanza. Mucho peor es no tener ninguna.

Una noche más el timbre ha vuelto a inundar la galería con su estridencia. El sol se ha retirado a sus aposentos y ha dejado el cielo a merced de las estrellas. Una media luna incipiente se ha quedado de guardia mostrándonos su finísima pupila incandescente.

Ya queda menos para que Arantxa vuelva a visitarme. ¡La echo tanto de menos! A ella y a los niños. Por culpa de aquel acto de arrebato me estoy perdiendo su infancia. ¡Me estoy perdiendo tantas cosas desde que me encerraron en esta prisión! Pero no puedo arrepentirme. Mi conciencia está tranquila... ...

Capítulo III

Alberto Torres era extremeño. Nació en Fregenal de la Sierra, un pueblo de la serranía limítrofe con la provincia de Huelva. Su familia no pasaba apuros económicos, pero vivían a la antigua usanza de los peculiares pueblos de Extremadura. Tenían un pequeño negocio de cría y engorde de cerdos de pata negra en una dehesa plagada de encinas, cuyo fruto, la bellota, es el alimento esencial para la obtención de los exquisitos productos del cerdo ibérico. Su madre, conocida en el pueblo como “la señá Mariana”, solía decir que de los cochinos le gustaban hasta los andares.

A Alberto Torres, desde que era niño, siempre le habían apasionado las películas policíacas. En su adolescencia se ensimismaba con aquellas en las que Clint Eastwood interpretaba al personaje “*Harry el sucio*”. Eastwood era, sin lugar a dudas, su ídolo cinematográfico. Él soñaba con ser algún día un famoso policía en una gran ciudad.

Su pasión por la carrera policial no era del agrado de Anselmo Torres, su padre. Éste prefería que su hijo se convirtiese en un importante hombre de negocios, productor de los mejores jamones y chorizos extremeños. Pero Albertino, como cariñosamente le llamaban, no quería vivir toda la vida entre esos chorizos. Soñaba con otros chorizos y otro estiércol. Soñaba con encarcelar a toda esa escoria humana que atenta contra la ley y el orden. Y sobre todo, soñaba con una enorme pistola como la de Clint y una placa reluciente guardada en el bolsillo interior de su chaqueta, para mostrarla orgulloso en una detención fantástica al más famoso y sanguinario de los asesinos.

Por eso, nada pudieron hacer los chorizos y jamones extremeños contra la inalterable decisión de Alberto Torres. Se graduó en la Academia de Policía y, tras un corto espacio de tiempo destinado en el Departamento de Inmigración, fue ascendido a inspector y trasladado a la Brigada Criminal en la capital de España, donde ya llevaba siete años encarcelando a delincuentes en las prisiones de Carabanchel y de Alcalá Meco,

convirtiéndose en la envidia de su hermano menor, su único hermano, el fortachón pero introvertido Adrián.

Y aquel primer fin de semana de Noviembre del año 2001, Alberto Torres se enfrentaba a ese caso con el que tanto había soñado. Quería ser el protagonista de la detención de “El Degollador de Madrid”. Una detención que le proclamaría héroe nacional. Y soñaba con recibir las condecoraciones más codiciadas de manos del Ministro del Interior, del propio Presidente del Gobierno, o incluso del Rey.

En uno de sus observatorios de la Casa de Campo, Charli escuchaba atentamente por uno de sus teléfonos móviles. Alguien a su espalda, hundiendo el cañón de una pistola en su riñón izquierdo, le ordenó:

- ¡Arriba las manos!

- Pero... ¿qué pasa? ¿A qué viene esto? –preguntó Charli desconcertado sin darse la vuelta.

- ¡Las manos en la cabeza! ¡Quieto o te quedo frito aquí mismo!

- ¡Vale! ¡Vale! ¿quién coño eres?

- Soy policía –dijo Alberto Torres mientras lo cacheaba.

El inspector le arrebató el teléfono móvil de la mano y le despojó de los otros dos aparatos que llevaba en los bolsillos de su chaquetón de cuero. Luego, distanciándose de él varios pasos, le ordenó que se diese la vuelta lentamente, sin movimientos bruscos.

Charli se giró parsimoniosamente sobre sus pies y, cuando reconoció al policía, exclamó:

- ¡Joder! ¡Qué susto me has dado!

- ¿Charli?... ¡Perdóname, no te había conocido! –se disculpó Alberto Torres.

- ¡Devuélveme los teléfonos! ¡Rápido! ¡Rápido!... Tengo a una de mis chicas con un cliente y no puedo perderle la pista.

- ¡Toma! ¡Cógelos!... Pero...

- Ni pero ni leches... ¿Es que no estás al corriente de lo que pasa en Madrid?

- ¡Cómo no voy a estarlo! ¿Por qué coño te crees que estoy yo aquí a estas horas de la noche? ¿Acaso piensas que los inspectores de policía no

tenemos otra cosa que hacer más que vigilar a los chulos de putas como tú?

- ¡Calla! ¡Calla! –ahora era Charli quien ordenaba.

El proxeneta escuchaba atentamente por el teléfono azul, mientras Alberto Torres mantenía una expresión facial próxima a la estupefacción.

- ¡Joder! –gruñó Charli apartando el teléfono de su oreja y pulsando uno de sus botones.

Alberto Torres estaba desconcertado.

- ¿Qué haces?

- Intento escuchar todo cuanto sucede alrededor de mis chicas a través de estos aparatos, y tú has interrumpido mi comunicación con Angélica. Ese asesino nos tiene a todos en vilo... Pero ¡dime! ¿qué coño haces asustando a la gente?

- No era mi intención asustarte –dijo el policía-, pero con esa facha no te había reconocido. ¡Joder! ¡Cómo has prosperado desde la última vez que te vi! ¿No andarás metido en historias raras?

- ¡Me ofendes! Ya hace mucho tiempo que no tengo problemas con la justicia. De sobra sabes que yo sólo me ocupo de mis chicas. Yo las protejo y ellas tienen la amabilidad de mantenerme.

- Y muy requetebién, por lo que veo –ironizó Alberto Torres.

- Mi jubilación en este oficio no anda muy lejos. Los años no pasan en balde. Así que llevo algún tiempo manteniéndome alejado de gastos innecesarios, aunque, eso sí, ahora cuido mucho más mi vestimenta, me gusta ir elegante ¿Pasa algo?

- ¡Por supuesto que no, señor don Charli! –respondió jocosamente el policía.

- Déjate de cachondeos y dime... ¿Tenéis ya alguna pista? ¿Habéis averiguado algo acerca de ese cabrón? –le preguntó Charli sin perder de vista a Jennifer y a Flavia.

- A los peritos policiales no les ha sido muy difícil deducir que se trata de un hombre zurdo. Y los estudios grafológicos aseguran que las notas manuscritas que deja sobre las víctimas las escribe con su mano derecha. Pero, aparte de eso, poco más.

- Pues eso y nada es prácticamente lo mismo. Zurdos hay muchos, como yo. Tú mismo también eres zurdo, por ejemplo –dijo Charli con acento desanimado.

- Madrid está hoy plagado de policías de todo el país. La operación “El Degollador de Madrid” ha sido calificada de máxima preferencia sobre cualquier otra, incluida la lucha antiterrorista... ¡que ya es decir después de los últimos acontecimientos en Nueva York! Tenemos órdenes contundentes del Ministerio del Interior para identificar al asesino esta misma noche, sea como sea. Todas las comisarías de Madrid están preparadas para recibir al mayor número de sospechosos en la historia de esta ciudad –le informó el policía convencido del éxito de la operación.

- Pues a ver si es verdad, porque llevamos casi tres meses que no se nos pega la camisa al cuerpo.

- ¡Dime Charli! Tú que te mueves como pez en el agua en la noche de Madrid... ¿Has oído algo que pueda servirnos de pista? ¿En vuestro mundillo barajáis a alguien como sospechoso? –le preguntó ofreciéndole un cigarrillo.

- ¡No, gracias! Dejé de fumar hace un par de meses. Tú también deberías dejarlo. Te noto muy desmejorado –le aconsejó el proxeneta rechazando la invitación sin contestar a la pregunta.

Alberto Torres encendió el cigarrillo y exhaló el humo sobre la brasa. Luego, envuelto en un halo de vocación y orgullo profesional, le dijo:

- Ya he intentado dejarlo en varias ocasiones, pero en este trabajo el cigarrillo se convierte muchas veces en tu única compañía. Algunas noches, hasta hablo con él en esas largas horas de soledad que me toca vivir frente a un objetivo, pendiente del menor movimiento de algún sospechoso. Pero... ¡contéstame! ¿tienes alguna información que pueda ayudarnos?

- Tú sabes que he colaborado contigo en un par de ocasiones y ya conoces cual es mi norma, “si ayudas a la policía, la policía te ayudará a ti”, aunque también sabes que nunca he sido un chivato del tres al cuarto. Pero en este caso no puedo ayudarte. ¡Qué más quisiera yo! Ese cabrón tiene a mis chicas al borde de un ataque de histeria. Hoy he conseguido que salieran a

trabajar gracias a estos teléfonos, pero, aún así, mucho me temo que a la segunda o tercera carrera se echen para atrás y me obliguen a cerrar el chiringuito. ¡Ya ves cómo está el panorama esta noche! No están ni la mitad de las que hay habitualmente por aquí. Y si la oferta es escasa, la clientela se desperdiga –se lamentó el proxeneta.

- La verdad es que sí. De todos modos, toma mi tarjeta, en ella aparece el número de mi teléfono móvil, por si acaso. Y no dejes de llamarme ante cualquier sospecha.

- No dudes que lo haré –le aseguró Charli mientras guardaba la tarjeta del policía en un bolsillo de su tabardo.

En ese instante, por medio de un pequeño emisor-receptor que llevaba Alberto Torres en el bolsillo interior de su cazadora, escucharon las nuevas instrucciones que el Jefe Superior de Policía impartía a todos los agentes desplegados por la capital:

“¡Atención! Se ha producido un corte de corriente eléctrica en la Gran Vía. Durante el apagón ha desaparecido una mujer de nacionalidad suiza que responde al nombre de Elda Mayer. Tiene treinta años, es rubia, con los ojos verdes, de un metro setenta aproximadamente. Estaba en la discoteca Fashion. El denunciante es el guardaespaldas que la custodiaba por expreso encargo de la desaparecida. Pocos segundos antes estaba en compañía del famoso boxeador francés Pierre Bretón, conocido como Tiburón Pierre “el zurdo parisino”, y de su ayudante Philips Rousseau. El guardaespaldas asegura que durante el apagón han secuestrado a la mujer utilizando la puerta de emergencias de la discoteca. Ella se aloja en el Hotel NH Center. El Juez ha decretado orden de busca y captura contra el boxeador y su ayudante.”

- ¡Será cabrón! ¡Quién lo iba a decir! –exclamó el proxeneta-. Pero si el martes pasado estuve tomando una copa con él en esa discoteca... estuvimos comentando su último combate y me pareció un tipo de lo más legal.

- ¡Dime Charli! ¿Te dijo dónde se alojaba? –le preguntó codicioso Alberto Torres..

- ¡Sí! Ahora que recuerdo, le escuché decir que se alojaba provisionalmente en el Hotel Moncloa mientras formalizaba definitivamente su residencia en España. También me dijo que iba a aceptar una oferta de trabajo en un gimnasio o algo así, pero ahora mismo no recuerdo el nombre...

- ¡Gracias Charli! ¡Ya nos veremos! ¡Cuídate! –le interrumpió Alberto Torres despidiéndose de él.

El policía destrozó la colilla del cigarrillo aplastándola contra el suelo con la puntera del zapato y corrió hasta su automóvil. Lo arrancó y pisó el acelerador a fondo con dirección al Hotel Moncloa.

Charli se acercó inmediatamente a la acera donde se exhibían Flavia y Jennifer para informarles de las novedades que acababa de escuchar directamente del Jefe Superior de Policía. Ambas prostitutas, tras oír al proxeneta, resoplaron aliviadas, como si con el aire expelido hubieran expulsado todos los temores que las atenazaban.

Flavia, con cara de pena, exclamó: *“¡Espero que atrapen a ese boxeador antes de que le haga daño a esa pobre chica!”*. A lo que Jennifer agregó con un agresivo acento brasileño: *“¡Y que le corten la poya de raíz”*.

Ya sólo faltaba localizar a Angélica para tranquilizarla. Charli pulsó un botón del móvil azul y se lo acercó al oído, pero en vez de escuchar jadeos y grititos de placer, escuchó una voz femenina pregrabada que decía: *“El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento”*.

(Del diario de Iñaki)

... ...Hoy el sol se ha despachado a gusto en Extremadura. Por estas tierras la primavera corre tan aprisa como el AVE, ese tren de alta velocidad que los extremeños llevan esperando tanto tiempo. Aquí se pasa del frío al calor, y viceversa, sin apenas darnos cuenta.

Carlos se ha sentado hoy a mi lado en la sala de televisión para presenciar el partido del mundial entre España y Paraguay. Hemos vencido por tres goles a uno. Pero él no ha celebrado ningún gol. Su mente estaba en otro sitio. A pesar de su desconfianza en el periodista nunca lo había visto tan impaciente por recibir un nuevo capítulo. Llevaba varios días que se subía por las paredes.

Por fin hoy ha recibido un nuevo correo, pero aún no me ha dejado leerlo. Creo que quiere hacerme sufrir. Es consciente de mi curiosidad. Me he percatado de su rebelión contra todo cuanto le rodea. Ese es un buen síntoma de su recuperación psicológica. Ya ha empezado a tomar conciencia de donde está y de las pocas concesiones que le ofrece este lugar para tantos años de cautiverio. Yo lo he interpretado así y he aguardado pacientemente. Estaba convencido de que antes o después me permitiría leerlo, porque él sabe que soy la única persona que puede mantener su ánimo por encima del terrazo de este suelo carcelario. El único ser en el mundo, junto con ese misterioso periodista, que lo escucha de vez en cuando, aunque yo nunca le haya manifestado mi confianza en su inocencia. Ahora, en la celda, cuando apenas quedan unos minutos para que apaguen las luces, me ha mirado a los ojos y ha extendido su brazo izquierdo ofreciéndome los folios.

He estudiado este tercer capítulo detenidamente. Me ha dado la impresión de que ese periodista va dejando cabos sueltos entre líneas. Pero el remate ha sido cuando he leído el final. He brincado como si un resorte me lanzara fuera de la cama.

- ¡Joder con el puñetero periodista de las narices! ¡La madre que lo parió!
¡Vaya un momento que ha escogido para cerrar este tercer capítulo!

Carlos ha puesto cara de sorpresa ante mi impulsivo gesto de contrariedad, motivado por la irresistible intriga que me ha invadido en ese momento. Cuando le he devuelto los folios, he adivinado en sus labios el esbozo de una levísima sonrisa. Es el primer gesto lejano a la amargura que he observado en su rostro desde que comparte conmigo esta celda. Lo cierto es que mi reacción al terminar de leer este capítulo no ha estado exenta de comicidad.

Carlos ha extraído del bolsillo de su camisa una cuartilla de papel y me la ha dejado leer. Es una breve carta del periodista que dice literalmente:

“Mis avances en las averiguaciones van a buen ritmo. Con los datos que me facilitó he recabado bastante información pero aún no he obtenido pruebas suficientes para demostrar su inocencia.

Estos capítulos que llevo escritos no son más que apuntes, a modo de ordenación de los hechos, para evitar olvidar ningún detalle. Porque todos los detalles cuentan y pueden resultar determinantes a la hora de plantear la revisión del caso. Aunque, a la sazón, pretenda utilizar esta historia para escribir una novela basada en esos hechos reales.

Si al leerla cree usted que yo debiera modificar algo, le ruego lo anote para hacérmelo saber en mi próxima visita.

La semana que viene confío en poder enviarle el cuarto capítulo de esta novela, con la que espero demostrar su inocencia.

En cuanto me lo permitan mis obligaciones profesionales, viajaré de nuevo a Badajoz para que cambiemos impresiones.

Sigo confiando en usted respecto a nuestro acuerdo de confidencialidad con estos documentos. Todo lo que estoy escribiendo sólo puede leerlo usted, para anotar cuantas sugerencias y correcciones estime oportunas.

Es fundamental que nadie lea nuestra novela hasta su publicación, cuando su punto final sea equivalente a su libertad. Cualquiera puede ser nuestro enemigo y dar al traste con toda mi investigación.”

Carlos se ha mantenido sentado en su cama. Yo me he levantado para devolverle la carta mostrando un gesto de extrañeza.

- ¿Y por qué me has permitido leer estos tres capítulos?
- Porque sigo creyendo que ese periodista no es más que un fanfarrón. Un buscador de historias con las que escribir novelas de ficción basadas en algunos hechos reales. Además, a medida que avanza la novela, estoy más convencido de que no conseguiré demostrar mi inocencia. Es posible que con esa novela gane algún premio y tenga la amabilidad de cederme algún beneficio económico. Mi fama de degollador se extenderá hasta los confines literarios, y quién sabe si también cinematográficos. Pero mi vida habrá quedado destrozada para siempre.
- De todas formas te agradezco que hayas confiado en mí –le he dicho sentándome nuevamente en mi cama frente a él.
- No es confianza. Es una forma de autocompadecerme. Porque no puedo confiar en alguien a quien no conozco. Aún no te he preguntado quién eres, ni por qué estás aquí. Ni te lo pienso preguntar. ¿Qué me importa a mí cuál es tu delito? ¿Acaso te he preguntado yo alguna vez por qué te encerraron? ¿Te he preguntado en alguna ocasión qué es lo que escribes todos los días en esa libreta? ¡Qué me importa a mí tu historia! A ti tampoco te importa la mía. Para ti, esos capítulos sólo suponen unos momentos de evasión de esta asquerosa realidad que nos circunda. Un momento de libertad que te otorga la lectura de una historia que no es la tuya. Pero para mí, cada párrafo, cada palabra escrita en estos folios hace que me sienta más encadenado, más víctima, más preso por un delito que no he cometido. Y aunque tú ya tengas asumido tu cautiverio, yo no puedo admitirlo. ¡Porque yo soy inocente! Pero, por mucho que lo intentes, eso tú no podrás entenderlo jamás.

Carlos ha puesto fin a su alocución levantándose enérgicamente de la cama. En su mirada se reflejaba un aluvión de rabia y de impotencia. Sus músculos estaban tan rígidos como los barrotes de la ventana, a la que ha terminado asomándose para ver teñirse de negro la carpa azul del cielo. Yo me he recostado sobre el codo, estirándome sobre mi cama sin saber qué responder.

Tras el sonido del timbre la celda se ha quedado a oscuras. Esa oscuridad en la que a veces se ven las cosas más claras, pero sólo a veces, porque yo sigo dudando de su inocencia. Tal vez él se crea inocente porque sea víctima de una doble personalidad, y ni él mismo sepa que lleva dentro de sí al más violento y sanguinario de los asesinos.

A veces me pregunto si estaré compartiendo celda con un psicópata peligroso....

Capítulo IV

Las doradas puntas de lanza que coronan las verjas del Parque del Buen Retiro relucían húmedamente bajo los focos de las farolas, víctimas del acoso de la niebla que descendía sobre Madrid. En su camino hacia el hotel, esa niebla racheada a media altura ofrecía a Alberto Torres una visión fantasmagórica de los brazos del Paseo de la Castellana, las torres KIO, que, con sus figuras sesgadas por las extrañas formas nebulosas, aparecían ante él como si se tratase de una imagen congelada de las torres gemelas de Nueva York en el preciso momento de su desplome aquel reciente y fatídico 11 de Septiembre.

Alberto Torres se acercaba al Hotel Moncloa. Todo parecía estar tranquilo. Aparcó el coche y entró en el establecimiento dirigiéndose directamente hacia el mostrador de recepción y se identificó con su reluciente placa de policía.

- ¿Y en qué puedo servirle inspector? –preguntó amablemente el recepcionista del hotel.

- Necesito saber si el boxeador Pierre Bretón, más conocido como Tiburón Pierre, está hospedado en este hotel.

- ¡Sí señor! Pero la llave de su habitación está en su casillero. Salió esta tarde y aún no ha regresado.

- ¿Y su acompañante, un tal Philips Rousseau?

- Ocupa la misma habitación. Salió con él y tampoco ha vuelto.

- ¡Bien! ¡Escúcheme atentamente! –le ordenó Alberto Torres-. Voy a esperarlos sentado en el sofá que está frente a la entrada. Necesito una maleta junto a mí para simular estar esperando un taxi mientras aparento leer una revista. Cuando cualquiera de los dos regrese, necesito que me haga usted una señal disimuladamente. Es muy importante. ¿De acuerdo?

- ¿De acuerdo? –asintió.

El recepcionista ordenó a un botones que le facilitase al policía una de las maletas de cortesía del hotel. Luego continuó su trabajo atendiendo a un

matrimonio joven que acababa de llegar. Y Alberto Torres se dispuso a esperar pacientemente a los supuestos asesinos.

Podía y debía haber pedido refuerzos pero no lo hizo. Intuía que el Ministerio del Interior habría puesto en marcha todos sus servicios de información para localizar el domicilio en Madrid del boxeador, pero confiaba contar con el tiempo suficiente. Quería ser el único héroe que capturase al “Degollador de Madrid”. Su prestigio profesional crecería como la espuma. Sería coronado de laureles y condecorado por su astucia y su valor. Se convertiría en la envidia del cuerpo de inspectores de Madrid y de toda España gracias a esa valiosa información que, por un golpe de suerte, acababa de obtener del proxeneta.

Mientras en la imaginación de Alberto Torres se deslizaban todas esas escenas de gloria, en la mente de Charli se sucedían otras escenas mucho más inquietantes. Jennifer y Flavia, tranquilas ya por las noticias recibidas, no daban abasto, pero Angélica no había dado señales de vida desde la última conexión mediante el teléfono móvil.

Charli hubiese ido a buscarla, pero no conocía el lugar donde se encontraba. Precisamente cuando había empezado a escuchar los comentarios de Angélica para conocer su localización, fue cuando Alberto Torres le encañonó con su pistola. Después, al recuperar el teléfono de manos del policía, ya sólo pudo escuchar algunos jadeos en el interior del vehículo del cliente.

La clientela se había dispersado por la escasez de prostitutas. Jennifer y Flavia se acercaron hasta la posición de Charli.

- ¿Dónde está Angélica? –preguntó Flavia.

- No lo sé. Debe haber encontrado a algún ricachón que la querría para él solo durante toda la noche. Ya sabéis que de esos hay muchos últimamente por aquí. Seguro que estará en algún motel. Ya aparecerá por la mañana – intentó tranquilizarla el proxeneta.

- ¿Y el teléfono? ¿No puedes localizarla con el móvil? –insistió nerviosamente Flavia.

Charli procuraba imprimir la máxima serenidad a su voz.

- Lo he intentado varias veces, pero su teléfono está sin cobertura.
- Estoy cansada y tengo frío –se quejó Jennifer con su característico acento brasileño.
- ¿Han atrapado ya a ese boxeador y a su compinche? ¿Se sabe algo de esa chica rubia? – continuó su interrogatorio la tinerfeña.
- ¿Cómo quieres que lo sepa? ¡Venga! ¡Subid al coche! –ordenó el proxeneta enérgicamente-. Os dejaré en el apartamento y saldré a dar una vuelta para ver si averiguo algo.

Mientras tanto, en el Hotel Moncloa, Alberto Torres se mantenía al acecho. Estaba tan convencido de su éxito que había apagado su teléfono móvil y el pequeño emisor-receptor que llevaba en el bolsillo, para evitar que una posible conexión lo delatase y le fastidiase su heroica detención. Por ese motivo, no pudo escuchar al Jefe Superior de Policía cuando anunció la localización y detención de Pierre Breton y Philips Rousseau en un local de copas cercano a la Puerta del Sol. Ambos estaban divirtiéndose junto a Elda Mayer, una joven empresaria suiza, excéntrica y extrovertida, aficionada a este tipo de aventuras en sus salidas al extranjero. Le gustaba despistar a los guardaespaldas que ella misma contrataba en los distintos países que visitaba. Para ella era un juego excitante y divertido.

Después del interrogatorio los dejaron en libertad. Elda, Pierre y Philips se despidieron en la puerta de la comisaría entre risas y saludos afectuosos antes de ocupar sendos taxis para dirigirse a sus respectivos hoteles.

Charli llevó a Flavia y a Jennifer hasta el apartamento. Luego, antes de arrancar nuevamente su coche, intentó hablar con Alberto Torres por el teléfono móvil sin conseguirlo. Y, sin pensárselo dos veces, se dirigió hacia el Hotel Moncloa con la intención de confirmar la detención del boxeador asesino.

Al entrar vio a Alberto Torres sentado en un sofá frente a la puerta principal. El inspector le recriminó con la mirada su presencia en el hotel, pero Charli se acercó y se sentó a su lado manifestándole su preocupación por Angélica.

Alberto Torres, muy contrariado, le habló en voz baja, pero enérgica y autoritaria.

- ¿Y a mí qué me importa donde puedan estar tus putas? ¡Lárgate de aquí inmediatamente! Me dijiste que el otro día estuviste hablando con ese tal Tiburón Pierre en la discoteca. Si entrase ahora mismo podría reconocerte, haciéndole sospechar por tu presencia aquí. ¡No me fastidies y lárgate ahora mismo!

Charli aceptó los argumentos del inspector y se disponía a salir del hotel cuando, en ese instante, entraban Pierre Breton y Philips Rousseau haciendo comentarios jocosos sobre la aventura que acababan de vivir. El boxeador, extrañado al encontrar allí al proxeneta, le saludó con su marcado acento francés.

- ¡Hola Charli! ¿Qué haces aquí?

- ¡Hola Pierre! ¡Hola Philips! Pues... –se disponía a inventar Charli.

- ¡Arriba las manos! ¡Contra la pared! ¡Rápido! ¡Vamos, vamos, rápido, contra la pared! –ordenó contundentemente el policía encañonándoles con su pistola.

- ¡Pero no!... ¿Otra vez? –masculló Pierre Bretón mientras obedecía calmadamente junto a Philips Rousseau.

Charli se había retirado inmediatamente del ángulo de tiro. Los empleados del hotel se asomaban cautelosos por encima del mostrador de recepción. Alberto Torres ordenó al recepcionista que solicitase urgentemente refuerzos policiales, mientras él, con la maestría adquirida durante tantos años deteniendo a delincuentes, y ante la nula resistencia que ofrecieron los franceses, les colocó las esposas en un abrir y cerrar de ojos.

En menos de dos minutos se personaron en el hotel dos compañeros de Alberto Torres. Éste, al verlos entrar, con cara de satisfacción desbordada, no paraba de repetirles que acababa de detener él solo al “Degollador de Madrid” y a su compinche. Pero sus compañeros, al ver quienes eran, con cierto tono irónico, le instaron a que comprobase la carga de la batería de su *walki-talki* y le informaron de que al Sr. Breton y al Sr. Rousseau acababan de dejarlos en libertad, porque no podían acusarlos de ser cómplices de una

juerguecita que habían querido correrse junto a una joven y atrevida empresaria extranjera, dándoles esquinazo a un enorme pero inexperto guardaespaldas.

Cuando se aclaró el malentendido, Alberto Torres, sonrojado hasta los testículos, pidió disculpas a los detenidos mientras les despojaba de las esposas. Luego salió del hotel sin despedirse, intuyendo a sus espaldas las risitas de sus compañeros.

Pero a Charli, que había sido testigo de toda la escena, aquello no le hacía ninguna gracia. Descartados como los asesinos el boxeador y su segundo...
¿Con quién estará Angélica? -se preguntó preso del pánico.

Mientras los dos agentes reiteraban sus excusas a Pierre Bretón y a Philips Rouseau por las molestias ocasionadas, Charli salió del hotel detrás de Alberto Torres. Ahora, más que nunca, necesitaba encontrar en él un apoyo policial para la localización de Angélica. Pero el inspector, enfurecido por el colosal ridículo que acababa de protagonizar, ya había arrancado su vehículo y se desvanecía entre la niebla.

Charli miró su reloj. Eran las dos y media de la madrugada.

(Del diario de Iñaki)

... ...La primavera ya casi acaricia con la punta de los dedos al verano. Llevo varios años encerrado en esta prisión y conozco bien la rabia con la que el sol trata a estas tierras extremeñas. El mes de Julio se acerca abrasador para esperarnos a la vuelta de la esquina.

Esta mañana, en el patio, aprovechando un momento en el que Carlos deambulaba sólo alejado de mí, se me acercó Paco “el bestia” para advertirme respecto a mi nuevo compañero de celda.

- ¡Debes tener mucho cuidado con ese tipo! He oído decir que es un psicópata muy peligroso.

Yo, jugando con su ingenuidad, le miré fijamente a los ojos y aproveché el momento para conseguir de él, y de su grupo de protegidos, un cierto respeto hacia Carlos y una mayor admiración hacia mí.

- ¿Y tú sabes lo peligroso que puede llegar a ser un psicópata con quienes le llevan la contraria, verdad?

- ¡Precisamente por eso! Te repito que debes tener cuidado –insistió.

- ¡Escúchame Paco! –le hablé en voz baja a modo de confidencia-. Tú procura no llevarle la contraria, por si acaso. Y adviértele a tus amigos que hagan lo mismo. Yo ya he compartido con él las suficientes horas de celda y sé cómo controlar sus histéricas reacciones psicopáticas. Y te aseguro que no me ha sido nada fácil ni agradable. En algunas ocasiones he llegado a sentir verdadero pánico. Así que ya sabes, procurad llevaros bien con él y no os preocupéis por mí. Yo me las arreglo bien solo. De todas formas, si necesitase ayuda, confío poder contar contigo.

- ¡Conmigo, a muerte! Ya sabes que aquí tienes un amigo –me confirmó con rotundidad.

Cuando vio que Carlos se acercaba, Paco “el bestia” se levantó del banco y se alejó para unirse a su grupo. Yo no dejé de observarle hasta cerciorarme de que impartía las oportunas instrucciones a sus protegidos.

Más tarde he presenciado el partido de fútbol entre la selección española y la de Sudáfrica. Hemos vuelto a vencer. La primera vez en la historia que pasamos la primera fase de un mundial sin recibir una derrota.

Después de la cena, de camino hacia la galería, me ha llamado aparte Nicolás, uno de los guardianes de nuestro módulo, para anunciarme que muy pronto van a ingresar a dos nuevos terroristas en esta prisión.

Al llegar a la celda me he encontrado a Carlos sentado en la cama terminando de leer un nuevo correo. Yo he esperado pacientemente. Cuando ha terminado, me ha entregado los folios con un gesto de indiferencia y me ha dicho que ese periodista se está yendo excesivamente por las ramas.

Mientras yo leía, Carlos se ha estado paseando por los escasos metros cuadrados de la celda. Luego se ha apoyado en la pared, junto a la ventana, y su vista se ha perdido entre los árboles frutales que esperan pacientemente el momento de la recolección.

Él presentía, a pesar de su escepticismo, y yo también, que en este cuarto capítulo de la novela iba a aparecer algún sospechoso. Alguien hacia quien inducir una mera sospecha. Pero hasta ahora, según Carlos, ese periodista no ha hecho otra cosa más que narrar lo ocurrido hasta las dos y media de la madrugada de aquel sábado.

Imagino su impaciencia por conocer el final de la novela. Una novela, como él dice muy acertadamente, que lo mantiene más encarcelado a su propia historia.

Carlos me ha declarado en varias ocasiones que desconoce la identidad del asesino y duda que nadie pueda averiguarlo jamás. Hoy vuelvo a ver en su rostro el mismo gesto de amargura con el que llegó a esta celda. Sin embargo, a través de sus pupilas percibo un tenue brillo de esperanza.

Siempre he pensado que a nadie se le encarcela por estar trabajando honradamente sin hacer daño a los demás. Porque todo el que está aquí ha delinquido o es cómplice de un delito, aunque sea involuntariamente. Pero ahora, por primera vez en estos años de presidiario, comienzan a tambalearse mis convicciones. Empiezo a creer en la posibilidad de que

haya gente inocente que sufre cautiverio inmerecido. Gente que tuvo la desgracia de estar en el lugar menos indicado a la hora más inoportuna.

Estos últimos días he estado estudiando minuciosamente todas las reacciones de Carlos y, sinceramente, pienso que debo descartar mis sospechas. No creo que se trate de un psicópata. Es más, no sé muy bien por qué, empiezo a creer en su inocencia. Y no porque el periodista me lo haya demostrado, que no es el caso, sino simplemente porque me apetece. Porque creyendo en su inocencia puedo soñar con que algún día él consiga la libertad, y de esa forma yo me sentiría también un poco más libre, porque algo de mí saldría con él de esta cárcel.

Carlos sigue apoyado junto a la ventana. Su mirada atraviesa el estrecho espacio entre los barrotes. Me imagino la envidia que debe sentir de ese cielo herrumbroso que persigue al sol cuando éste ha cruzado la línea del horizonte. Está siempre como ensimismado. No se interesa por nada ni por nadie en esta cárcel. Aún no me ha preguntado cuál fue mi delito ni qué es lo que escribo todos los días en esta libreta. Supongo que algún día cambiará.

El grito del timbre ha destrozado nuestro silencio. Es la hora en la que sólo pueden hablar los sueños en la oscuridad de la prisión. Ese momento de libertad nocturnamente condicionado. Esa evasión somnolienta de la justicia y de la injusticia... ..

Capítulo V

En los ojos del policía relampagueaban la rabia, la humillación y el espantoso ridículo que acababa de sufrir en la sala de recepción del hotel. Sabía que su nefasta actuación con el boxeador y su ayudante ya estaría en conocimiento de todos los policías de la ciudad. Sería el hazmerreír de sus compañeros. Incluso podría ser expedientado por no actuar conforme a las ordenanzas policiales.

Guiado por su instinto condujo su coche hasta la Casa de Campo. Algo le hacía presagiar que la duodécima víctima sería una prostituta. Las otras dos asesinadas habían ocupado el cuarto y octavo lugar de la serie, por lo que matemáticamente le correspondía. El hecho de que ninguna de las anteriores hubiese sido asesinada en la Casa de Campo, y la preocupación que le había manifestado Charli por Angélica, junto con su intuición, eran los únicos argumentos que tenía para estar allí.

Aparcó su vehículo y se apeó de él parsimoniosamente. Se enfundó unos guantes y con ambas manos elevó el cuello de su pelliza azul marino, cubriéndose la nuca de la humedad del ambiente. Empuñó su pistola dentro del bolsillo izquierdo de su cazadora e inició una nueva ronda por los caminos del recinto. Escrutaba palmo a palmo los aparcamientos habituales donde solían prestar sus servicios las prostitutas. La Casa de Campo parecía estar desierta, pero él seguía confiando en su intuición.

Las agujas del reloj formaban ángulo recto cuando, difusa por la niebla, vislumbró una silueta humana que venía hacia él. Instintivamente se refugió tras el grueso tronco de un pino y sacó su mano armada del bolsillo. La borrosa figura andante se iba acercando. A medida que avanzaba reconocía en su apariencia el característico perfil de alguien conocido. Cerró los ojos y se los restregó con los dedos enguantados. Al abrirlos nuevamente se quedó petrificado. Era su hermano, su queridísimo hermano Adrián. Pasaba muy cerca de él con unos guantes ensangrentados y la mirada como perdida en un mundo ajeno a la realidad. Alberto Torres estaba tan impresionado que no pudo ni moverse, ni llamarlo, ni mucho menos

encañonarlo con su pistola para mostrarle su brillante placa de policía y consumir esa detención que tanto había anhelado. Como una estatua de mármol se mantuvo inmóvil mientras su hermano Adrián se alejaba y, finalmente, en un lugar oscuro y camuflado por la vegetación, se introducía en el deportivo negro que le había regalado su padre meses atrás por su cumpleaños, y se disipaba entre la niebla.

No podía creer lo que acababa de presenciar con sus propios ojos. Aún tardó un buen rato en reaccionar. Cuando su mente consiguió encajar el golpe, emprendió el camino en dirección contraria a los pasos de su hermano. Tendido sobre el césped, junto al lago, localizó el cadáver de una mujer joven, tenuemente iluminado por la lúgubre luz de una farola.

Su cuerpo yacía desnudo de cintura para abajo y sus ropas estaban desparramadas por la hierba. Había sido degollada. Tenía un cuchillo clavado en el corazón y una nota manuscrita grapada sobre el abdomen en la que podía leerse: *“Son las 3,00. A esta hora nunca más volverás a follar con nadie”*.

Alberto Torres no sabía qué hacer. Recordaba la última vez que vio a Adrián en las anteriores navidades, tan noble, tan inocente, tan retraído. En su imaginación nunca habría anidado la hipótesis de que alguien así fuese “El Degollador de Madrid”. Un muchacho apocado e introvertido que apenas había salido un par de veces de su Extremadura natal. Sus veinticuatro años de vida se habían desarrollado entre el pueblo y el campo, en esa dehesa extremeña plagada de encinas donde se engordan los cerdos de pata negra. Donde sólo se respira aire puro y un sosiego embriagador.

¿Por qué arte de magia aparecía en Madrid convertido en un sanguinario asesino? ¿qué misterioso móvil le animaba a perpetrar esos actos de violencia? ¿quién o qué podía haber trastornado el cerebro de un joven campesino hasta ese punto? Todos estos interrogantes se aceleraban en la mente de Alberto Torres sin encontrar las respuestas. Pero él estaba allí, junto a la víctima. No había ningún hueco, ningún resquicio por donde airear la duda. “El Degollador de Madrid” era su hermano Adrián.

¿Cómo iba a proclamarse héroe nacional resolviendo el caso si para ello tenía que detener a una de las personas que más quería en este mundo? ¿qué pensarían sus padres? ¿cómo podía dejar escapar esta oportunidad que se le presentaba en bandeja para conseguir su mayor éxito policial? Sus pensamientos libraban una brutal batalla entre su honestidad y su familia, entre su integridad y su amor fraternal. Un amor que ya había vencido esa contienda desde el momento en que su cuerpo se convirtió en estatua viendo como su hermano se alejaba de aquel lugar sin hacer nada por evitarlo.

Pero algo tenía que hacer. Era imprescindible solapar el abrumador ridículo que había protagonizado en el hotel. Ahora ya contaba con la posibilidad de evitar nuevas violaciones y asesinatos, porque ya conocía al asesino. Sabía que esa mujer sería la última víctima de la serie porque él se encargaría personalmente de averiguar y resolver los problemas síquicos de Adrián. Pero no quería incriminar a su hermano. Alguien tendría que hacer de cabeza de turco. Eran las tres y cuarto de la madrugada.

De repente, una macabra luz se encendió en su cerebro. Se acordó de la conversación que había mantenido horas antes con el proxeneta sobre su peculiar forma de controlar a sus putas. Hurgó en el bolso semiabierto de la víctima y encontró un teléfono móvil azul, exactamente igual al que Charli estaba utilizando cuando él le encañonó con su pistola alrededor de la medianoche. El móvil estaba encendido. Los símbolos de la pantalla indicaban un mínimo de cobertura. Buscó en la agenda del teléfono y apareció el nombre de Charli. No había ninguna duda. La víctima era una de sus putas. Esa tal Angélica por quien el proxeneta le había manifestado su preocupación una hora antes en el hotel.

Con la velocidad de un rayo, en su cerebro se acoplaron todas las piezas que necesitaba para eximir a su hermano de toda culpa y proclamarse el héroe de la operación “El Degollador de Madrid”.

Con el nombre de Charli iluminado en la pantalla del teléfono de Angélica pulsó el botón de llamada y esperó impaciente la respuesta.

El proxeneta rondaba por las cercanías de la Casa de Campo con la esperanza de localizar a Angélica. Su teléfono azul sonó en el bolsillo interior de su chaquetón de cuero. Detuvo su coche, vio el nombre de Angélica en la pantalla y pulsó inmediatamente el botón de respuesta.

- ¡Angélica! ¿Dónde coño estás?

Alberto Torres, para no ser reconocido, transformó su voz en un susurro desgarrado y tétrico.

- Angélica va a morir aquí y ahora, en la Casa de Campo, junto al lago, donde tantas veces ha follado con otros.

- ¿Quién eres?... ¡Contéstame cabrón! –gritaba Charli.

No hubo contestación. Alberto Torres había cortado la comunicación y con su mano enguantada había vuelto a colocar el teléfono dentro del bolso.

Con paso acelerado se distanció de la víctima y se apostó tras el tronco de un árbol, camuflándose en la espesura de la niebla. La llamada que esperaba no tardó en producirse. El timbre de su teléfono móvil sonó y en la pantalla apareció un número que, sin duda, correspondería al móvil del proxeneta.

- ¡Dígame!

- ¡Soy Charli! –se identificó con la voz anudada en su garganta.

- ¡Dime Charli! ¿Dónde estás? ¿Ha aparecido ya Angélica? –le preguntó el policía interpretando con su voz la falsa intriga.

- Estoy junto a la Casa de Campo. Acaba de llamarme el degollador desde el teléfono móvil de Angélica. Me ha dicho que la va a matar aquí ahora mismo, junto al lago. Yo ya voy para allá. ¡Avisa a todos tus compañeros! ¡Hay que rodear toda la zona! ¡Tenemos que atrapar a ese cabrón antes de que le haga daño a Angélica! –gritaba el proxeneta con voz de desesperación.

- ¡De acuerdo Charli! Pero ten mucho cuidado. Estaré allí en unos minutos.

- ¡Daos prisa! ¡Tenemos que salvarla! ¡Tenemos que salvarla! –repetía Charli casi sollozando.

Alberto Torres cerró la comunicación y aguardaba impaciente la llegada del proxeneta oculto entre los árboles en la tenebrosa oscuridad. Miraba

constantemente su reloj y calculaba el momento exacto en que Charli debía entrar en escena.

A las tres y veinticinco minutos Alberto Torres observó como Charli se acercaba corriendo hasta la orilla del lago y se detenía junto al cuerpo sin vida de Angélica. El proxeneta miró en todas direcciones escrutando la niebla, pero la visibilidad era nula a más de treinta metros. A sus pies tenía a su prostituta, pero como tantas otras veces, no la vio como tal, sino como su amante, porque Charli, aunque resulte difícil creerlo, estaba enamorado de Angélica. No podía soportar aquella visión de su amada con el cuello ensangrentado, con los ojos abiertos, suplicantes, y con aquel cuchillo atravesando su cuerpo. El alma entera se le vino a los pies como lo hubiera hecho un pantalón de talla grande completamente desabrochado. Aquella enorme hoja de acero clavada en el pecho de Angélica la sentía punzante en su propio corazón. Se arrodilló junto a ella y no pudo contener un impulso irrefrenable. Con su mano izquierda asió el mango del cuchillo para proceder a desclavarlo de su pecho, mientras sus lágrimas brotaban con rabia acoplándose al sudor de su cara humedecida.

En ese instante, Alberto Torres surgió como un relámpago de entre las penumbras apuntándolo con su pistola, conminándolo a que soltase el cuchillo y a que se tumbarse boca abajo con las manos en la nuca.

- ¿Pero qué haces? ¡Soy yo, Charli! ¿no me reconoces? –replicó el proxeneta totalmente desconcertado y soltando el mango del cuchillo que aún seguía clavado en el pecho de Angélica.

- Pues claro que sé quién eres, pero túmbate en el suelo de una maldita vez y no se te ocurra moverte o te quedo frito.

- ¡Pero si tú sabes que yo no la he matado! Acabo de hablar contigo por teléfono ¿no lo recuerdas? –insistió Charli obedeciendo.

Alberto Torres, colocándole las esposas con las manos a la espalda, le dijo con un tono de voz casi categórico:

- Creo que tu inocencia te va a ser muy difícil demostrarla.

- ¡Tú sabes que yo no he hecho esto! –continuó gritando el proxeneta tumbado boca a bajo entre sollozos desgarrados.

El policía utilizó su pequeño emisor-receptor.

-¡Atención! Soy el inspector Alberto Torres. Hablo desde la Casa de Campo. Acabo de detener al “Degollador de Madrid”. Lo he hallado en el preciso momento en que asesinaba a su última víctima. Solicito refuerzos y la presencia del juez para levantar el cadáver. Estoy junto al lago. ¡Cambio!

- *Unidad siete... Estamos en la zona. Llegaremos en seguida ¡Cambio!*

- *¡Atención! Soy el Jefe Superior de Policía. Espero que no se trate de otra pifia como la del boxeador. ¡Vamos para allá! ¡Cambio y cierro!*

Charli seguía tumbado en el césped, llorando y suplicándole a Alberto Torres.

- ¿Cómo puedes hacerme esto? Tú sabes que soy inocente. Yo estaba contigo en el Hotel Moncloa hace una hora...

- Yo lo único que sé es que tú estabas aquí y ahora, junto a la víctima, con el cuchillo en la mano –le interrumpió secamente el policía.

- ¡Pero si he sido yo quien te ha avisado! –insistía Charli-. El asesino me llamó desde el teléfono de Angélica para decirme que la iba a matar. No debe estar muy lejos. Da orden de que rodeen la zona y detengan a todo el mundo. Seguro que lo encontraréis. ¡Por favor! ¡Yo soy inocente!

- ¡Cállate de una jodida vez!

- Yo nunca le habría hecho daño a Angélica. La quería más que a nadie en este mundo... más que a nadie –gemía Charli con el rostro empapado en lágrimas.

- ¡Y qué sé yo de los sentimientos de un proxeneta! Si tanto la querías ¿por qué dejabas que follase con otros? ¿Por qué la exhibías igual que a cualquiera de tus otras putas?

- Eso tú no puedes entenderlo –contestó Charli llorando amargamente.

- ¡Ah no! ¿Y por qué no me lo explicas tú?

- No hay tiempo para explicaciones. ¡Por favor! ¡Ordena que rodeen la zona! El asesino no debe andar muy lejos ¿Vas a permitir que se escape sin hacer nada? –gritaba desesperado.

- Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer –le recriminó Alberto Torres elevando el volumen de su voz entre el ruido de las sirenas de los coches de policía que se acercaban.

Los agentes de la unidad siete entraron en escena y se hicieron cargo inmediatamente de la situación. En pocos minutos la zona se inundó de coches engalanados con luces giratorias. Y, media hora más tarde, Charli entraba en la Comisaría Central acusado de ser “El Degollador de Madrid”.

(Del diario de Iñaki)

... ...La selección española ha conseguido su clasificación para los cuartos de final de los mundiales de fútbol. Ha vencido a la selección de Irlanda en un partido no apto para cardíacos. Algunos reclusos, los más forofos, han abandonado la sala de televisión antes de finalizar el encuentro. No podían soportar la tensión. Hemos tenido que esperar hasta el último segundo para obtener la clasificación. Mi compatriota vasco, Gaizka Mendieta, ha conseguido meter en la portería el último penalti de la tanda. España sigue invencible en estos mundiales.

La prensa local anuncia fiestas en Badajoz. Por estas fechas celebran su Feria de San Juan. A mí estas fiestas me importan un bledo. Jamás he visto esta feria ni pienso verla nunca. Odio esta ciudad sin haber llegado a pisar ni una sola de sus calles. Desde que me trasladaron aquí sólo he visto ese campo que está detrás de los barrotes. Sólo conozco Badajoz por las fotografías de las revistas y los periódicos. Puede que a sus habitantes les parezca un sitio agradable para vivir, pero para mí siempre será el lugar más detestable de la Tierra.

¡Cuánto me acuerdo de mi país! Echo de menos a mis amigos. También añoro el ambiente de fiesta que siempre se respira en la Taberna de Igor. ¡Qué bien me han sabido siempre los zuritos y los marianitos en esa taberna! Confío en que algún día, cuando regrese, esas costumbres no hayan cambiado. Son otras cosas las que tienen que cambiar en mi país.

Carlos ha recibido esta tarde la visita anunciada del periodista. Al regresar a la celda su rostro ha brillado con un semblante mucho más esperanzador. Inmediatamente le he preguntado por los avances en la investigación, pero él, antes de ofrecermelos folios que le ha traído en mano ese corresponsal, me ha dicho mirándome directamente a los ojos:

- Estoy empezando a confiar en ese periodista. Ahora más que nunca necesito confiar también en ti para que mantengas la confidencialidad de los datos que contiene esta novela. Pongo en juego toda mi vida entre estos barrotes.

Con un gesto de cierre de cremallera de una a otra comisura de mis labios, le he contestado sin esquivar su mirada:

- ¡Tranquilo Carlos! Puedes confiar en mí.

Él ha esperado unos segundos analizando mis gestos. Finalmente me ha cedido los folios.

He leído atentamente ese quinto capítulo.

- ¿Y tú no sabías nada de esto?

El rostro de Carlos estaba impregnado de ansias de venganza.

- Yo sólo conozco los hechos que viví. Los que el periodista plasma en este capítulo con todo lujo de detalles. Intuía que ese policía ocultaba algo, pero nadie me hizo caso. Lo que nunca podría imaginar es que el asesino fuese su propio hermano, ese tal Adrián.

Yo me he mostrado muy escéptico.

- Ni te lo podías imaginar tú, ni se lo podría imaginar nadie. Porque esto es totalmente increíble.

- Eso mismo pensé yo nada más leerlo. Pero el periodista, aunque admite que pueda parecer ficción, me ha asegurado que ese capítulo lo ha redactado basándose en toda la información que ha obtenido y enlazando todos los indicios que él mismo ha ido verificando.

- ¿Y cuáles son esos indicios en los que se basa? –le he preguntado rebotante de intriga.

- Aún no ha querido desvelármelos. Me ha dicho que debo tener paciencia. También me ha asegurado que muy pronto, cuando esos indicios comiencen a tener peso suficiente para poder aportarlos como pruebas, los pondrá en conocimiento de su agencia periodística para encauzar la revisión del caso con las máximas garantías de éxito.

- ¡Pero eso es fantástico! Si una agencia periodística apuesta por ti, ten la completa seguridad de que recurrirá a los mejores abogados criminalistas del país. ¡Qué digo del país, del mundo entero! Esa raza de periodistas sabuesos no desaprovecharían nunca una oportunidad como ésta para arremeter contra la policía y contra los jueces. Y si hay algún político implicado, que a buen seguro lo habrá, con mucho mayor motivo.

- ¡Ojalá! Pero he de tener paciencia. El periodista dice que aún queda mucho por hacer para desenmascarar abiertamente a Alberto Torres –ha reiterado Carlos conteniéndose la rabia.

Yo me he preguntado en voz alta:

- ¿Cómo ha podido engañar ese policía a todo el mundo?

- Muy sencillo. Porque yo fui un imbécil, un inocente, un pardillo picando en su trampa.

- ¿Y quién no? Tal y como narra este capítulo ese periodista, cualquiera hubiese picado –he manifestado con intención de aliviarle.

Carlos me ha contestado con un tono de falso agradecimiento.

- ¡Gracias! Pero esa apreciación no me alivia lo más mínimo.

Se ha hecho el silencio porque yo he empezado a releer ese espeluznante quinto capítulo. Mientras yo leo, Carlos ha cogido un lápiz de la repisa que hay sobre su cama y ha comenzado a escribir en el reverso de los folios de capítulos anteriores. En ese instante ha sonado el timbre de la galería.

Mi compañero de celda está condenado por la violación y el asesinato de doce mujeres, a pesar de que en el juicio sólo se aportaron pruebas suficientes para acusarlo del caso de Angélica. Pero, por ser el único sospechoso de los otros once crímenes, se ha tragado todo el marrón, como diría Paco “el bestia”.

Aunque en este capítulo ya se descubre quien es el violador asesino, a mí siguen asaltándome un manojo de interrogantes: ¿Cómo va a demostrar ese periodista todo lo que, según él, sucedió verdaderamente aquella noche en la Casa de Campo? ¿en qué indicios se habrá basado para averiguarlo? ¿cómo va a conseguir invalidar las pruebas que incriminaron a Carlos: Huellas dactilares en el mango del cuchillo, presencia física en el lugar del crimen, antecedentes penales por maltrato y amenaza de muerte a sus prostitutas...? Sin olvidar que, desde la detención de Carlos, en Madrid no volvieron a aparecer nuevas víctimas violadas y asesinadas de esa manera. Acaban de apagar las luces. Un foco de luz entra a través de la ventana procedente de una nueva luna llena. Una luz que presagia buenas noticias.

Ojalá ese periodista consiga demostrar pronto la inocencia de Carlos. Porque ahora ya no dudo de su inocencia, dudo de la capacidad de ese periodista para demostrarla... ..

Capítulo VI

En la Comisaría Central de Madrid, Charli estaba siendo sometido a uno de los interrogatorios más demoledores de las últimas décadas. Los expertos inspectores, como sabuesos ante una presa supuestamente fácil, esperaban conseguir su declaración de culpabilidad a las primeras de cambio, pero el proxeneta se mantenía firme como una roca de granito frente a picos y palas de papel.

Con un foco de luz iluminando continuamente su rostro, y con una videocámara grabando y transmitiendo por circuito cerrado cada uno de sus gestos, Charli no paraba de repetir hasta la saciedad los argumentos que esgrimía para demostrar su inocencia.

- ...pero si fui yo quien le pidió ayuda cuando estaba en el Hotel Moncloa y, luego, tan sólo cinco minutos antes de que me detuviera, también fui yo quien llamé al teléfono móvil del inspector Alberto Torres para decirle que el asesino me había llamado desde el teléfono de Angélica. Fui yo quien le dijo dónde y cuándo se iba a cometer el asesinato...

- ¡Por supuesto que sí! Porque tú eres el asesino. Tú eres quien estaba allí con el cuchillo en la mano, precisamente en tu mano buena, la zurda, esa mano con la que has degollado de derecha a izquierda a todas estas mujeres. ¿O es que también vas a negarnos que en el momento de la detención aún estabas sujetando el cuchillo? –continuaba el interrogatorio uno de los inspectores con evidentes síntomas de empezar a perder la paciencia, mostrándole las fotografías de todas y cada una de las víctimas.

El Jefe Superior de Policía, Medardo Méndez, en la habitación contigua, observaba junto al psicólogo todas las reacciones del proxeneta.

- ¿Qué opina usted? –le preguntó al médico.

- Si realmente estuviese mintiendo, desde luego lo hace muy bien. Pero no estaría de más comprobar los teléfonos móviles para verificar si efectivamente se llegaron a realizar esas llamadas. Y tampoco estaría de más averiguar si una hora antes estuvo en ese hotel –propuso el psicólogo.

- Si se hubiesen realizado esas llamadas, seguro que el inspector Torres nos lo habría dicho –matizó Méndez.

- Pero si fuese cierto que el sospechoso habló con el inspector unos minutos antes de su detención, Alberto Torres podría estar ocultando algo ¿no le parece?

- ¿Acaso duda usted del inspector Torres? –se extrañó Medardo Méndez.

- Como psicólogo y como policía, mi obligación es dudar de todo el mundo. Pero en este caso concreto, conociendo las estadísticas de ese inspector, con mayor motivo.

- ¿A qué se refiere? –le preguntó desconcertado.

- Usted lleva tan sólo unos meses en esta ciudad. Por supuesto que no dudo de sus éxitos en otras provincias para ser merecedor de su ascenso al cargo de Jefe Superior de Policía en Madrid, pero creo que aún no ha tenido tiempo de analizar las estadísticas de sus inspectores. Por ejemplo, ¿Sabía usted que de todos los detenidos por el inspector Torres en los últimos dos años, más del cincuenta por ciento tuvieron que quedar absueltos por falta de pruebas? –le informó el psicólogo.

Medardo Méndez lo escuchaba pensativo, observando a través del monitor el interrogatorio que continuaba en la habitación de al lado.

- ¿O acaso cree usted que la policía está vacunada contra la cultura del pelotazo que reina en este país? –insinuó finalmente el psicólogo colisionando bruscamente su mirada con la del Jefe de Policía.

Medardo Méndez no contestó a la pregunta. Volvió a mirar al monitor y, finalmente, salió al pasillo intentando localizar a Alberto Torres.

- ¿Dónde está Torres? –le preguntó a una joven agente que hacía guardia a la entrada de la Comisaría.

- Está junto a la máquina expendedora de café con el Concejal de Seguridad Ciudadana.

- ¿No habrán llegado ya el Alcalde y el Delegado del Gobierno?

- ¡No! Ya me advirtió el inspector Torres que en cuanto llegasen le avisara – dijo la agente con aire de satisfacción, intuyendo que una porción de la enhorabuena de los altos cargos recaería también sobre ella-. Los que sí

están llegando son muchos periodistas. Se están instalando en el salón de conferencias. La rueda de prensa está prevista para dentro de quince minutos.

- Sí, sí, ya lo sé. Muchas gracias. Tú sigue controlando la entrada de los periodistas ¿vale? –le ordenó dándole unas palmaditas en la espalda.

- ¡Tranquilo, Jefe! Lo tengo todo controlado.

Entre sorbo y sorbo de café, el Concejal escuchaba con suma atención el relato pormenorizado que Alberto Torres le ofrecía sobre las circunstancias que rodearon a la detención. El Jefe Superior de Policía se acercó a ellos.

- ¡Enhorabuena Medardo! ¡Por fin podremos respirar tranquilos! –le felicitó efusivamente el concejal-. La pena es que hayamos tenido que lamentar una nueva víctima, pero ahora, por lo menos, ya estamos seguros de que será la última.

- Eso espero –le contestó mirando fijamente a los ojos de Alberto Torres.

- ¿Qué quiere decir? –preguntó extrañado el concejal-. El inspector Torres me acaba de garantizar que no hay ninguna duda. Que ese proxeneta tiene que ser el degollador.

- Confiamos en ello. Pero ya llevamos casi una hora de interrogatorio y aún no hemos obtenido de él una declaración firme de culpabilidad –dijo el Jefe de Policía con cierto tono de insatisfacción.

Distanciándose unos pasos, Medardo Méndez se disculpó con el concejal y le pidió a Alberto Torres que lo acompañase a una oficina contigua, para hablar un momento a solas con él.

- ¿Ocurre algo, Jefe? –preguntó intrigado el inspector después de apurar el café y tirar el vaso de plástico en una papelera.

- ¿Me permites ver un momento tu teléfono móvil?

- ¡Por supuesto! Aquí lo tiene –se lo ofreció con la mano extendida.

El Jefe rehusó el ofrecimiento y cogió un papel en blanco de una de las mesas de la oficina.

- ¡No gracias! No conozco bien ese modelo de teléfono. Sólo quiero que busques en el archivo las últimas llamadas recibidas para apuntar los números.

Alberto Torres, con toda la naturalidad permitida por el nerviosismo que empezaba a atenazarle, tecleó en su teléfono bajo la atenta mirada del Jefe.

- Aquí están. ¿Quiere tomar nota?

Medardo Méndez cogió el teléfono móvil y fue pulsando el cursor, mientras anotaba los números correspondientes a las últimas llamadas y las horas en que se habían producido.

- ¿A qué viene todo esto? –preguntó Alberto Torres con cierto aire de mosqueo.

- Llevamos casi una hora interrogando al sospechoso y él insiste una y mil veces en que habló contigo por teléfono tan sólo cinco minutos antes de su detención. Incluso nos ha mostrado una de tus tarjetas con tu número de móvil. Además, asegura que tres horas antes del asesinato estuvisteis conversando en la Casa de Campo mientras él vigilaba a sus tres putas. Y luego, en el Hotel Moncloa, dice que fue testigo de tu nefasta actuación con el boxeador y su ayudante. Según nos ha manifestado, había ido en tu busca con la intención de obtener ayuda para la localización de una de sus prostitutas, esa tal Angélica, quien precisamente ha resultado ser la última víctima.

- ¡Por supuesto que sí! La última víctima de ese mal nacido. Porque yo vi con mis propios ojos cómo tenía el cuchillo empuñado y clavado en el pecho de esa mujer –aseguraba Alberto Torres intentando afianzar la culpabilidad sobre Charli, a sabiendas de que cuanto más cerca estuviese de su condena, más lejos estaría su hermano Adrián de toda sospecha-. Es cierto que estuve hablando con él en la Casa de Campo cuando hacía mi primera ronda. Le acababa de entregar mi tarjeta con mi número de teléfono móvil, para que me avisara si veía a alguien sospechoso por la zona, precisamente en el momento en que usted nos comunicó la desaparición de la extranjera en la discoteca. Él fue quien me informó de donde se alojaba ese boxeador, porque, al parecer, ese francés se lo había dicho una noche que coincidieron en esa misma discoteca. Luego, momentos antes de la detención del boxeador, se presentó en el Hotel Moncloa. Recuerdo que se acercó a mí y empezó a hablarme con palabras incoherentes. Me dijo algo al

respecto de la tardanza en follar de una de sus putas o algo así, pero yo no pude seguir escuchándolo porque en ese instante entraron los sospechosos y procedí a la detención. No sé por qué motivo mi walki-talki se había apagado y no pude escuchar la cancelación de la orden de búsqueda y captura. Cuando mis compañeros me contaron lo de la bromita de la extranjera, salí de allí bastante malhumorado. No me encontraba con ánimos para seguir escuchando las incoherencias de un chulo de putas. Ni siquiera me preocupé de averiguar si salió antes o después que yo del hotel. Volví a la Casa de Campo, pero sólo por pura intuición, porque algo me hacía presagiar que el degollador actuaría esta noche en aquel lugar. Alrededor de las tres y cuarto, ese proxeneta me llamó para informarme del lugar donde podría encontrar el cadáver de su prostituta, precisamente allí, en la Casa de Campo, a escasa distancia de donde yo estaba. Y cuando me personé en el escenario de los hechos lo encontré arrodillado junto a la víctima empuñando el cuchillo que acababa de clavarle en el corazón. ¿O acaso va usted a anteponer la declaración de un chulo de putas asesino a la de un inspector de policía que acaba de obtener el mayor éxito policial de los últimos tiempos en este país?

- No se trata de eso, Torres. Nadie duda de ti, pero... ¿por qué no me has facilitado antes todos estos detalles? –le preguntó el Jefe un poco desconcertado.

Alberto Torres le contestó inmediatamente con una respuesta cargada de espontaneidad y contundencia.

- Pensaba redactar el informe en cuanto acabase la rueda de prensa.

En ese instante, los pasillos de la comisaría se inundaban de gente enchaquetada. Acababa de aparcar en la puerta el vehículo oficial del Alcalde y, seguidamente, el Mercedes negro del Delegado del Gobierno en la Comunidad de Madrid. El Jefe Superior de Policía guardó en el bolsillo del pantalón el papel con los números de teléfono y los horarios anotados, y apremió al inspector Torres para que saliese a recibir la felicitación de las autoridades.

Ambos abandonaron aquella oficina mudando sus tensos semblantes por caras de satisfacción. Y tras varios minutos de protocolarios saludos y gestos de parabienes con los responsables políticos, se dirigieron al salón de conferencias para responder ante las cámaras y los micrófonos del enjambre de periodistas que habían acudido a la convocatoria.

El Delegado del Gobierno y el Alcalde de la ciudad manifestaron su hondo pesar a los familiares y allegados de las doce mujeres que habían sido violadas y asesinadas. No se abstuvieron en elogios para reconocer la ardua labor policial que se había llevado a cabo durante los últimos tres meses para capturar al degollador. Ambos felicitaron efusivamente al inspector Alberto Torres, quien, según sus palabras, era acreedor de un instinto extraordinario y había conseguido desenmascarar a uno de los asesinos en serie más sanguinarios que había actuado en nuestro país, anunciando, a modo de primicia periodística, su inminente condecoración.

En su intervención, Medardo Méndez reiteró la extensiva felicitación y agradecimiento a todo el Cuerpo de Policía y aclaró que, a pesar de no haber obtenido aún del sospechoso una declaración definitiva y firme de culpabilidad, las pruebas que pesaban sobre él eran contundentes, aunque no definitivas.

Ante los gestos de camuflada contrariedad en los rostros de los mandatarios políticos, continuó diciendo:

- Por eso, aún es pronto para cerrar definitivamente la denominada Operación “El Degollador de Madrid”. El Cuerpo de Policía guarda ciertas similitudes con el Cuerpo de Bomberos. Ya saben ustedes que ellos nunca abandonan un incendio hasta cerciorarse de que no quedan rescoldos encendidos.

- ¿Qué ha querido decir con esas palabras? ¿Acaso hay alguna duda de que el sospechoso sea el único “Degollador de Madrid”? ¿Insinúa que puede haber más asesinos? –preguntó impulsivo uno de los periodistas de la primera fila.

- ¡De momento, no hay más declaraciones! –se apresuró a contestar el Delegado del Gobierno, ahora sí con un rostro de perceptible indignación, anticipándose a la respuesta de Medardo Méndez.

Con esas palabras se dio por cerrada la rueda de prensa. Los periodistas arrinconaron a Alberto Torres atosigándolo con una tormenta de preguntas. Estaban interesados en conocer todos los indicios en los que se había basado para localizar al asesino, precisamente en el lugar y a la hora exacta del último asesinato.

Alberto Torres no se cortaba ni un pelo ante las cámaras de televisión. Contestaba a todas las preguntas ebrio de petulancia y vanidad. Se vanagloriaba del meticuloso seguimiento que había llevado del caso desde el primer asesinato. Y posaba ante los fotógrafos con el pecho henchido de una hipócrita satisfacción y con una rebosante y vanidosa sonrisa.

Mientras tanto, en el despacho de Medardo Méndez se desencadenaba otra tormenta. A puerta cerrada y en presencia del Alcalde, el Delegado del Gobierno se mostró enérgico con el Jefe Superior de Policía.

- ¿Qué ha pretendido insinuar con esas declaraciones? ¿Acaso no es usted consciente de la importancia que tiene dejar zanjado este asunto cuanto antes? ¡Le ordeno que convoque nuevamente a la prensa, en esta misma mañana, para informar que el caso de “El Degollador de Madrid” ha quedado cerrado definitivamente! ¡Es fundamental para el Gobierno! Estamos a escasas semanas de adquirir la responsabilidad de la Presidencia en la Unión Europea y España tiene que dar la sensación de ser un país del más alto nivel. No podemos permitirnos mantener ni un día más el estado de psicosis que sufre la capital y el país entero. Dentro de media hora tengo una reunión con el Ministro del Interior y quiero, aquí y ahora, que adquiera ese compromiso inapelablemente.

- ¡Medardo! –intervino el Alcalde intentando apaciguar los ánimos-. Cuando me llamaste por teléfono para informarme de la detención del proxeneta, me aseguraste que no había ninguna duda al respecto de su culpabilidad. Me dijiste que el inspector Torres lo había pillado con las manos en la masa. Y si hemos montado esta rueda de prensa para tranquilizar de una vez por

todas a la población de Madrid y a la de toda España, ¿a cuento de qué viene entonces rematar tu intervención con esas manifestaciones?

- Con todos mis respetos, permítanme decirles que el proxeneta que tenemos en la sala de interrogatorios es un sospechoso, sobre el que pesan pruebas aparentes, aunque también contundentes, pero en ningún caso concluyentes...

Medardo Méndez intentaba explicarse, pero el Delegado del Gobierno, de forma drástica y con acrecentado enojo, le interrumpió.

- ¿Quiere usted dejarse de juegos de palabras e ir al grano de una maldita vez? ¿Adónde puñetas quiere llegar?

El Jefe Superior de Policía cambió el tono de su voz por otro mucho más rotundo y convincente:

- El sospechoso lleva más de una hora de interrogatorio y aún no ha dado ni una sola muestra de debilidad. Se mantiene firme en sus argumentos. Los ha repetido una y mil veces sin variar ni un ápice la coartada que esgrime para demostrar su inocencia. Necesito tiempo para verificar su declaración. Aún tengo que analizar el informe que ha de redactar el inspector Torres y contrastar todos los detalles. Si todos estamos de acuerdo en que este caso es de crucial importancia para el Gobierno, tendremos que hilar muy fino para no caer en el más espantoso de los ridículos. Porque cabe la posibilidad de que ese tal Charli haya degollado a su prostituta exactamente igual que el verdadero degollador ha venido haciendo con sus víctimas, con el fin de eludir cualquier sospecha hacia él, pero, en apariencia, porque aún necesito la confirmación del forense, esa mujer también ha sido violada... ¿y no les parece a ustedes un poco extraño que un proxeneta viole a una de sus putas?

El Delegado del Gobierno apaciguaba su ira ante la intranquilidad que suscitaban las observaciones de Medardo Méndez.

- Con gente de esa calaña se puede uno esperar cualquier cosa –intervino el Alcalde.

- No lo pongo en duda –prosiguió Méndez-, pero, a pesar de todo, por mis muchos años de experiencia como policía, no deja de parecerme anormal.

Además, según mi reloj, aún son las ocho y cuarto de la mañana, y, de las once víctimas anteriores, dos de ellas fueron violadas y asesinadas entre las nueve y las doce de sus respectivos domingos –les recordó el Jefe Superior de Policía.

- ¡Escúcheme bien, Sr. Méndez! –las palabras del Delegado del Gobierno sonaban a ultimátum-. Mantenga a todos sus efectivos policiales en alerta y la Operación “El Degollador de Madrid” en vigor hasta las doce en punto del mediodía de hoy. Y, si como sospecho, no aparece ninguna nueva víctima hasta esa hora, le ordeno que convoque a la prensa para que divulguen a bombo y platillo que no hay ninguna duda de que el proxeneta es el asesino. Además, confío en usted para conseguir que las pruebas que lo incriminan obtengan la contundencia y la credibilidad suficiente para, en el mínimo tiempo posible, alcanzar una sentencia condenatoria que satisfaga a la ciudadanía, y, por supuesto, al Gobierno de la nación. Hay que poner punto y final definitivamente a este funesto episodio de la historia de nuestro país.

- Confío en que todo se resuelva según sus deseos –respondió sumiso Medardo Méndez.

- ¡No confíe! ¡Hágalo! –apostilló el Delegado del Gobierno saliendo del despacho seguido por el Alcalde.

(Del diario de Iñaki)

... ..¡Vaya pena de árbitros que nos han correspondido en este campeonato del mundo de fútbol! Podíamos haber ganado, por lo menos, por dos goles a cero a esos coreanos. ¡Después de todo lo que sudó el pobre de Camacho esa camisa azul! (Azul claro, no azul marino oscuro, que no hay ningún motivo para hacer alusiones al falangismo). Pero, ¿qué le vamos a hacer? Ya estamos acostumbrados a estas decepciones con la selección.

La famosa huelga del 20-J ha sido exitosa para los sindicatos y para el gobierno. Como siempre, las cifras son favorables para ambos bandos. Es interesante comprobar cómo en esos días tan señalados de la historia de cualquier país, un extraño “efecto 2000”, en este caso “2002”, altera los programas de todas las calculadoras, tanto sindicalistas como gubernamentales.

Ahora las noticias vuelven a centrarse, o mejor dicho, siguen centrándose en el terrorismo. Menos mal que los atentados del 21-J, el primer día de la Cumbre de Sevilla, no han causado nuevas víctimas. ¿Pero es que este Gobierno de España se piensa que ilegalizando partidos políticos va a conseguir acabar para siempre con el terrorismo? ¡Y una leche! Yo, que soy vasco, y además soy un defensor acérrimo de la independencia de nuestro país del yugo que nos oprime desde hace tanto tiempo, estoy convencido de que esa política va a generar un terrorismo mucho más violento y encarnizado. Una ración mayor de rencor, venganza y odio. Más sinrazón de la que venimos padeciendo desde hace ya más de cuarenta años. “Más de lo mismo”, como suele decir el presidente del gobierno español.

Hoy llevo todo el día observando a Carlos. Ha estado mirándome de reojo constantemente. Me da la impresión de que alguien le ha dado una información confusa sobre el motivo de mi encarcelamiento. Él siempre me ha manifestado su desinterés por conocer cuál fue mi delito. Pero, al parecer, todo cambia cuando se intuye.

Al regresar a la celda después de la cena, se ha sentado en su cama para leer el último capítulo que le ha enviado el periodista. Luego, en vez de

cedérmelo, lo ha guardado bajo la almohada y me ha mirado con un recelo inusual en él. Yo no he esquivado en ningún momento su mirada, hasta que, espontáneamente, ha brotado de sus labios la pregunta que estaba esperando.

- ¿Tú eres un asesino? ¿Uno de esos terroristas?

- Creo que te han informado mal –le he contestado-. Yo soy un empresario que ha luchado durante muchos años para conseguir que su negocio prospere dentro de su país, el País Vasco. Yo no soy un terrorista, un asesino que mata a diestro y siniestro para atemorizar a toda una sociedad que me merece todos los respetos. Mi lucha por la independencia del País Vasco siempre ha ido de la mano de la razón y del convencimiento. ¿Por qué crees tú que estoy encarcelado? Yo maté a un terrorista porque quería extorsionarme con continuas amenazas y obligarme a pagar el impuesto revolucionario. Ese impuesto que no sirve para otra cosa más que para mantener a un grupo de aprovechados. Una pandilla de desalmados que sólo buscan su propio lucro personal. Gente que no quiere que esta lucha termine porque dejarían de chupar de esa teta llamada “terror” que les mantiene en lo alto de su castillo de naipes, un castillo que se derrumbará cuando mis verdaderos compatriotas vascos se conciencien de que la única forma de ganar nuestra independencia es enfrentándose a esos bárbaros sin escrúpulos, esos salvajes sin moral, descendientes de unos antepasados ávidos de una venganza prehistórica y ebrios de ideales envenenados. ¡Yo soy vasco hasta la médula! Y maté a otro vasco. Pero no sin escrúpulos, sino bajo el convencimiento de que mi libertad está por encima de todo. En otros tiempos, incluso llegué a colaborar económicamente en las campañas electorales a favor del nacionalismo radical. Pero ellos sabían muy bien que yo no comulgaba con sus métodos violentos. Desde que dejé de colaborar con el partido he sido amenazado de muerte varias veces, pero yo nunca he cedido a sus chantajes. Ellos conocían mi ideología nacionalista porque yo jamás la he ocultado. Pero aquel sinvergüenza se atrevió a personarse en mi empresa para escupirme sus amenazas a la cara, precisamente cuando mi mujer aún estaba en el

hospital recuperándose de las heridas ocasionadas por un atentado con coche bomba perpetrado muy cerca de nuestro domicilio. Cuando intentó asirme por la solapa de mi chaqueta, en mi propio despacho, instintivamente le golpeé en la cabeza con una pesada bola de cristal macizo que usaba como pisapapeles, con tan mala fortuna que cayó muerto en el acto. Mi intención no era matarlo. Pero mi indignación me cegó en aquel momento, ignorando las consecuencias de aquel golpe de arrebató. Por eso estoy condenado a reclusión menor por homicidio preterintencional.

- Te creo. Y ahora comprendo por qué siempre tienes una vigilancia especial en el comedor y en el resto de las zonas comunes con los otros reclusos. Había llegado a pensar que eras uno de los terroristas más peligrosos. Sin embargo es al revés. Los guardias te protegen de los terroristas encarcelados en esta prisión ¿no es cierto?

- ¡Sí! Es paradójico, pero realmente es así. Ni en la propia cárcel está uno libre de esa mafia. Pero aquí, entre estas rejas, mi libertad es mucho mayor que fuera de ellas. De puertas para afuera mi vida no tendría más valor que un suspiro. Por un lado estoy arrepentido, porque yo soy el primero en condenar cualquier acto violento. Sin embargo, en mi conciencia hay algo que ejerce de bálsamo, algo que me reconforta cuando pienso que nadie ha conseguido imponerme por la fuerza esa complicidad que ellos pretenden. Ese comportamiento subrepticio y cobarde con el que dicen pretender conseguir una independencia que, por otra vía, ya estaría más que asumida por el Gobierno de España. A mí no me cabe ninguna duda de que el País Vasco será independiente antes o después. Pero yo no comparto ese método que siempre ha obstaculizado el logro de nuestra soberanía, esa lucha armada dirigida desde la gangrena del verdadero nacionalismo para el enriquecimiento personal de unos pocos, mediante el robo, el chantaje y ese mal denominado impuesto revolucionario, valiéndose de esos pobres chavales descerebrados y marginados de la auténtica y pacífica sociedad vasca.

Carlos se ha quedado pensativo durante unos instantes. Luego ha cogido los folios que había guardado bajo la almohada y me los ha entregado. Es el sexto capítulo de la novela.

Después de leerlo detenidamente he empezado a sospechar de ese periodista. Me da la impresión de que sabe mucho más de lo que nos lleva contado. Al contrario que Carlos, yo pienso que él sí tiene muy claro cual será el final de su obra. Incluso he llegado a pensar que no se trata de un periodista, sino de un policía que tiene dotes para la escritura y dispone de acceso a información reservada. O quizás sea un escritor famoso decididamente interesado en esta historia, amigo o familiar de alguien con acceso a los archivos policiales.

Devolviéndole los folios le he manifestado:

- En aquel interrogatorio debiste pasarlo muy mal... ¿no es cierto?
- ¡Mal no... peor! Pero no consiguieron de mí más que repetir y repetir hasta la saciedad mi verdadero comportamiento aquella noche –se ha expresado pletórico de orgullo paseando de un lado a otro de la celda.
- ¿Por qué no comprobaron el archivo de tu teléfono para verificar que efectivamente llamaste al inspector varios minutos antes de tu detención?
- Al final sí lo hicieron. Imagino que el periodista lo mencionará en otro capítulo. Pero ese no es el as que debe tener guardado en la manga, suponiendo que ese periodista tenga alguna prueba para demostrar mi inocencia.
- Pero también quedaría grabada en tu teléfono la llamada que hizo el policía desde el móvil de Angélica, ¿no?
- Sí, pero tampoco demostró nada en el juicio. El fiscal argumentó que en el supuesto forcejeo ella pudo haber pulsado el botón de llamada sin intención.

Volviendo a mis lucubraciones he seguido interrogándole.

- Sólo por curiosidad, ¿ese periodista te ha mostrado alguna acreditación?
- ¿Por qué me preguntas eso?
- Porque dudo mucho de que ningún periodista tuviese acceso a esa conversación reservada que mantuvieron en aquel despacho el Jefe

Superior de Policía, el Alcalde y el Delegado del Gobierno en Madrid ¿no te parece?

- No me ha mostrado ninguna acreditación. Tampoco yo se la he pedido. Pero si realmente es periodista, además de escritor, no le ha debido ser muy difícil suponer esa conversación. Seguramente las palabras utilizadas en el despacho del Jefe de Policía no fueron exactamente esas, pero a mí no me cabe ninguna duda de que los tiros debieron ir por ahí –me ha contestado con total naturalidad.

- ¿Pretendes decirme que tú estás convencido de que tu condena se dictó por un interés político y por el hecho de que no volvieron a producirse nuevas violaciones y asesinatos con las mismas características?

- ¡Por supuesto! Aparte de ser el único sospechoso –ha afirmado rotundamente-

- ¿Y por qué no apelasteis la sentencia?

- Porque mi abogado defensor no tenía ninguna prueba con la suficiente contundencia como base para la apelación. Aunque lo dudo, desconozco si llegó a ser víctima de alguna presión política. Ten en cuenta que el Gobierno tenía un interés muy especial por encarcelarme cuanto antes. Necesitaba satisfacer la demanda social y a mí me tocó jugar con la más fea. Pero si ese periodista, o escritor, o lo que sea, continuase en esta línea de investigación y finalmente lograra demostrar mi inocencia, a más de uno se le va a caer el pelo.

Carlos se muestra inquieto. Anda de un lado a otro de la celda. Pero en una celda hay pocos sitios a donde ir. Finalmente ha caminado hasta la ventana y se ha aferrado fuertemente con las dos manos a las rejas, como queriendo medir la firmeza del acero carcelario para compararla con la fragilidad de su coartada.

El sol se ha despedido resbalándose por la inclinada pendiente del crepúsculo, y la sombra de los barrotes de la ventana se ha ido esfumando paulatinamente de la pared de la celda. Luego, el estruendo del timbre ha retumbado nuevamente en mis oídos. Me ha hecho recordar los días y los

años que aún me quedan por pasar amarrado a la seguridad de esta cárcel. En esta prisión que me mantiene vivo.

Mi libertad, como la de tantos políticos y empresarios de mi país, es una libertad escoltada, pero además, la mía está ahora aún más limitada por estos barrotes que me encarcelan y me protegen al mismo tiempo.

En la semioscuridad de la celda, la silueta de Carlos se me antoja un poco más libre a cada momento, a cada capítulo de esa novela, aunque todavía no se distingue la luz al final del túnel.

Carlos se ha tumbado en la cama y me ha dicho sin mirarme:

- Hay algo contradictorio en ti. Si tú presumes de ser tan vasco... ¿por qué te emocionas tanto con la Selección Española de Fútbol?

- A mí siempre me ha gustado el fútbol. ¿Sabes que de joven llegué a jugar en el filial del Athletic de Bilbao? –le he respondido orgulloso.

- No has contestado a mi pregunta –ha insistido.

- Pues, no sé ¿qué quieres que te diga?... Nunca me lo había planteado.

- No te preocupes, era simple curiosidad. ¡Hasta mañana!

Se ha girado en la cama mostrándome su torso desnudo. Hoy el calor es insoportable. Yo no consigo conciliar el sueño. Pero no es por las altas temperaturas, es por esa curiosa pregunta de Carlos. Por utilizar una expresión futbolística, me ha quedado fuera de juego... ...

Capítulo VII

El demoledor interrogatorio al que fue sometido en la Comisaría Central de Madrid no consiguió doblegar a Charli. Finalmente, fue conducido a una celda en espera de la decisión judicial.

El Jefe Superior de Policía mantuvo el estado de alerta hasta pocos minutos antes de las dos de la tarde. Previamente había leído con suma meticulosidad el informe de Alberto Torres. En él no quedaba ni un solo cabo suelto. Todas las piezas encajaban como un rompecabezas hecho a la medida. Antes, comprobó personalmente los archivos de los teléfonos de Angélica y de Charli, contrastándolos con los números que habían quedado grabados en el móvil del inspector Torres. La llamada desde el teléfono de Angélica, realizada varios minutos antes de la detención, era lo único que no mencionaba Alberto Torres en el informe. Pero tampoco tenía por qué tener conocimiento de esa llamada. Sin embargo ese dato cuadraba escrupulosamente con la declaración del sospechoso.

Pero... ¿por qué ese proxeneta, en ninguno de los once asesinatos anteriores, había llamado a la policía para indicar el lugar donde se hallaban sus víctimas, y en esta última ocasión sí lo hizo? ¿y por qué habría llamado precisamente al inspector Torres? Medardo Méndez aún seguía teniendo sus dudas. Los comentarios del psicólogo le rondaban por la cabeza mientras esperaba con impaciencia el informe del forense. A pesar de todo, ante las insistentes llamadas telefónicas del Delegado del Gobierno, Medardo Méndez convocó una nueva rueda de prensa, que se celebraría a primeras horas de la tarde, para comunicar el cierre de la Operación “El Degollador de Madrid”.

Alberto Torres, junto al informe, había presentado una solicitud de vacaciones con el pretexto de descansar durante unos días en su pueblo natal. Medardo Méndez le devolvió personalmente la copia de la instancia con su firma autorizando esos días de descanso.

- ¡Toma Torres! ¡Unos días lejos de aquí te vendrán bien!

- ¡Gracias Jefe! –le contestó-. De todas formas, tendré el teléfono móvil conectado por si me necesita.

- No creo que sea necesario. Procura descansar y relajarte. Estas últimas semanas han sido muy duras. ¡Hasta la vuelta! –se despidió Medardo Méndez.

Aquella misma tarde, después de dormir una siesta de varias horas, Alberto Torres preparó las maletas y, tras llamar a sus padres para anunciarles el viaje, salió de Madrid con dirección a Extremadura.

Llegaba a Fregenal de la Sierra pasadas las once de la noche de aquel domingo de otoño. Pero no entró en el pueblo, continuó hasta el cruce con la carretera de Oliva de la Frontera, por donde tenía que ascender tres kilómetros endiabladamente bacheados hasta el cortijo de sus padres.

Antes de girar miró a su izquierda. La luna, en todo su esplendor, ascendía desde el Este de la localidad asomándose a hurtadillas por encima de las murallas del castillo, como si jugase con él al escondite ocultándose entre las siete torres de la fortaleza medieval. *“Desde aquí ¿quién podría imaginar que en el patio de armas de ese castillo hay construida una plaza de toros?”* –pensaba.

La estampa del paisaje le invitó a detener el coche y poner pie a tierra para deleitarse con aquella preciosa postal que le llenaba de orgullo. Él siempre se vanagloriaba de no ser de pueblo, sino de ciudad. No en vano, Amadeo I de Saboya le había otorgado ese título a Fregenal de la Sierra, allá por el año 1873.

En aquella noche clara, recordaba cuando era niño y solía jugar con su hermano Adrián simulando ser bandoleros andaluces. A la grupa de sendas escobas galopantes recorrían la dehesa imitando a aquellos famosos personajes televisivos, Curro Jiménez, el Algarrobo y el Estudiante. Imaginaban ser justicieros indómitos en aquellas últimas estribaciones de Sierra Morena.

Por su proximidad con Andalucía y por el hecho de que Fregenal de la Sierra había pertenecido a los musulmanes, y posteriormente al reino de Sevilla hasta bien entrado el siglo XIX, la ciudad tenía ese sello arquitectónico

inconfundible en algunos monumentos y casas solariegas. Los habitantes de Fregenal de la Sierra siempre habían sentido una gran simpatía, con su correspondiente reciprocidad, por sus vecinos sevillanos y onubenses. Incluso recibían diariamente un periódico andaluz que tiene el nombre de un río de Huelva, el Odiel.

Ahora, por los años que llevaba trabajando en Madrid, su lenguaje se había refinado hasta el punto de perder el característico acento de los habitantes del sur de Extremadura. Pero, a pesar de todo, Alberto Torres siempre se había sentido muy orgulloso de ser extremeño.

Esperó a que la luna saliese totalmente de su escondite y se encaramase en lo alto del campanario de la Iglesia de Santa María de los Remedios... *“coronada como Excelsa Patrona de Fregenal de la Sierra por el Ilustrísimo Señor Obispo Don Félix Soto, el día 27 de Abril de 1806”*, según reza en una placa de mármol adosada a una de las esquinas del santuario. Y allí, en lo alto, la luna iluminaba toda la ciudad como un enorme globo de gas resplandeciente.

Alberto Torres subió de nuevo al coche y ascendió lentamente hasta la finca, esquivando los pronunciados baches de la carretera. La verja estaba abierta. Junto a ella, permanecía impertérrita la enorme encina seca a la que tantas veces se había encaramado para amarrar las cuerdas que servirían de columpio, donde tantas horas de las tardes soleadas había mecido a su hermano cuando era niño.

Cien metros de camino y llegaría a la casa. Más arriba vería la cerca que rodeaba las zahúrdas. ¡Cuántas veces había correteado detrás de aquellos lechones que engordarían hasta convertirse en los cerdos más cotizados del mercado!

Sus padres aguardaban impacientes la llegada del héroe, ‘el su Albertino’. En los programas de noticias de todas las cadenas televisivas habían emitido hasta la saciedad los reportajes correspondientes a la detención del proxeneta, en los que Alberto Torres aparecía como el centro de atención de todos los periodistas.

Mientras se acercaba a la vivienda, en su mente se proyectaban todas las imágenes que había presenciado en la Casa de Campo. ¿Cuál sería la reacción de Adrián cuando lo mirase fijamente a los ojos? ¿Qué pasos debería seguir para averiguar el verdadero problema de su hermano? ¿Cuál tendría que ser su actuación para evitar que el siguiente fin de semana, y todos los sucesivos, volviese a viajar a Madrid para continuar con esa cadena de crímenes y violaciones sin sentido?

Antes de que Alberto Torres detuviera su vehículo ante la puerta de la casa, sus padres ya habían salido a recibirlo. Vieron la luz de los faros a través de los cristales de la ventana. No habían estado juntos desde las últimas navidades y deseaban, más que nunca, felicitarlo y unirse a él en un inmenso abrazo. Adrián, sin embargo, lo aguardaba en el interior de la vivienda.

Después del efusivo abrazo de sus padres entró en la casa. Adrián se levantó lentamente del sillón que ocupaba frente al televisor y miró a su hermano esbozando una extraña sonrisa desconocida para Alberto. Jamás había visto aquella expresión en su rostro. Algo misterioso se escondía detrás de aquel gesto de aparente alegría. Se acercó a él y ambos se estrecharon en un frío abrazo, exento de esa energía habitual que solían derrochar en cada reencuentro. Adrián volvió a sentarse en el sillón sin desviar la mirada del televisor.

Su madre tenía preparada la cena para 'el su Albertino' sobre una enorme mesa de madera situada en el centro de la estancia principal. Alberto Torres había parado una vez en todo el viaje, pero sólo para repostar gasolina, ir al urinario y estirar las piernas. Así que llegó con hambre. Sus tripas empezaban a entonar los primeros gorjeos y las viandas que le ofrecía la seña Mariana se le antojaban como las más exquisitas del mundo.

Mientras devoraba aquellos manjares, sus padres se sentaron frente a él y no cesaron de preguntarle sobre su hazaña. Lo miraban con los ojos encendidos y ávidos de conocer todos los detalles de la fantástica detención. Alberto intentaba minimizar las exacerbadas adjetivaciones de las que, según sus padres, había sido objeto en todos los telediarios. Y

Adrián, mirando intermitentemente de soslayo, compartía su atención entre las explicaciones y comentarios de su hermano y la película que estaba viendo.

Alberto, para ver la reacción de su Adrián, le increpó diciéndole:

- ¡Adrián! ¿Qué te pasa hombre? ¿Tan importante es lo que estás viendo?

Su hermano le contestó con voz tétrica y sin desclavar los ojos de la pantalla del televisor:

- ¡Sí! Esta es una de las escenas más escalofriantes.

- ¿Y cómo se titula la película? –se interesó Alberto.

- Jack “El Destripador”.

(Del diario de Iñaki)

... ..Esta mañana me ha confirmado Nicolás que acaban de trasladar a esta cárcel a dos nuevos presos terroristas. Ha vuelto a aconsejarme que tenga prudencia. A pesar de ser parco en palabras, ya en otras ocasiones me había insinuado su solidaridad conmigo.

Nicolás es un tipo simpático. Creo que es el funcionario de prisiones más antiguo en esta penitenciaría. Ya debe estar a punto de jubilarse. Él obtuvo su plaza en tiempos de Franco y desde entonces ha conocido la cárcel en tres edificios diferentes de la ciudad.

Nicolás, que ha sido testigo directo de los cambios producidos en los últimos cuarenta años en las instituciones penitenciarias, suele decir que la justicia se está volviendo loca. En muchas ocasiones le he oído mascullar: *“A algunos de los que están aquí ahora me hubiera gustado verlos entre estas rejas en otros tiempos. ¡Seguro que otro gallo les hubiera cantado!”*

Es un hombre de convicciones dogmáticas. De los que trazan mentalmente una línea recta y divisoria de las creencias y los ideales, y afirma que sólo se puede estar en uno de los dos lados. Para él no existen las medias tintas. Siempre fue partidario de la cadena perpetua, y, en algunos casos, de la pena capital.

A mí siempre me ha tratado bien. Para Nicolás, yo debo ser algo así como ese brazo ejecutor de la verdadera justicia, ese brazo que él conoció muchos años atrás y al que las leyes actuales no permiten actuar. Él me ve como a un verdugo justiciero que cumplió su misión, pero que cometió el grave error de ejecutar la condena a cara descubierta. Porque los auténticos verdugos sólo se sienten legítimos y seguros cuando aplican la justicia con el rostro encapuchado, cuando bajo esa capucha está representada toda una sociedad que los respalda y se aglutina en torno al dogal del patíbulo sin ningún rubor.

A Carlos, sin embargo, lo mira de una manera muy distinta. Sigue viéndolo como a un sanguinario violador y asesino. Siempre que se acerca a él lo hace con la porra en la mano y guardando las distancias. Me gustaría que

pudiese leer los capítulos escritos por ese periodista. Seguro que adoptaría un comportamiento diferente con mi compañero de celda. Pero mi compromiso con Carlos me impide hacerle el más mínimo comentario.

El mes de Julio se está despidiendo con rabia, como si hubiese querido ahorrar sus mayores dosis de calor para estos últimos días. Pero no ha sido sólo la temperatura ambiental extremeña la que se ha disparado este mes. En mi país, el euskobarómetro ha vuelto a dilatar su mercurio aterrador hasta cotas insospechadas. Otro profesor de universidad anuncia su salida del País Vasco. Y ya van varios. Pero eso no es nada nuevo. Lo sorprendente es lo del cura. Nunca me hubiese podido imaginar a un cura con escolta. En estas situaciones ya no sabe uno si reír o llorar.

Carlos acaba de llegar a la celda custodiado por Gregorio, otro de los guardianes de este módulo. El director de la prisión había ordenado que lo llevasen a su despacho. Ha regresado con unos folios en la mano. Intuyo, por el papel reciclado que utiliza siempre, que se trata de un nuevo correo del periodista. Se ha sentado en su cama y ha empezado a leer inmediatamente.

- ¿Para qué te ha llamado el director? -

- ¡No me interrumpas ahora! ¡Luego te lo cuento! –me ha contestado sin desclavar su mirada de los papeles.

Cuando ha terminado la lectura se ha levantado bruscamente tirando los folios sobre la cama y gritando con voz de desesperación.

- ¡Joder! ¿Pero cuándo coño va a concluir esta puta novela ese maldito periodista? Si fuese él quien estuviese aquí dentro siendo inocente seguro que la habría terminado el primer día. Él no tiene ni puñetera idea de lo que es esto. Como siga así me van a dar las uvas en esta maldita cárcel.

Carlos se ha desplazado hasta la ventana haciendo aspavientos. Yo he permanecido callado aguardando a que se tranquilizase. Luego ha regresado a la cama, ha cogido los folios, y después de ordenarlos me los ha entregado diciéndome con un tono de resignación:

- ¡Toma Patxi! ¡El séptimo capítulo! El séptimo de no sé cuántos. ¿En cuántos capítulos pensará dividir esta jodida novela?

No sé por qué me ha llamado Patxi, porque mi nombre es Iñaki. Supongo que su mente se habrá obnubilado con ese estado de excitación.

Mientras yo leo, Carlos se ha desprendido de la camisa y se ha tumbado en la cama intentando relajarse. Aspira el aire con fuerza y lo exhala lentamente con largos y sonoros resoplidos.

Después de leer este séptimo capítulo no me extraña la reacción que ha tenido mi compañero de celda. No sé el número de capítulos que tendrá pensado escribir ese periodista, pero espero, por el bien de Carlos, que no falten muchos más.

Cuando me ha parecido ver a Carlos más relajado, he intentado obtener más datos.

- ¿Te extrajeron sangre durante el tiempo que estuviste en la Comisaría?

- Me extrajeron sangre, me hicieron escupir en un bote de plástico, me cortaron un mechón de pelo. Sólo les faltó que me obligasen a sonarme los mocos y a orinar y a cagarme en todos sus muertos –me ha contestado incorporándose en la cama con un movimiento impulsivo y tensando todos los músculos de su cuerpo.

Le he devuelto los folios y he intentado tranquilizarle.

- ¿Y el periodista no te ha dicho cuándo va a volver a visitarte?

Carlos ha reaccionado mucho más excitado.

- ¡No! Sólo me dijo que volvería en cuanto le permitiesen sus obligaciones. Como si sus puñeteras obligaciones fuesen más importantes que mi jodida libertad. ¿Acaso hay algo más importante que la libertad de un inocente encarcelado injustamente?

He decidido no hacer ningún comentario más. Creo que hoy sería inútil cualquier intento de calmarlo.

Las estrellas han comenzado a brillar en el firmamento y el timbre de la galería ha vuelto a sonar, como lo hace todas las noches. La celda se va a quedar a oscuras de un momento a otro. Una noche más. Otra noche más.

La reunión de Carlos con el director de la prisión no ha debido ser muy trascendente. Al parecer ha olvidado la pregunta que le hice antes. Pero, en

cualquier caso, prefiero esperar a otro momento para enterarme. Hoy no están los ánimos para muchas conversaciones.

Por un momento he intentado ponerme en su lugar. Pero me ha sido imposible. Mi imaginación tiene sus límites... ..

Capítulo VIII

A pesar de que Alberto le había expresado a su madre el deseo de levantarse temprano, la seña Mariana decidió no despertarlo hasta las diez.

- ¿Por qué me ha dejado dormir hasta tan tarde? –le increpó refunfuñando desde el cuarto de baño.

Su madre, colocando sobre la mesa de la cocina un gran tazón de café con leche bien caliente y un plato de rebanadas de pan tostado y untado con manteca, le contestó:

- Porque tú estás de vacaciones. Lo único que tienes que hacer ahora es descansar.

Alberto entró en la cocina y se asomó a la ventana, desde donde se divisaban las zahúrdas. Al no ver a su padre y a su hermano preguntó:

- ¿Dónde están padre y Adrián?

- Han bajado al pueblo con el trasto de tu padre. Tenían que hacer unas compras. Unos jabatos rabiosos han arremetido contra la cerca y la han descuajaringado. Han ido a por unos alambres de espinos y unas tablas para repararla. Pero tú no te preocupes de nada. Siéntate y come, que esta vez vienes muy delgado. Aunque no me extraña, porque habrás tenido que trabajar mucho en ese Madrid para trincar a ese violador asesino. Pero ya verás como estos días que estés aquí te vuelvo a poner fuerte como un roble.

- ¡Cuánto he echado de menos estos desayunos! –exclamó Alberto sentándose a la mesa.

- ¡Pues hala! ¡Cómetelo todo y no me quedes en el plato ni una migaja! –le ordenó su madre.

Alberto desayunaba con apetito mirando por la ventana. Era un precioso y soleado lunes de primeros de Noviembre. El sol se desembarazaba de las correosas ramas de las encinas para seguir su camino por el immaculado azul del cielo. Siempre se preguntaba por qué ese azul era diferente al de cualquier otro lugar. Allí, en plena sierra, alejado de las grandes urbes, la

tierra se le presentaba en estado puro. Y el aire era limpio. Entraba a través de la ventana inundando sus pulmones de una frescura reconfortante.

Pero su mente no encontraba el sosiego que le ofrecía aquella maravilla de la naturaleza. En su cabeza no cesaban de reeditarse las escenas que presencié en la Casa de Campo. Los interrogantes seguían machacándole el cerebro, como los cascos de un caballo sobre una calle solada de adoquines. *¿Cómo alguien que ha vivido toda su vida entre estos paisajes de inigualable belleza, que no inspiran más que paz y tranquilidad, puede llegar a convertirse en un salvaje violador y asesino? ¿Quién habrá trastornado la mente de mi hermano hasta ese punto?*

La señá Mariana andaba de un lado a otro con sus trajines de la casa. En una de sus idas y venidas a la cocina, Alberto le preguntó:

- ¿Cuántas gallinas tenemos ahora?

- Dieciocho y un gallo.

- ¿Y todas ponen?

- Unas más que otras, como siempre. Pero... ¡anda que estos huevos son los mismos que tú te comes en Madrid! ¿Eh?... Éste seguro que tiene hasta dos yemas –le decía su madre pletórica de orgullo, mostrándole uno que había cogido del frigorífico.

- Pues podía guardármelo para mí. Hace mucho tiempo que no como uno con dos yemas –le pidió Alberto mientras masticaba las tostadas a dos carrillos.

- Hasta que no lo casque no lo sabremos. Pero no te preocupes que éste te lo frío yo para que te lo comas después del cocido.

- ¿Y conejos? ¿Cuántos quedan? –continuó Alberto.

- Ahora sólo hay catorce. La semana pasada se llevó seis el carnicero del pueblo. Y anteayer nos comimos uno porque a tu padre se le antojó que se lo preparara con esa salsa que a él le gusta tanto.

- ¡Anda! ¡Y a mí! –exclamó Alberto mirándola con cara de antojo.

- Pues no te preocupes hijo, con tal de que comas y vuelvas a ponerte fuerte, mañana mismo matamos otro.

Alberto Torres aprovechó la distendida conversación que mantenía con su madre para cambiar de tema. Intentaba que su voz no delatase el verdadero motivo de su viaje.

- ¡Madre! Anoche encontré a Adrián un poco frío conmigo. ¿Le ocurre algo?

- Últimamente anda una mijina fulero. A tu padre y a mí nos tiene muy preocupados. Cada vez que tiene un ratino se sienta delante de la tele y se pone a ver películas de esas de miedo. Esas en las que sólo se ve sangre y asesinatos. Que no sé yo dónde las comprará, porque por el pueblo hace tiempo que no baja –le contestó su madre apesadumbrada mientras troceaba las patatas para el cocido.

- ¿Y aún sigue saliendo con la misma pandilla de amigos? Por cierto...¿Y esa moza tan guapa que le camelaba, la hija de la Felisa, la viuda? ¿Cómo se llama...? –intentaba recordar Alberto chasqueando los dedos.

- ¿Quién? ¿La Angelines?... Esa le dio calabazas este verano. Desde entonces es que venimos notando a tu hermano una mijina trastocado. Se ha vuelto un arisco de esos de aquí te espero. Y todo por esa moza, que se ha convertido en una repipi con muy mala leche. Desde que le tocó el cupón a su madre, que fueron unos buenos pocos de millones, sólo se junta con la gente de postín. Menuda prenda se ha hecho. Y de la Felisa ni te cuento. Con decirte que por el pueblo ya han empezado a llamarla ‘la viuda alegre’, ya está dicho todo.

- ¿Y el resto de sus amigos de la pandilla?

- Unos se fueron a estudiar a la capital y otros se han casado –le explicaba la señá Mariana mientras cortaba las piezas de carne, de tocino y de morcilla-. Así que no sé con quién andará por ahí, sobre todo los sábados por la noche, porque no vuelve hasta bien entrado el día. Incluso algunas veces no ha llegado hasta por la tarde. Ayer, mismamente, se presentó aquí cerca del mediodía. Y luego, como siempre, se quedó dormido hasta las tantas de la tarde.

- ¿Y ustedes no le han preguntado nada? –insistió Alberto poniendo cara de extrañeza.

- ¡Anda ya que haga lo que le dé la gana! Cada vez que se nos ocurre decirle algo él nos contesta con eso de que ya es mayor de edad y que los domingos se han hecho para descansar. Ahora ya sabes tú que los mozos y las mozas salen siempre de madrugada, y luego se pegan casi todo el día acostados, que no se yo de dónde habrán sacado esa moda. Pero bueno, mientras apenque el resto de los días a la vera de tu padre con la piara, los sábados que vaya donde quiera y que se divierta –le respondió su madre confiada de que ‘el su Adrián’ sería incapaz de hacer nada malo.

El ruido del motor del viejo Jeep ascendía estruendosamente por el camino y se colaba por la ventana de la cocina.

- ¡Ya están aquí! –exclamó la seña Mariana.

- Voy a echarles una mano –dijo Alberto levantándose y restregándose los labios con la servilleta.

- Pero si no has terminado de desayunar... ¿Vas a quedar ahí ese último trozo de tostada? –le riñó su madre.

- ¡Sí! Pero no se le ocurra tirarlo. ¡Guárdemelo para luego!

Alberto encendió un cigarrillo y salió apresuradamente. El todoterreno había pasado por delante de la casa y, sin detenerse, se dirigía camino arriba bordeando el vallado de las zahúrdas. Él, recordando aquellas carreras de cuando era niño, echó a correr detrás del Jeep.

El vehículo se detuvo en la parte alta del cercado. Alberto llegó segundos después con el cigarrillo entre los dedos y casi sin aliento. Su padre, al verlo con esos síntomas de asfixia, le recriminó.

- Bien temprano has empezado con el jodido cigarrillo. ¡Anda, títalo ya y échanos una mano para descargar!

Adrián, haciendo alarde de su gran fortaleza, se echó un buen manojito de tablas sobre su hombro izquierdo y, girándose hacia su hermano, le habló con una terquedad muy extraña en él.

- ¡Vamos coño! ¡Espabila!

Alberto estrujó literalmente el cigarrillo contra el suelo y se mordió metafóricamente la lengua para evitar un primer encontronazo con Adrián. En otras circunstancias le habría reprochado duramente esas malas

maneras de hablarle, pero prefirió dejarlo estar. Su padre se dio cuenta de la contrariedad en el rostro de su hijo mayor y medió en el acto para suavizar la tensión.

- ¡Venga Alberto! ¡Échame una mano que yo ya voy para viejo!

Miró a su padre y en sus ojos encontró la calma que él debía imitar en ese momento. Le ayudó a descargar el rollo de alambre de espinos y a transportarlo después hasta la cerca.

- ¡Joder con los jabatos! ¡Vaya destrozo! ¿Y suelen hacer esto muy a menudo últimamente? –preguntó Alberto cuando vio el desaguisado.

- Ya hacía mucho tiempo que no se acercaban por aquí. Pero ayer, a última hora de la tarde, se escucharon a lo lejos algunos disparos. Algún furtivo aficionado se dejaría escapar algunos jabatos grandes. Y esos bichos, cuando se ven heridos y acorralados, son capaces de cualquier cosa –le explicaba su padre volviendo al Jeep a por las herramientas.

Adrián terminó de descargar las tablas y se fue para ocuparse de los animales. Anselmo Torres y su primogénito se quedaron solos reparando la cerca.

Utilizando la misma técnica que con la seña Mariana, Alberto inició con su padre una conversación relajada. Primero se interesó por su estado de salud. Anselmo Torres acababa de cumplir sesenta y dos años. Aunque su aspecto era el de un hombre recio, curtido por toda una vida dedicada al ganado, ya empezaba a adolecer de algunos achaques. Cuando no era el lumbago, eran las cervicales. Y lo de la próstata no andaba ya muy lejos. Pero él nunca hacía caso a las recomendaciones de don Severo, el médico del pueblo, quien además de fumar como un cosaco, se metía todos los días varios lingotazos de whisky entre pecho y espalda. *“Más valdría que don Severo fuese más severo consigo mismo y un poquito menos con sus enfermos, porque a la hora de escribir recetas se queda solo. Tu madre siempre anda detrás de mí para que me tome los potingues que me ha mandado. Pero yo, a no ser que esté para reventar, no pienso ni arrimarme a ellos”* –decía su padre afianzando las tablas en los postes de la cerca.

Alberto desvió la conversación hacia el asunto que más le interesaba en aquel momento.

- ¿Y a Adrián qué le pasa? Lo he notado muy raro.

- De eso mismo quería yo hablar contigo –le contestó su padre dejando el martillo en el suelo y girándose hacia él.

Alberto frunció el ceño.

- ¿Hay algo que yo debería saber?

- Tú sabes que tu hermano andaba muy enamorado de la Angelines, la hija de la Felisa, la viuda...

- Sí –le interrumpió-, pero ya me ha dicho madre que este verano pasado han roto relaciones.

- Una cosa es romper relaciones y otra bien distinta es lo que esa pájara le ha hecho a tu hermano.

- ¡Explíquese usted, padre! –le pidió colmado de curiosidad.

- Esa pelandusca, porque para mí no tiene otro nombre, cuando a su madre le tocaron un montón de millones con el cupón, empezó a dar de lado a tu hermano y a juntarse con los ricachones del pueblo. Pero eso no es lo peor. La muy zorra andaba diciendo, entre cuchicheos con unos y con otros, que tu hermano era poco menos que un impotente, por no decir un maricón. Y todo eso, según ella, porque en todo el tiempo que llevaba hablando con el Adrián, él nunca le había mentado la cama. Y a esa mala pécora todavía no se le ha caído la cara de vergüenza, encima que tu hermano no hacía otra cosa más que respetarla para no mancillar su honra y mantenerla pura, que es como tienen que llegar las hembras al matrimonio –le explicó su padre desde el convencimiento de sus creencias y tradiciones.

- Pues cuando una moza se atreve a decir algo así en un pueblo, o no está bien de la cabeza o le da igual lo que piensen de ella. Porque, supongo que después de esos cuchicheos, en el pueblo la habrán puesto de vuelta y media ¿no?

- En otros tiempos sí que la hubieran puesto, sí –aseguraba su padre-. Pero ahora, al parecer, eso ya está anticuado. Y si la susodicha prenda encima tiene dinero, resulta que a ninguna madre del pueblo le parecería mal que

cualquiera de sus varones consiguiese hacerle un barrigón, y así asegurarse una nuera con una buena dote. Así que, para que te enteres, ahora resulta que tu hermano, que es el único que ha ido siempre de frente y con nobleza con ella, sin tapujos, porque a mí me consta que él la quería, y mucho, se ha quedado como el Gallo de Morón, sin plumas y cacareando. Y ahí me lo tienes, siempre ensimismado. Para mí que no hace otra cosa en todo el día más que darle vueltas a lo mismo. Por eso ve tanto la tele, para distraerse. Sólo sale los fines de semana, pero me consta que no anda por el pueblo. Para mí que se va a Jerez de los Caballeros, o incluso a Badajoz. Ni sé cómo hoy ha querido venir conmigo a comprar las tablas y el alambre, porque ya llevaba más de tres meses que no bajaba por el pueblo. Y después de lo que le ha dicho hoy el capullo del Tomás, el ferretero, dudo que quiera volver a bajar.

- ¿Y qué le ha dicho ese subnormal? –se interesó su hijo, conocedor de las estupideces que solía decir ese personaje.

- Pues no se le ha ocurrido otra cosa que decirle, así, como quien tose, que la Angelines anda con unos y con otros, como los marineros, de puerto en puerto. Y que más habría valido que a la Felisa, que dicho sea de paso, está de muy buen ver, no le hubiesen tocado tantos millones, porque a más de un matrimonio del pueblo ya están empezando a corroérsele los cimientos. Así que podrás imaginarte la estampida de tu hermano. Se ha puesto colorado como un tomate y ha salido de la ferretería como alma que lleva el diablo.

- ¿Y por qué no me han comentado ustedes nada de todo esto en las ocasiones que hemos hablado por teléfono? -le preguntó con cierto tono recriminatorio.

- Porque no queríamos preocuparte. Tú tienes un trabajo que requiere mucha concentración. Detener a violadores y asesinos es algo mucho más importante que estas historias de pueblo. Aunque para tu madre y para mí, y no digamos para tu hermano Adrián, es lo peor que nos ha pasado en la vida –le contestó su padre visiblemente abatido.

En ese momento, a Alberto Torres se le ocurrió una idea para levantar el ánimo de su padre. Se inventó que, antes de regresar a Madrid, había proyectado pasar unos días en Huelva, donde conocía un lugar tranquilo junto al mar, para aliviarse de la presión que había padecido durante los últimos meses en Madrid hasta conseguir la detención del violador asesino. Y le expresó su deseo de llevarse a Adrián para alejarlo durante unos días de aquel ambiente.

- ¡Eso sería cojonudo! –exclamó su padre-. Una temporadita fuera de aquí le vendría como anillo al dedo.

- Pues si Adrián está de acuerdo en acompañarme, nos podríamos ir en un par de días –sugirió Alberto.

- ¡De eso me encargo yo! ¿Y dónde está ese sitio tan tranquilo que tú dices?

- En el Hotel Lepe Mar, en La Antilla -se le ocurrió sobre la marcha-. Me han dicho que en estas fechas hay muy poca gente por allí. Es un lugar idóneo para relajarse en esta época del año. Aunque también nos desplazaremos a Huelva alguna que otra tarde para ir de compras. Eso nos distraerá mucho.

Padre e hijo pasaron el resto de la mañana terminando de reparar la cerca y conversando sobre la evolución del negocio familiar. Cuando llegó la hora de la comida ya habían terminado. Adrián, mirando hacia el infinito, los esperaba sentado en uno de los tres escalones que ascendían hasta la puerta de la casa.

Anselmo y Alberto Torres aparcaban el Jeep bajo una enorme encina, junto al almacén de los aperos, cuando la seña Mariana se asomó a la puerta gritando:

- ¡Vamos, que se enfrían los garbanzos!

(Del diario de Iñaki)

... ..Una niña de seis años. ¡Serán bandidos! Y en Santa Pola, Alicante. A cientos de kilómetros de mi país. ¿Y esos asesinos dicen llamarse vascos y defensores de mi pueblo? ¿Contra quienes luchan? ¿Contra niños indefensos que juegan en la paz y la tranquilidad de su hogar? ¿Contra gente inocente a la que le importa un bledo sus ideales soberanistas? Si hubiesen atentado contra mis hijos al menos existiría una relación directa por motivos de venganza. Pero... ¿por qué esa niña?

Cada segundo que paso encerrado en esta cárcel siento miedo. Desconozco dónde están mi mujer y mis hijos. Ni debo saberlo. Sé que las fuerzas de seguridad del estado español tienen desplegado un dispositivo especial de protección para ellos en algún lugar de España. Pero, a la vista de lo ocurrido hoy en un cuartel de la Guardia Civil, donde se supone que deben tener las máximas garantías de seguridad, mi miedo se ha convertido en pánico. Y todo ello se ha aderezado con las miradas que me han dedicado hoy los dos últimos terroristas encarcelados en esta prisión.

Durante la cena, desde una de las mesas reservadas para ellos solos, entre cuchicheo y cuchicheo no me quitaban el ojo de encima. Carlos se ha percatado de esa circunstancia y me ha dicho:

- ¡Tranquilo Iñaki! Los guardias están al acecho.

Mi nombre, en la voz de Carlos, ha sonado confortador en mis oídos. Quizás por eso he cenado más tranquilo, haciendo caso omiso a las miradas amenazantes de esos descerebrados.

Después de la cena, como siempre, hemos vuelto a la celda. Sobre la cama de Carlos había un nuevo correo del periodista. Se ha lanzado sobre él como una fiera hambrienta sobre su presa. Yo he permanecido sentado en mi cama observando sus reacciones durante la lectura. Su impaciencia ha vuelto a hacerse patente cuando ha terminado de leer ese capítulo. Arrugando los folios entre sus manos se ha levantado bramando:

- ¡Mierda! ¡Otro capítulo más encarcelado en esta historia sin fin! ¿Cuántos capítulos más pensará escribir? ¿Hasta cuándo piensa esperar ese

periodista para aclarar definitivamente este enredo que me mantiene preso siendo inocente?

Hoy no estaba yo con ánimo para aguantar sus excéntricas manifestaciones y sus aspavientos exagerados. Para mí, mi historia sigue siendo mucho más importante que la suya. No he podido contenerme y, por primera vez desde que estoy en esta prisión, le he levantado la voz a un compañero recluso.

- ¿Quieres calmarte de una puta vez? ¿Acaso crees que tú eres el único que está aquí sintiéndose inocente? Yo también pienso que no he hecho nada tan malo como para estar encarcelado tantos años.

- Ya te he dicho varias veces que a mí no me importa tu historia –me ha respondido encolerizado, desconocedor de mi bajo estado anímico-. Tú sí eres un asesino, o un homicida, que para el caso es lo mismo, porque mataste a un hombre, justa o injustamente, pero lo mataste. Sin embargo yo no he matado a nadie y me han condenado por la violación y el asesinato de doce mujeres, a once de las cuales no había visto en mi vida. Y la última era precisamente una mujer a la que adoraba, la persona que más quería en este mundo. ¿Quieres entenderme de una puta vez?

Yo, templando la voz para no irritarme demasiado, le he acribillado con un arsenal de interrogantes.

- ¿Sabes que esos terroristas han vuelto a cometer hoy un nuevo atentado? ¿Sabes que han asesinado a una niña de seis años y a un hombre de cincuenta y tantos? ¿Sabes que esa niña podría haber sido mi hija? ¿Tú sabes que mi familia tuvo que abandonar el País Vasco y se encuentra ahora en paradero desconocido, incluso para mí, custodiada por agentes de seguridad para evitar una venganza? ¿Quieres entenderme tú a mí también de una puta vez?

Carlos ha hecho un esfuerzo supremo para recuperar la calma. Se ha sentado en la cama y, planchando los folios con la mano sobre la almohada, me ha contestado:

- Sabía lo de la niña de Santa Pola, pero no tenía ni puta idea de eso que me has contado sobre tu familia. ¿Cuántos hijos tienes?

El ambiente se ha relajado. Yo he notado que mi voz se tornaba melancólica.

- Dos. El mayor se llama Iñaki, como yo. Tiene diez años. Y la pequeña se llama Arantxa, como su madre. Precisamente el mes pasado cumplió seis años. Los voy viendo crecer por fotografías. Su madre me las enseña en la sala de visitas y se las vuelve a llevar. No debo correr el riesgo de que alguien aquí pueda identificarlos y localizarlos para hacerles daño.

- ¿Sabes que con tu historia también podría escribirse una fantástica novela? –me ha insinuado acercándome los folios semiarrugados.

Carlos se ha asomado a la ventana. Mientras el sol nos dice adiós con sus destellos desde detrás de los frutales, yo he iniciado la lectura de ese octavo capítulo.

Cuando he leído el final, lo del viaje a Huelva, he recordado las noticias que se publicaron en los periódicos por aquellas fechas e inmediatamente le he preguntado:

- ¿Tú has leído este capítulo completo?

- Pues claro que lo he leído. ¿Por qué me lo preguntas? –me ha dicho sentándose en su cama.

- ¿Tú no sabes lo que ocurrió en Huelva en el mes de Noviembre del pasado año?

- ¡No! ¿Cómo coño iba a saberlo si me mantuvieron incomunicado más de cuatro meses?

- ¿Que estuviste incomunicado hasta que se celebró el juicio?

- ¡Sí! ¿Pero qué pasa? ¿Adónde coño quieres llegar? ¿Quieres explicarte de una puta vez? –me ha exigido completamente intrigado.

- ¿Y tu abogado defensor tampoco te dijo nada?

Carlos se ha levantado nuevamente de la cama y gesticulando ostensiblemente me ha preguntado casi gritando:

- ¿Pero qué coño tenía que haberme dicho mi abogado defensor? ¿Quieres decirme de una maldita vez a qué leches te estás refiriendo?

Con voz sosegada, haciendo contraste con su estado de excitación, he pensado en voz alta hojeando los folios:

- Creo que la investigación de este periodista está empezando a dar sus frutos.

Al borde de la desesperación, en la frontera con la histeria, Carlos ha terminado gritándome ebrio de curiosidad.

- ¿Pero de qué leches se habla en ese capítulo para que tú llegues a semejante conclusión?

- El fin de semana siguiente al de tu detención, apareció en Huelva una mujer violada y degollada. En un principio, la policía pensó que se trataba de una nueva víctima del Degollador de Madrid, poniendo en duda tu culpabilidad. Pero el informe del forense de Huelva propició que se descartase esa opción. La víctima había sido degollada de izquierda a derecha, y en su vagina sí se encontraron restos de semen. Es decir, justo todo lo contrario que en los doce informes del forense de Madrid. Además, sobre el cadáver no había ninguna nota manuscrita.

- ¿Y no consiguieron atrapar al asesino?

- Que yo sepa, no. Además, a partir de entonces, no han vuelto a aparecer más mujeres violadas y degolladas. Al menos yo no he tenido noticias.

- O sea, que ese periodista pretende relacionar al violador y degollador de Huelva con el de Madrid, con el hermano de Alberto Torres. Pero, entonces, ¿por qué coño no se lo ha dicho ya a la policía? Porque con un simple análisis de sangre estaría el caso resuelto. ¿A qué estará esperando?

- Creo que nos estamos precipitando demasiado—le he interrumpido—. Aún no hemos leído el siguiente capítulo y ya estamos reflexionando sobre él. De todos modos, no es tan fácil como tú lo ves. ¿Te imaginas a un periodista ante el Jefe Superior de Policía de Madrid diciéndole: “Mire usted, yo sé quién es el verdadero Degollador de Madrid. Se llama Adrián y es el hermano del inspector Alberto Torres. ¡Sí! ¡Sí! ¡Ese policía al que ustedes condecoraron por su brillante labor! Porque si analizan ustedes el semen encontrado en la vagina de la víctima de Huelva, comprobarán que es el mismo que el de ese tal Adrián, lo que ocurre es que en esta última ocasión decidió degollar en otro lugar y cambiar la orientación del corte. Así que ya pueden ustedes detenerlo y liberar a ese pobre proxeneta que tienen ustedes en la cárcel. Porque ese chulo de putas es inocente”?

- ¡No hombre, no! ¡Así no! ¡Supongo que ese periodista tendrá que aportar alguna prueba! –ha exclamado Carlos.

- ¿Pero qué prueba? –le he dicho-. Ahí está el meollo de la cuestión.

Carlos no ha parado de pasearse de un lado a otro de la celda. Ya se ha sentado y levantado de la cama al menos cuatro veces. Finalmente, se ha detenido a pensar unos segundos y ha dicho con un gesto de convencimiento:

- Ese maldito periodista tiene que tener pruebas. ¡Seguro que las tiene! Porque en algo ha tenido que basarse para averiguarlo... ¿No crees?

- ¡Por supuesto! Pero quizás solamente tenga las pruebas suficientes para incriminar a Adrián en el caso de Huelva. Y yo estoy convencido de que ese periodista no se conforma sólo con eso. Es más, no me extrañaría nada que su investigación partiese de esa última violación y asesinato. Pero aquí de lo que se trata es de demostrar tu inocencia. Y para ello tiene que conseguir relacionar el caso de Huelva con el caso del Degollador de Madrid.

Como si yo fuese el tesorero de todas las respuestas, Carlos ha seguido interrogándome.

- ¿Y cómo crees tú que conseguirá relacionarlos?

- ¡No tengo ni pajolera idea! Además, ten en cuenta que ese periodista está escribiendo una novela, en la que conjuga la realidad con la ficción.

- Pues ya podría olvidarse un poco de tanta ficción e ir más directamente al grano ¡maldita sea! -ha exclamado Carlos al unísono con el estruendo del timbre de la galería.

- ¡Desde luego! -le he dicho adhiriéndome a sus deseos-. Pero recuerda aquellas palabras que te dijo el inspector Torres cuando te esposó junto al lago de la Casa de Campo: *“Tu inocencia te va a ser muy difícil demostrarla”*.

- Aunque esa tal señá Mariana sea una santa, ese Alberto Torres es un hijo de la gran puta. Espero no tener que encontrármelo nunca cara a cara –ha mascullado cerrando los puños y haciendo un gesto ostensiblemente violento.

Cuando la celda se ha quedado a oscuras, la ventana ha vuelto a convertirse en un cuadro precioso. En esta ocasión, una nube de contornos ondulados se ha quedado estática delante de la luna, haciendo que ésta adopte la forma de una cara de mujer resplandeciente, de una bella mujer, como mi esposa. ¡Cuánto la echo de menos!

Carlos se ha tumbado en su cama. La suya, al contrario que la mía, está orientada hacia la puerta de la celda. Por la tenue sombra de los párpados sobre sus pómulos, adivino que sus ojos están abiertos. Seguramente no consiga desclavar su mirada de la pared. De esas cuadrículas que la sombra de las rejas de la ventana suelen dibujar en las noches de luna. Esas cuadrículas agrandadas por las que nuestros cuerpos podrían salir sin ninguna dificultad para huir de este maldito lugar... ..

Capítulo IX

Durante la comida, a Anselmo Torres le costó trabajo convencer a su hijo Adrián para que aceptase la invitación de su hermano. A la señá Mariana tampoco le hacía mucha gracia. Ella quería que 'el su Albertino' pasase más días con ella, para que comiendo sus guisos se fortaleciese un poco. Pero su marido, en una conversación de dormitorio antes de sentarse a la mesa, le había argumentado que era una buena idea. Que su hijo Adrián necesitaba salir de aquel ambiente para olvidarse de los malos tragos que estaba pasando. Que necesitaba respirar un aire diferente, porque estando allí no paraba de darle vueltas a lo mismo. Y que no se preocupase tanto por la fortaleza del cuerpo de Alberto, que ahora importaba más la fortaleza de espíritu de Adrián.

- No, si por Adrián me parece muy bien, pero a ver qué van a comer por ahí. Porque ya has visto a nuestro Albertino. Se nos está quedando en los huesos.

- Tú por eso no te preocupes Mariana. Dinero no les va a faltar –la tranquilizó su marido.

Adrián, finalmente, había aceptado el viaje con una condición, irían en su coche nuevo, el deportivo que le había regalado su padre por su cumpleaños cuatro meses atrás. A Alberto no le pareció mala idea. Con tal de llevárselo de allí y tenerlo controlado hasta el domingo siguiente, el vehículo que utilizasen carecía de importancia para él.

El deportivo de Adrián ocupaba el sitio donde siempre se había guardado el Jeep de su padre, en el almacén de los aperos. Allí lo tenía muy bien cubierto con una funda a la medida que se anudaba por los bajos del vehículo con unas correas.

Adrián terminó de comer el primero y se disponía a sentarse frente al televisor. Eran las dos y media. Mientras escogía la cinta de vídeo con una de sus macabras películas y se apoderaba de los mandos, Alberto se le anticipó. Se levantó, encendió el televisor, seleccionó Telecinco, donde a

esa hora emitían las noticias, y volvió a sentarse a la mesa para terminar de comer su postre.

En los titulares informaban del éxito policial obtenido con la Operación “El Degollador de Madrid”:

“ ...y según las últimas declaraciones del Jefe Superior de Policía, se confirma que Carlos Expósito, alias Charli, el proxeneta de la última víctima, es el único sospechoso.”

A pesar de que en los primeros interrogatorios se ha declarado inocente de los hechos que se le imputan, el Ministerio Fiscal ya ha formulado contra él la acusación formal por la violación y el asesinato de las doce mujeres en la capital de España.

Esta cadena ha intentado contactar con el inspector Alberto Torres para mantener con él una entrevista, pero en la Comisaría Central de Madrid se nos ha informado que le ha sido concedido un permiso especial, previo a su condecoración y posible ascenso, por su impecable actuación para desenmascarar al asesino...”

- ¡Anda! Seguro que ahora te ascienden a Jefe de Inspectores. O quién sabe, lo mismo acaban nombrándote Jefe de la Brigada Criminal –comentó su padre henchido de orgullo.

Alberto, para ver la reacción en el rostro de Adrián, que se había mantenido atento a la pantalla con una cinta de vídeo en la mano y de espaldas a él, le preguntó: “¿A ti qué te parece, Adrián?”. Su hermano introdujo la cinta en el videocassette, pulsó el botón de play en el mando a distancia y, sin girar la cabeza, le contestó: “¡Enhorabuena hermano! Sigue así, que a lo mejor llegas a ministro.”

Alberto volvió a morderse metafóricamente la lengua. De buena gana le hubiera dado una paliza y lo habría encerrado en el cuarto de las ratas durante una buena temporada. En ese pequeño cuarto trastero donde su madre almacenaba tantas cosas inservibles, pero impregnadas de un aroma de nostalgia familiar. Ese cuarto donde ella les amenazaba con encerrarlos cuando eran niños para que se portasen bien.

Anselmo Torres auguró:

- Pues como esos periodistas se enteren de que andas por aquí, no vamos a tardar mucho en estar rodeados de micrófonos y cámaras de televisión.

- ¡Y yo con estos pelos! –bromeó la señá Mariana.

Alberto Torres, consciente de que ese comentario de su padre no era nada descabellado, y de que cualquier aproximación de la prensa a su familia no iba a beneficiarles en nada, le propuso a su hermano:

- ¡Adrián! Padre tiene razón. Y yo ya estoy bastante harto de hablar con los periodistas. ¿Qué te parece si nos vamos mañana temprano?

Adrián, sin desclavar su mirada del televisor, se mantuvo pensativo durante unos segundos, sólo el tiempo suficiente para darse cuenta de que a él tampoco le interesaba que su rostro apareciese por televisión. A pesar de todas las precauciones que había adoptado en sus doce viajes a Madrid, siempre había ido a cara descubierta. Y aunque fuese muy remota la posibilidad, alguien podría delatar su presencia en la capital de España en alguno de esos fines de semana. “Y -pensó- hombre precavido vale por dos.”

- ¡A mí me parece estupendo! ¡Por mí, si tú quieres, nos vamos esta misma tarde! –exclamó girando la cabeza y pulsando el botón de pause en el mando a distancia, casualmente, cuando en la pantalla quedaba congelada la imagen del Estrangulador de Boston rematando a una de sus víctimas.

Alberto, confirmando con los gestos de su padre su asentimiento, le ordenó:

- ¡Pues dicho y hecho! Ya puedes ir preparando la maleta.

A Anselmo Torres aquella reacción de Adrián le dejó gratamente sorprendido. Sin embargo, Alberto ya había intuido esa respuesta, incluso antes de adivinar en la mirada de su hermano el pánico que sufriría al verse rodeado de cámaras de televisión, periodistas, fotógrafos, todos interesados en publicar las excelencias de su familia, su intachable honradez y su conducta ejemplar.

- ¡Niño! ¿Quieres quitar esa película y poner las noticias? ¡Hay que jorobarse la que te ha dado a ti por ver nada más que cosas desagradables! –exclamó la señá Mariana-

- Pues no sé yo qué será peor –masculló Anselmo Torres-, porque en las noticias están todos los días siempre con lo mismo. Atentados, guerras y muertos, muchos muertos. Sólo hay asesinos por todos los sitios.

La señá Mariana se acercó a su hijo mayor y le dio un beso en la mejilla. Y acariciándole el pelo con las yemas de los dedos, le imprimió a su voz todo un amor de madre:

- ¡Sí! Pero todos los días no hablan del mi Albertino.

En ese instante, como tantas otras veces, Alberto volvió a ver en los ojos de su hermano el brillo de una envidia nada sana. Se apartó de la mesa y, sutilmente, se distanció de su madre llevando algunos platos a la cocina. No quería provocarle mayores sufrimientos a Adrián. Acababa de confirmar que había dejado de ser el ídolo de su hermano. Incluso en las últimas Navidades ya se había apercibido levemente de esa circunstancia, pero ahora en mayor medida. Por algún motivo, aquella idolatría que le profesaba se había ido esfumando como el humo de sus cigarrillos.

Alberto era siete años mayor que Adrián. Entre ambos, su madre había sufrido dos abortos. Eran otros tiempos, los médicos no estaban tan al alcance de la mano como ahora. Pero su afán por tener una hija pudo más que los consejos de la señá Joaquina, la comadrona del pueblo. Después del segundo aborto, la señá Joaquina le había advertido de que si volvía a quedarse embarazada podrían morir, tanto la criatura como ella. Pero no fue así. Tampoco fue una niña como su madre hubiese preferido. Dio a luz a Adrián, en casa, en la misma cama donde nació el su Albertino, y asistida precisamente por la señá Joaquina, y por Anselmo Torres, porque Alberto era todavía muy niño y no le dejaron entrar en el dormitorio de sus padres, donde lo oyó llorar por primera vez. Después, a medida que fue creciendo, contrariamente a lo que le suele suceder a los hijos mayores, que se cubren de celos por las incesantes carantoñas que reciben los hermanos pequeños, Adrián se convirtió en el juguete preferido de Alberto. Siempre lo llevaba pegado a sus pantalones. Él fue quien le enseñó todo lo que había que saber sobre los cerdos, las cabras, las gallinas, los conejos, las encinas, las bellotas, sobre todo lo que les había rodeado durante su infancia. Él era su

maestro, su jefe, su líder. Su padre los veía corretear de un lado a otro, saltando la cerca, jugando al escondite entre las zahúrdas, emponzoñándose con los excrementos de los cochinos. “Ya veréis luego, ya. Cuando os vea vuestra madre con esa ropa tan sucia os va a leer bien la cartilla, si es que no os encierra en el cuarto de las ratas” –les gritaba desde lejos mientras reparaba el Jeep, o mientras llenaba los comederos de pienso, o mientras cargaba una piara de cerdos en el camión del tío Fermín para llevarlos al matadero.

Allí, en la cocina, depositando los platos en el fregadero, Alberto recordaba todos aquellos años en los que su hermano y él eran inseparables. Siempre iban juntos a todas partes, excepto a las horas de clase en la escuela. Porque hasta los recreos solían pasarlos juntos comiéndose aquellos enormes bocadillos de jamón ibérico que les preparaba la seña Mariana. “*Ya estoy jarto de tanto jamón. Dile a madre que mañana nus jaga el bocaíllo de otra cosa*” -le decía con aquella media lengua que tanto le hacía gracia-. Luego crecería hasta llegar a ser más alto, más fuerte, e incluso más agraciado de cara que él.

La seña Mariana nunca había hecho en casa ningún comentario sobre su deseo de que fuera niña. Alberto lo había averiguado por habladurías que había oído por el pueblo. Y suponía que su hermano Adrián también las habría escuchado. Sin embargo, en la familia nunca había sido motivo de conversación.

Alberto salió de la cocina y expresó su deseo de bajar al pueblo, porque quería contrastar otras opiniones acerca del estado anímico y psíquico de su hermano. Y también, porque se había quedado sin tabaco. Aunque, naturalmente, ante sus padres y su hermano no esgrimió ninguna de esas dos excusas. Les dijo que iría a llamar por teléfono para hacer las reservas en el Hotel Lepe Mar, con entrada esa misma noche y salida el domingo siguiente.

- Pero esa llamada la puedes hacer desde aquí. O a ver si es que te has quedado sin tabaco... –insinuó su padre.

Alberto prefirió admitir esa circunstancia para no tener que dar más explicaciones.

- ¡Sí padre! También estoy sin tabaco.

Su madre le reprochó su adicción.

- Lo que deberías hacer es aprovechar estos días de vacaciones para dejar de fumar de una vez. Porque mira cómo estás, que parece un esqueleto.

Antes de salir le dijo a su hermano:

- ¡Por cierto Adrián, aún no me has enseñado tu coche nuevo! ¿Me dejas que me lo lleve para probarlo?

- ¡No! ¡Déjalo ahí que lo tengo muy bien enfundado! –le contestó secamente sentado frente al televisor.

Alberto insistió. Pensaba que sería una buena oportunidad para registrarlo de arriba a abajo. Podría encontrar algo que le sirviese para demostrarle a su hermano que sabía quién era el Degollador de Madrid. Y de esta forma lo manejaría más fácilmente para intentar resolver sus problemas y conseguir, junto con la condena del proxeneta, que el caso quedase definitivamente cerrado.

- ¡Pero si de todas formas tienes que desenfundarlo para el viaje...!

- ¡Que no! ¡Que me vas a joder los amortiguadores con los baches de la carretera!

- ¡Pondré cuidado! ¡Te lo juro!

- ¡Te he dicho que no! Ya lo verás luego cuando nos vayamos ¡Y déjame ya en paz que quiero ver la película!

- ¡Déjate de películas y ve preparando tus maletas que yo vuelvo enseguida!

- ¡Sí, eso! –intervino la señora Mariana- ¡Quita ya esa película, que me estoy poniendo hasta mala tan sólo de oír los gritos de esas pobres mujeres!

- ¿Y tú qué? ¿No tienes que preparar las tuyas y ahora resulta que te vas al pueblo? –se revolvió Adrián con aire de rebeldía sin obedecer a su madre.

Alberto, saliendo por la puerta, le recriminó.

- Las mías aún no las he vaciado. Sólo tengo que volverlas a cerrar. ¡Y haz caso a madre de una vez! ¿No has oído que no le gustan esas películas?

Salió de la casa y subió a su coche. Enfiló el camino abajo en dirección al pueblo. Se lamentaba de no haber podido aprovechar esa ocasión para registrar el deportivo de Adrián. *“Ya encontraré algún momento en La Antilla”* –pensó.

Aparcó en el Paseo de la Constitución, junto al Ayuntamiento, y se dirigió directamente hacia el bar Jara, el de su amigo Pepe.

Al entrar se topó con el alcalde y uno de los concejales. Compartían una ronda de vino con varios vecinos del pueblo.

- ¡Hola Alberto! ¿Tú por aquí? –le espetó el alcalde- Acabamos de escuchar en la tele que los periodistas andan buscándote. Dicen que quieren hacerte una entrevista.

Alberto Torres, restándole importancia al asunto y haciendo un ademán que no llegó a encubrir su vanidad, le contestó:

- Sí, los de Telecinco, ya he visto las noticias.

El alcalde se acercó a él y le dio unas palmaditas en la espalda.

- ¡Supongo que ya los habrás llamado para decirles dónde estás! ¿Te imaginas a esos periodistas con sus cámaras de televisión grabando un reportaje de Fregenal de la Sierra?... Así sabrán en toda España cómo se las gastan los machos de este pueblo.

- ¡Anda ya! ¡Déjame de rollos! –contestó-. ¡No me metas en líos que yo estoy aquí de vacaciones!

El alcalde insistió descaradamente acaparando la atención de cuantos estaban en el bar. Todos se acercaron a felicitarlo.

- ¿Cómo que no te meta en líos? ¡Pero si te has convertido en un héroe nacional! Ya eres un personaje famoso. Incluso en el Odiel han publicado una foto tuya donde apareces rodeado de micrófonos y cámaras de televisión. Tienes que tener en cuenta que para el pueblo eso supondría una publicidad gratuita de incalculable valor promocional.

“¿Quién me habrá mandado a mí bajar al pueblo y entrar en este bar, precisamente con el alcalde aquí” –pensaba Alberto.

- ¡Venga Pepe! ¡Sirvele una cerveza que yo invito! –ordenó el alcalde.

- ¡No gracias! –rechazó la invitación-. Yo ya he comido. Sólo he bajado al pueblo porque me he quedado sin tabaco.

Su amigo Pepe, el dueño del bar, intervino en la conversación:

- ¡Bueno hombre! Pues tómate un café aquí con nosotros. Y de paso nos cuentas cómo conseguiste atrapar a ese asesino.

Alberto Torres empezaba a sentirse verdaderamente incómodo. No esperaba encontrarse en el bar con tanta clientela. Y mucho menos con el alcalde, tan interesado siempre en promocionar el pueblo a costa de cualquier cosa. Lo cierto es que sólo tenía que proponérselo, como se había propuesto darle renombre al Festival de la Sierra, que se celebra todos los años en el mes de Agosto... ¡y vaya si lo había conseguido!

Alberto Torres hubiese preferido conversar a solas con Pepe para sonsacarle información acerca de su hermano, pero el alcalde había creado un ambiente poco propicio para esas confidencias. Así que decidió inventarse una excusa para salir de allí cuanto antes.

- Lo siento de veras, pero ahora mismo no tengo tiempo. Le he prometido a mi padre que volvería enseguida para ayudarle a terminar de reparar la cerca.

- ¿Todavía no la ha reparado? Pero si esta mañana andaba por aquí bien temprano con el Adrián cargando los alambres adonde el Tomás -comentó Pepe-. Por cierto, ¿cómo está tu hermano? Desde que se dejó con la Angelines no hay quien le vea el pelo.

- Aún no he tenido mucho tiempo para hablar con él. Llegué anoche bastante tarde. De veras siento no poder acompañaros, pero la verdad es que tengo prisa. Otro día nos tomamos esa cerveza.

Alberto Torres compró dos cajetillas de tabaco y se despidió de su amigo Pepe y de toda la clientela. Estaba convencido de que, en cuanto se alejara con el coche, el alcalde le ordenaría al concejal: *“¡Acércate corriendo al Ayuntamiento y llama por teléfono a los de Telecinco! ¡Diles que Alberto Torres está aquí! Ya verás que pronto vienen a hacernos un buen reportaje del pueblo.”*

Al llegar a la casa, Adrián ya tenía el deportivo delante de la puerta con su equipaje cargado. Alberto guardó su coche en el almacén de los aperos. Luego sacó sus maletas y las introdujo en el maletero del deportivo.

- En cuanto lleguéis nos llamáis, que estemos tranquilos -dijo la Señá Mariana.

Anselmo Torres, que había colocado un buen fajo de billetes en la cartera de Adrián, le dijo en voz baja a su hijo mayor: *“A ver si consigues que se olvide de esa pelandusca y nos lo traes como nuevo”*.

- ¡Ustedes no se preocupen! ¡Les llamaremos todos los días! ¡Hasta la vuelta! –disimuló Alberto despidiéndose en voz alta y subiendo al coche-. ¡Ah! Y si vienen los de la tele, díganles que estamos de vacaciones por Benidorm.

Adrián arrancó el deportivo y emprendieron el viaje.

- ¿Benidorm? –se extrañó la señá Mariana- ¿Pero no habían dicho que se iban para Huelva?

- ¡Que sí, mujer! –le explicó su marido-. Lo ha dicho para que despistemos a los periodistas.

- ¡Ah, claro! ¡Desde luego, hay que ver lo listo que es el mi Albertino!

Bajaron hasta el cruce y giraron a la derecha en dirección al sur. Allí, en La Antilla, a solas con su hermano, Alberto confiaba encontrar el ambiente propicio para obtener su confesión. Su objetivo era sellar bajo juramento un pacto de mutuo silencio, una fraternal alianza que les permitiese despertar definitivamente de esa pesadilla que ambos estaban viviendo por separado.

(Del diario de Iñaki)

... ...Hoy he visto las últimas fotografías de mis hijos. Como siempre, no he podido contener las lágrimas. ¡Qué manera de crecer! Iñaki cumplirá once años la semana que viene. ¡Cómo pasa el tiempo! Le he dicho a Arantxa que le haga un buen regalo y que les dé muchos besos de mi parte a los dos. También le he dicho que cuando salga de aquí quiero ir con ellos a Port-Aventura, a Isla Magica, a Terra Mítica, a Diney World y a todos esos sitios maravillosos. Donde no pienso llevarlos es a Lusiberia, un parque acuático que han inaugurado recientemente por aquí. Porque a Badajoz no pienso volver en toda mi vida.

A ella la he visto muy cambiada desde la última vez que vino a visitarme. Se ha cortado el pelo. Dice que así está más cómoda y pasa menos calor. Yo le he dado mi aprobación, a pesar de que siempre me había gustado ver cómo caía su largo cabello moreno sobre su espalda. Me ha dicho que están bien, que todo está bien, que están deseando que salga de aquí para empezar de nuevo en otro lugar, en cualquier sitio, pero juntos, siempre juntos, alejados del País Vasco. Ese país al que tanto hemos amado y por el que tanto hemos luchado. Ese país envenenado por un atajo de cobardes que nos han destrozado la vida. ¡Cuánto me hubiese gustado abrazarla, y besarla, y hacerle el amor! Porque ella es todavía una mujer joven y hermosa. ¡Cómo debe estar sufriendo por mi culpa, por aquel fatídico arrebatado de rebeldía que enturbió mi serenidad! ¡Cuántas veces me he lamentado de aquello! ¿Cómo se habría desarrollado nuestra vida si aquel sinvergüenza no hubiese caído muerto a mis pies? ¡Me lo he preguntado en tantas ocasiones! Pero también me he preguntado de qué clase de libertad hubiéramos disfrutado en nuestro propio país si yo hubiese cedido a los chantajes. Tal vez ahora estaría libre de estas rejas, pero con toda seguridad estaría preso de mi propia conciencia. Esa conciencia que es, al mismo tiempo, testigo, fiscal y juez de nuestros comportamientos. Esa conciencia que tengo tranquila porque yo nunca quise matar a aquel hombre. Pero de la

fatalidad no estamos exentos nadie, y mucho menos cuando se está rodeado de forajidos.

Cuando Arantxa me ha dicho adiós esta tarde y la he visto salir de la sala de visitas, he vuelto a sentirme solo. El hombre más solo del mundo.

Durante la cena le comenté a Carlos lo del corte de pelo de Arantxa. Él me dijo sutilmente:

- Pues este verano me ha parecido oír que por el Norte no está haciendo mucho calor que digamos.

Enseguida adiviné a qué se estaba refiriendo. Este proxeneta no es nada tonto. Con ese comentario me ha insinuado que mi familia debe estar alojada en algún sitio del Sur de España. Quizás ni siquiera estén muy lejos de aquí, porque el calor que está haciendo estas primeras semanas de Agosto en Extremadura es como para levantar ampollas en la piel. Pero en cualquier caso, no quiero saber donde están. Mientras menos gente lo sepa, incluido yo, más tranquilos estaremos.

Al acabar la cena, de camino a la mazmorra, como diría Paco “el bestia”, Carlos me ha dicho que esta tarde, mientras yo estaba en la sala de visitas, le han entregado un nuevo correo del periodista.

- ¿Y qué? ¿Desvela ya alguna prueba en ese nuevo capítulo? –me interesé enseguida.

- ¡Qué va! Ni siquiera han llegado a Huelva –contestó con desgana.

Ya en la celda, ha cogido los folios de la repisa que hay sobre su cama y ha extendido el brazo para dármelos. Luego, como siempre, se ha asomado a la ventana. El sol, conforme van pasando los días, empieza a tener sueño más temprano.

Cuando he terminado de leer este noveno capítulo, he pensado en voz alta:

- A medida que avanza la novela, dudo más de que ese tipo sea un simple periodista.

- ¡Por mí, como si es hojalatero! –me ha dicho Carlos-. A mí lo único que me importa es que tenga los cojones suficientes para demostrar mi inocencia. Pero que lo demuestre de una puta vez, que ya va siendo hora.

- No digo que no sea periodista, que puede que lo sea, pero de lo que no me cabe ninguna duda es de que también es escritor, y no de los peores, precisamente.

- Yo no he dicho que sea mal escritor. Pero lento es más que el caballo del malo en las películas del Oeste.

- ¿Es que no te has fijado como describe esas escenas en Fregenal de la Sierra? –he insistido.

- ¡Sí! ¡Me he fijado! Mucha literatura, mucha literatura, pero a mí que me den por saco -me ha respondido aferrándose a las rejas de la ventana-. ¡Ya verás como termino comiéndome el turrón en esta jodida cárcel!

Le he pedido a Carlos que me permita ojear de nuevo todos los capítulos anteriores.

- ¡Cómo si no los hubieras leído ya! –ha protestado cediéndomelos.

Los he revisado atentamente y he observado en voz alta:

- ¡Efectivamente! Ese periodista va cambiando su manera de escribir. La redacción de los primeros capítulos se aproxima mucho a la típica literatura periodística. Ni siquiera hay diálogos. Más que estar leyendo una novela daba la impresión de estar leyendo un periódico. Sin embargo, a medida que avanzan los capítulos, va cambiando el estilo. Si al principio utilizaba a los personajes como meras piezas de ajedrez sobre el tablero de esta historia, ahora está utilizando el argumento de la novela para adentrarse en la vida de los personajes. Y de ellos, de sus vivencias, extrae los auténticos problemas de la humanidad, como son la educación, el entorno social, el afán de éxito, los desamores, las frustraciones, las ansias de venganza, los desequilibrios psíquicos. Pero siempre sin perder el hilo conductor de su obra.

- No sabía que fueses crítico literario –ha ironizado Carlos.

Yo, desde mi cualidad de simple aficionado a la lectura, he insistido.

- ¿Pero tú no te has dado cuenta de que en el capítulo octavo ya nos dice quién es realmente la verdadera culpable de todos esos crímenes?

- ¿Verdadera? –se ha extrañado-. El único asesino es el hermano del policía. ¿O es que aún no te has enterado? Además, eso ya lo sabemos desde el capítulo quinto.

- ¡Bueno, sí! ¡Eso está claro! –he aceptado-. Pero, viéndolo desde otra perspectiva, lo que nos revela es que la auténtica culpabilidad de todos los asesinatos reside en el reprochable comportamiento de esa tal Angelines. En ese capítulo nos demuestra que esas insignificantes historias de pueblo, a las que Anselmo Torres restaba importancia, sí la tienen, y mucho más de lo que él pudiera imaginarse. Porque, si nos paramos a pensar fríamente, es fácil deducir que esas doce mujeres fueron degolladas y violadas por causa de un antojo, por un gesto de frivolidad de una moza de pueblo, o de ciudad en este caso, según ese tal Amadeo I de Saboya. Tú mismo, por ejemplo, ahora estás en la cárcel por culpa de las calabazas que la Angelines le dio al hermano de Alberto Torres.

Carlos, con un gesto demostrativo de su hartazgo de escucharme, se ha tumbado en su cama y ha terminado diciéndome:

- Y por culpa del cupón que le tocó a la viuda ¡no te jode! ¿Quieres dejar de decir chorradas de una puta vez?

A pesar de su inequívoco acierto, está claro que los comentarios de texto no son la debilidad de mi compañero de celda. Aunque quizás este texto no sea el más apropiado para comentar con él precisamente.

El timbre, como todas las noches, va a abrir las puertas a la oscuridad. Ahora apagarán las luces y yo no podré seguir escribiendo. Hoy la luna disfruta de una de sus noches de descanso... ..

Capítulo X

Como sobre una serpiente oscura y enorme, el deportivo zigzagueaba por la carretera de la sierra. El paisaje, entre montes y valles, era un auténtico deleite para la vista. El sol descendía lentamente hacia el ocaso y daba la impresión de estar sostenido en el firmamento por un hilo invisible, como si fuese un enorme péndulo de fuego que se desplazaba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, contrariamente a los giros del vehículo en cada una de las enrevesadas curvas.

Adrián conducía en silencio prestando suma atención a la sinuosa carretera. Alberto decidió romper el hielo.

- Creo que estos días en la playa nos van a venir muy bien a los dos ¿no te parece Adrián?

- A mí tampoco me agradaba mucho la visita de los periodistas.

- No me refiero sólo a eso. Cambiar de ambiente de vez en cuando siempre aporta sensaciones gratificantes. Te hace ver la vida de otra manera.

- ¿De qué manera?

- Pues de una forma distinta, desde un punto de vista mucho más universal. No todo ha de reducirse a trabajar y a vivir siempre en el mismo sitio. De vez en cuando es bueno viajar y conocer lugares y gentes diferentes.

- Yo, últimamente, desde que padre me compró este deportivo, viajo bastante.

Adrián conducía el coche, pero Alberto dirigía la conversación hacia el terreno que más le interesaba.

- Ya me he fijado. El cuentakilómetros marca más de dieciséis mil. ¿No son demasiados kilómetros para tan sólo cuatro meses?

Su hermano se vio sorprendido. En cada viaje de ida y vuelta a Madrid recorría más de mil kilómetros. Durante unos segundos no supo que contestar. Finalmente, sin conseguir toda la convicción que pretendía infundirle a su voz, le mintió:

- Puede que sí. Pero ahora voy mucho a Badajoz, y también a Cáceres. Como casi toda la pandilla se ha ido a estudiar por allí, me junto con ellos casi todos los fines de semana.

- ¡Pues bien podías haber venido a visitarme a Madrid algún día, que no nos vemos más que de higos a brevas! -exclamó Alberto con doble intención.

Adrián eludió la respuesta haciendo un ligero encogimiento de hombros.

Pasaban por Jabugo. Aún quedaban muchos kilómetros para La Antilla y suficientes horas por pasar juntos. Alberto prefirió no forzar más la conversación. Hicieron el resto del viaje hablando de la salud de sus padres, del negocio familiar, y recordando los juegos y travesuras de su niñez. De esa manera, Alberto iba ensanchando la confianza que necesitaba para penetrar en la mente de su hermano con mayor facilidad. Si Adrián se viese acorralado por sus insinuaciones, estando aún tan cerca de Fregenal de la Sierra, podría arrepentirse, alegar cualquier excusa, dar media vuelta y volver a casa sin más. Sabía que era capaz de hacerlo. Su hermano era terco y cabezón como él solo. *“Cerrado de mollera”*, como le decía la señá Mariana cuando no atendía a razones. Y *“más bruto que un arado”*, como decía su padre al verlo cargar los sacos de pienso de dos en dos, uno en cada hombro.

Adrián había dejado muy pronto los estudios. Apenas sabía leer, escribir y las cuatro reglas matemáticas. Cuando a Alberto lo ingresaron en régimen interno en un colegio privado de Badajoz para terminar sus estudios de bachillerato, él se sintió abandonado por su propio hermano, por su compañero de juegos y aventuras campestres, por su ídolo. Fue su primera gran frustración en la vida. En lo más profundo de su alma le seguía guardando ese rencor. Lo veía como un egoísta que había preferido los estudios a su compañía. La escuela, sin la presencia de su hermano Alberto, había dejado de interesarle. No conseguía concentrarse. Andaba siempre como atolondrado, sin exteriorizar esa rebeldía contra todo y contra todos que le corroía las entrañas. Su mente era como un enorme almacén de sufrimientos con las puertas atrancadas, donde no había ni una sola rendija para el desahogo. Don Demetrio, el maestro, decidió hablar con su padre:

“¡Anselmo! Como se podrá imaginar usted, para mí supone una enorme decepción tener que decir esto, pero, definitivamente, Adrián no sirve para los estudios”. Anselmo Torres, haciendo un gesto de resignación, le contestó: *“¿Qué le vamos a hacer? Pues que se venga conmigo a criar cerdos. No le queda otra”.* Y con sólo doce años de edad se recluyó en el campo. Un campo que sí tenía puertas. Y las tenía cerradas. Creció bajo la resignación de sus padres, rodeado de cerdos, gallinas, conejos, y algunas cabras de vez en cuando.

Cuando Alberto venía de vacaciones jugaba con él, pero ya no era lo mismo. A menudo lo dejaba solo para irse al pueblo, donde se juntaba con su amigo Pepe y algunos más de su edad para rondar a las mozas. Sin embargo, Alberto nunca tuvo novia. Incluso ahora, a sus treinta y un años, seguía soltero y sin compromiso.

Más tarde, cuando Alberto consiguió graduarse en la Academia de Policía, Adrián tenía ya dieciséis años. Fue entonces cuando volvió a despertar en él una cierta admiración por Alberto. Tener un hermano inspector de policía en Madrid empezó a suponerle un motivo de orgullo, y uno de los principales temas de conversación en sus escasas salidas por el pueblo como adolescente. Pero ahora, algunos años después, la vida fascinante de su hermano policía y su vida de porquero inculto, condimentada en aquel momento con los progresos en los estudios de sus amigos de la pandilla, y la pública humillación a la que había sido sometido por la hija de la viuda, después de haber sido rechazado por otras mozas del pueblo, habían perturbado maliciosamente su cerebro y contrastaban con tal violencia entre las frágiles neuronas del salvaje animal en que se había convertido, que se encontraba perdido en un mundo lleno de frustraciones, un mundo donde el odio, el rencor y la venganza eran sus únicas razones para vivir.

Se acercaban a Lepe. Empezó a llover. Dejaron la autovía y cruzaron el pueblo. Ya sólo quedaban seis kilómetros para su destino. Alberto se acordó en aquel momento de que no había llamado por teléfono para hacer las reservas en el hotel. *“De todos modos -pensó-, no creo que en esta época del año esté al completo”.*

En La Antilla la lluvia caía con mayor insistencia. Aparcaron el coche muy cerca del hotel. Sin sacar el equipaje se acercaron hasta la puerta. En ella se toparon con un cartel en el que podía leerse: “CERRADO POR OBRAS DE REMODELACION”.

- ¿Pero tú no habías bajado al pueblo para reservar habitación? –preguntó sorprendido Adrián-

- ¡Sí! Pero cuando entré en el bar de Pepe para comprar tabaco estaba allí el alcalde y me entretuvo tanto que al final se me fue el santo al cielo.

- ¿Y por qué no nos alojamos en Huelva? –sugirió Adrián-. Con este tiempo por aquí nos vamos a aburrir como una ostra. Cualquiera día que salga bueno podemos venir a pasear a la playa. A ésta o a cualquier otra que esté más cerca.

A Alberto no le pareció mala idea. El pueblo estaba casi desierto. Apenas se veían coches aparcados por las calles. Y las condiciones climatológicas tampoco le hacían vislumbrar que fuesen a disfrutar allí de unos días muy relajados. Así que aceptó la sugerencia de su hermano y se fueron a Huelva. Aún caían algunas gotas cuando aparcaron el coche muy cerca del Hotel Monte Conquero, en el centro de la ciudad, a escasa distancia de la Plaza de las Monjas. Por aquellas fechas, según rezaba en un cartel adherido al escaparate de una pastelería situada bajo unos soportales cercanos al hotel, se iba a celebrar en aquella plaza la Feria de la Tapa. *“Esta sí que es una buena excusa para tapear estos días* –pensó Alberto.

Entraron con las maletas en el recibidor del hotel. A la derecha, desde detrás del mostrador de recepción, les atendió una joven muy guapa. Tenía un precioso pelo moreno, que se adivinaba largo por el volumen del moño donde lo llevaba recogido. No aparentaba tener más de veinticinco años, pero se la veía muy ágil y desenvuelta en el trabajo. Alberto Torres le facilitó su documento de identidad y solicitó una habitación de dos camas.

- ¿Media pensión? ¿Pensión completa? –preguntó la recepcionista.

- ¡No! Sólo con desayuno ¿no te parece Adrián?

- ¡Sí, mejor! Así comeremos y cenaremos donde nos dé la gana –comentó su hermano sin desclavar de la joven una tímida y misteriosa mirada.

La empleada del hotel terminó de teclear los datos en la computadora.

- ¡Muy bien! ¿Me firma aquí por favor?

Alberto firmó el registro y volvió a guardar en su cartera su documento de identidad.

- Aquí tienen –le entregó la llave-. Habitación 415. Les deseo una feliz estancia en el hotel.

Subieron a la cuarta planta en un ascensor de paneles transparentes. Mientras ascendían, podían ver un hermoso patio de luz decorado con frondosas enredaderas.

Ya en la habitación, Alberto comentó:

- ¡No está nada mal este hotel! ¿A que no Adrián?

Su hermano, escudriñándolo todo, se asustó un poco.

- ¿Y no será muy caro?

Alberto vaciaba la maleta y colocaba sus ropas en el armario.

- ¡No te preocupes de eso! Sólo es un hotel de tres estrellas. Además, para una vez que viajamos juntos... ¿quién dijo miedo?

- No, si yo no tengo ningún miedo. ¡Mira! Padre me ha llenado la cartera de billetes grandes –dijo mostrándole el fajo.

- ¡Padre siempre a la antigua! Mañana lo ingresaremos en mi cuenta bancaria y utilizaremos mi tarjeta. No se puede andar con tanto dinero en el bolsillo. Yo voy a darme una ducha. Luego te duchas tú y nos vamos a cenar ¿de acuerdo?

- Tal y como está la noche, podríamos cenar en el hotel –sugirió Adrián.

- ¡Por mí, vale! –asintió Alberto entrando en el cuarto de baño-. ¡Llama a madre por teléfono para que esté tranquila!

- ¿Desde tu móvil?

- ¡Por supuesto! Es mi móvil de poli. Las llamadas me salen gratis.

Aquella noche, después de cenar, se fueron directamente a la cama. Los dos estaban cansados del trabajo de la mañana y del viaje de la tarde. Pero Alberto, antes de dormirse, programó su teléfono para que sonase a las siete de la mañana. Tenía la esperanza de que Adrián no se despertase y aprovecharía la ocasión para registrar el maletero del deportivo.

Por la mañana, cuando Adrián se despertó y se vio solo en la habitación, se asustó mucho. Miró el reloj. Eran las siete y media. Se vistió rápidamente y bajó al mostrador de recepción. Los clientes más madrugadores bajaban al comedor.

- ¡Oiga! ¿Ha visto usted a mi hermano!

El recepcionista, que apuraba su turno de noche, le preguntó extrañado:

- ¡Discúlpeme señor! ¿Cómo se llama su hermano?

- Se llama Alberto, Alberto Torres. Cuando me he despertado no estaba en el cuarto.

- ¿Me dice usted su número de habitación, por favor?

- ¡Sí! La 415.

El empleado del hotel comprobó el bloc de avisos.

- No ha dejado ninguna nota. Puede que esté en el comedor. El horario de desayunos está abierto desde las siete. ¡Es ahí, bajando esas escaleras! –le indicó señalando con la mano.

Adrián bajó los escalones igual que solía descargar los sacos de pienso, de dos en dos. Entró en el comedor y comprobó que allí no estaba. Subió de nuevo hasta el recibidor del hotel y se encontró con Alberto, que en ese momento entraba desde la calle.

- ¡Chacho! ¿Dónde coño te habías metido? –gritó.

Su hermano se acercó a él y le recriminó en voz baja:

- ¡No grites tanto que estás llamando la atención!

- ¿Que no grite? –suavizó la voz intentando tranquilizarse-. ¡Menudo susto me has dado! ¿Dónde estabas?

- ¡Venga! Ya que estamos los dos despiertos, bajemos a desayunar. Ahora te lo cuento.

El desayuno que ofrecían tenía mucha variedad.

- ¿Y podemos comer todo lo que queramos? –se sorprendió Adrián.

- ¡Exactamente! Pero no cargues demasiado el plato. Es de mal gusto. Aquí puedes repetir tantas veces como quieras.

Adrián hizo caso a Alberto, pero luego se levantó de la mesa dos veces más para repostar su plato. Su estómago, como decía la seña Mariana, parecía no tener *jondón*.

Mientras desayunaban, Alberto mintió a Adrián diciéndole que se había desvelado muy temprano y le apeteció salir a pasear. Le dijo que había llovizado durante toda la noche y el ambiente invitaba a respirar ese aire puro y fresco de la mañana. Luego, para justificar que había cogido las llaves del deportivo, se inventó que, al llegar al hotel la noche anterior, olvidó en la guantera una de las dos cajetillas de tabaco que había comprado en el bar de Pepe. Pero lo cierto era que había registrado el coche de su hermano de punta a cabo. Bajo la alfombra del maletero, donde llevaba ese modelo la rueda de repuesto, encontró un par de guantes manchados de sangre.

Alberto no necesitaba tomar ninguna muestra. Sabía que aquella sangre había pertenecido a Angélica, la prostituta de Charli.

(Del diario de Iñaki)

... .. Cuando he abierto los ojos esta mañana, las primeras luces del día invitaban a los pájaros a afinar sus cánticos entre las ramas de los frutales. Carlos ya estaba asomado a la ventana de espaldas a mí. Yo me quedé quieto en la cama observándolo. Se aferraba a las rejas con tal fuerza que a buen seguro se estaría haciendo daño en las palmas de sus manos. Los hombros anchos y robustos, el pelo despeinado, el cuerpo erguido, inmóvil, tenso, como una imagen congelada en irascible postura, las piernas rígidas y paralelas en posición de firme militar, los pies desnudos sobre el terrazo mate de la celda.

Envuelto en una luz gris azucarada, con el torso descubierto, aún brillante por el exudado nocturno, Carlos parecía una estatua de madera satinada de barniz, un monumento a la injusticia que alguien hubiese dejado olvidado junto a esa ventana, una alegoría a la locura que pulula por cualquier rincón de la cárcel, esa locura tan distinta y tan pareja a la de cualquier enfermo confinado en un hospital psiquiátrico.

La cárcel, pensándolo bien, no es ni más ni menos que eso, un hospital para enfermos mentales con diagnósticos como robo, fraude, secuestro, malversación de fondos, homicidio, pederastia, asesinato, narcotráfico, terrorismo... locuras en cualquier caso. Diagnósticos directamente asociados a esos otros como ansiedad, paranoia, esquizofrenia, delirios, histerismo, trastornos, manías y complejos de todo tipo. Locuras de una sociedad donde el bien y el mal no son más que meros elementos de su particular teoría de la relatividad de los comportamientos, en la que todo es relativamente bueno o malo, dependiendo de los intereses de cada uno. Demencias que nos arrastran por esas selvas de asfalto y hormigón, como por un círculo vicioso, precisamente hacia locuras mayores. Locuras incubadas en un mundo ambicioso y cínico, un mundo huérfano de valores morales donde la hostilidad impera a sus anchas. Un mundo de intereses creados y recreados en esa caja tonta de pantalla multicolor donde se exhiben los ricos y poderosos para envidia y desasosiego de los débiles y

desfavorecidos. Débiles de mente y desfavorecidos de espíritu en un mundo cargado de ciega hipocresía y materialismo voraz que los transforma en pobres criminales, para que terminen con sus huesos en la cárcel.

Dicen que también hay locuras heredadas genéticamente, pero tampoco sería ese el caso de Carlos si llegase a perder la cabeza entre estas rejas. En su caso sería una locura impuesta por la injusticia de la justicia. Porque encerrar a un inocente en una prisión es una locura tan descabellada como encerrar a un pederasta en una guardería llena de niños.

Carlos ha estado dos semanas sin recibir un nuevo correo del periodista. Hoy, durante la comida, su amargura ha vuelto a desatarse.

- Ese periodista cabrón es capaz de haberse ido de vacaciones. Seguro que se estará mojando bien el culo en alguna playa soleada sin importarle nada de mí. A lo peor se ha convencido de que no conseguirá encontrar esa prueba que necesita para demostrar mi inocencia y ha decidido dejar la novela a medias. O peor aún, quizás haya mostrado sus cartas antes de tiempo y alguien ha conseguido taponarle la boca con un buen fajo de billetes para evitar el escándalo. Me siento como un niño a quien le quitan el caramelo de la boca cuando ha empezado a tomarle el gusto. Como un juguete roto y abandonado en cualquier rincón de un sótano oscuro. ¡Maldita sea!

- ¡No seas tan pesimista! –intenté animarle-. Lo más seguro es que esté investigando. Y cuando se investiga no se escribe.

Él se quedó callado con un gesto de desesperanza y siguió comiendo. Pero su estado anímico lo tenía mucho más deteriorado de lo que yo imaginaba.

Por la tarde, en el patio, yo estaba solo en el banco donde me siento todos los días. En un descuido de los guardias se me han acercado por detrás los dos últimos terroristas encarcelados. A mi espalda escuché una voz que hablaba en vasco.

- ¡Escucha Iñaki!

Me levanté girándome sorprendido. El que me hablaba tenía una fotografía en la mano. Mostrándomela continuó hablando en vasco.

- ¿Recuerdas esta cara?

Aunque el banco estaba por medio, instintivamente di un paso atrás. Por supuesto que había reconocido al tipo de la fotografía. Era el que murió en el intento de cobrarme el impuesto revolucionario. Incrusté mi mirada en los ojos del terrorista pero no le contesté.

- Ya veo que te acuerdas de él –prosiguió-. Y te aseguro que también vas a acordarte de nosotros durante el resto de tu corta vida. Porque este que ves aquí era nuestro mejor amigo, nuestro hermano de sangre desde que éramos niños.

Carlos, que regresaba de uno de sus paseos alrededor de ese banco, respiró el aire hostil que rodeaba la conversación.

- ¿Ocurre algo Iñaki?

- ¡No! Estos dos sólo se han acercado para recordarme por qué estoy en la cárcel.

Carlos les encaró engallado.

- ¡Ah, sí! Pues me parece una descortesía por vuestra parte ¿no os parece?

- Esto no es asunto tuyo –habló en español el otro terrorista.

- ¿Ah, no? –exclamó irónicamente Carlos-. ¿Acaso te he dicho yo cuáles son mis asuntos?

- ¡Dejémoslo estar! ¡Vámonos de aquí! –intenté disuadirlo.

Pero Carlos ni se inmutó. Se quedó quieto frente a ellos, firme como una roca que amenazaba con aplastarlos.

- Creo que tú no sabes con quienes estás hablando –le dijo con tono amenazante el que me había mostrado la fotografía.

- ¡Vaya! Parece que la cosa va de intrigas –dijo Carlos-. ¡A ver! ¡Decidme! ¿Acaso sabéis vosotros con quien estáis hablando ahora?

- Te repito que esto no es asunto tuyo –insistió el otro.

Carlos dio un paso al frente y esgrimió un tono de voz mucho más amenazante que el de ellos.

- ¡Escuchadme bien los dos! Vamos a dejarnos de intrigas de una puta vez. Mi nombre es Carlos. Voy a estar encerrado en esta cárcel tanto tiempo, que mucho me temo que cuando salga de aquí será ya con los pies por delante. Y después de darle muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que

cuanto antes salga mejor. Porque lo único que me queda por perder es esta asquerosa vida rodeado de miserables como vosotros. Y por lo que estoy viendo, vosotros dos, de quienes sé que sois unos valientes asesinos de niños y gente inocente, queréis ayudarme a cumplir mi deseo. Pues bien, aquí tenéis a otro inocente. ¡Venid a por mí cuando queráis! Pero a Iñaki dejadlo en paz. Porque, de lo contrario, puede que alguno salga de esta cárcel con los pies por delante antes que yo.

En ese momento se acercaron tres guardias con las porras en la mano.

- ¿Qué está sucediendo aquí? –preguntó uno.

- ¡Nada! –dijo Carlos-. Estos señores sólo han venido a ofrecernos tabaco. Pero no se habían dado cuenta de que nosotros no fumamos. Y, mucho menos, puros de rodillas, como fuman ellos.

- ¡Basta ya! ¡Cada mochuelo a su olivo! –ordenó el mismo guardia.

Las miradas que nos dedicaron aquellos dos terroristas cuando se alejaban podrían haber taladrado el muro de hormigón que rodea la cárcel. Carlos les correspondió con otra mirada igualmente penetrante.

Paco “el bestia” había observado toda la escena desde lejos, pero era demasiado el respeto que le tenía a los terroristas como para acercarse. Durante la cena se sentó frente a nosotros en la misma mesa, para husmear.

- ¿Qué te querían esos dos tipos en el patio? –me preguntó en voz baja.

Carlos, sentado junto a mí, se anticipó con un reproche.

- ¿Por qué no te acercaste tú para averiguarlo personalmente?

Paco “el bestia”, contrariado, intentó justificarse alegando que no se había dado cuenta de nada hasta que intervinieron los guardias.

-¿Ah, sí? –continuó Carlos con una tranquilidad que empezaba a asustarme-. Pues yo no me lo creo.

Paco “el bestia”, tensando su voluminosa musculatura, se removió en la banqueta y lo miró encolerizado.

- ¿Qué coño estás insinuando?

Carlos alardeaba con el timbre de su voz de una calma que me helaba los huesos.

- Lo que insinúo es que esos tipos te tienen acojonado.

Paco “el bestia” miró instintivamente hacia atrás, hacia la mesa que ocupaban los presos terroristas. Luego tragó saliva y admitió bajando la voz:

- ¡Escúchame bien, novato! A mí me quedan sólo dos meses para salir de aquí ¿te enteras?, y no pienso jugármela con esos tipos. Hasta ahora, ellos han respetado mi terreno y yo he respetado el suyo, y confío en que siga siendo así durante estos dos malditos meses. Pero si yo intuyese que la integridad física de Iñaki corriese el más mínimo peligro, no dudes nunca que yo sería el primero en defenderlo, aunque me jugase otros veinte años de cárcel. ¿Te ha quedado claro?

- ¡Vale tío! ¡Aclarado el asunto! –concluyó Carlos-. Y ahora, si te parece, deja ya de husmear y cierra la boca. Quiero terminar de cenar tranquilo.

Paco “el bestia” me miró intentando encontrar en mis ojos una excusa para no levantarse y lanzarse contra él.

- ¡Creo que deberíamos calmarnos un poco! –intervine yo-. Hoy el día ya ha estado lo suficientemente ajetreado. Y tú, Paco, para el tiempo que te queda, lo mejor que puedes hacer es pasarlo inadvertido.

Paco “el bestia”, como siempre, aceptó mi consejo. Luego miró a sus protegidos y seguro que pensó: *“Iñaki tiene razón. ¿Pero quién protegerá a estos pobres infelices cuando yo salga de aquí?”*.

Al llegar a la celda, Carlos ha encontrado un nuevo correo sobre su cama. La expresión de su rostro ha cambiado radicalmente.

Tras leerlo me ha preguntado:

- ¿Sabes si la mujer que violaron y degollaron en Huelva trabajaba en algún hotel?

- ¡No! ¿Por qué?

- Porque creo que en este capítulo ya nos descubre quién es la última víctima. ¡Toma! –me ha ofrecido los folios con el décimo capítulo.

Yo lo he leído despacio, como suelo hacer con todos los capítulos, escudriñando entre líneas esos detalles que pretende hacernos ver el periodista sin escribirlos.

- ¡Efectivamente! –le he dicho-. La empleada del hotel tiene todas las papeletas.

- Sí, pero según me dijiste tú, fue degollada el fin de semana siguiente a mi detención, y la novela sólo ha avanzado hasta el martes por la mañana. Lo que yo digo, ese periodista me va a hacer pasar aquí las navidades. Ya lo verás.

Carlos, excepcionalmente, hoy no se ha asomado a la ventana. Ha permanecido sentado en su cama. Lo cierto es que el sol ya ha desaparecido hace rato. Las horas de luz menguan a medida que Agosto va tachando sus últimos números en el calendario. Sin embargo, la luna se ha ido abriendo durante las últimas noches hasta convertirse en un abanico luminoso.

He mirado a Carlos fijamente a los ojos y le he hecho una pregunta comprometida para examinar su reacción.

- Después de todo lo que hemos leído acerca del hermano del policía, ¿a ti no te da pena del pobre Adrián?

Carlos no me ha contestado inmediatamente. Ha reaccionado de una forma muy extraña. Al principio, en sus ojos, creía poder leer incluso sus pensamientos, algo así como *“este tío está como un cencerro”*. Pero luego ha ido transformando la expresión de su rostro. Finalmente, rechazando mi mirada, se ha levantado y se ha acercado a la ventana. Ha respirado hondo y ha expresado su opinión.

- ¡Sí! Es una pena que haya gente como él en este mundo. Y gente como Alberto Torres. De ese cabrón sí que no siento ninguna lástima. Pero algún día, si existe algún dios de esos que suelen poner las cosas en su sitio, confío en poder resarcirme de esta cabronada.

Aprovechando que hoy parecía estar un poco más dialogante, le he hecho una nueva pregunta, si cabe, mucho más comprometida.

- ¡Respóndeme sinceramente! Aquella madrugada, poniéndote en el lugar de Alberto Torres, ¿qué hubieras hecho tú?

- ¡Y yo qué sé! Yo nunca he tenido hermanos.

- ¡Bueno! Pero intenta ponerte en su lugar –he insistido.

- No sé. Quizás, a lo más que hubiese llegado es a dejarlo escapar. Pero luego lo habría ingresado en un psiquiátrico, que es el sitio más apropiado para los locos como él. Pero, por supuesto, lo que nunca habría hecho es cargarle el marrón a otro. Y mucho menos, un marrón de esta categoría.

- ¡Por cierto! –he recordado en ese momento-. Aún no te he dado las gracias por tu comportamiento en el patio con esos dos terroristas. Pero creo que ahora te has metido en un buen lío.

El timbre de la galería nos ha deseado estridentemente las buenas noches. Carlos se ha tumbado en la cama.

- En un buen lío estoy metido desde la madrugada del 4 de noviembre del año pasado.

- Sí, pero no es lo mismo. Aún no sabemos cuánto tiempo va a tardar ese periodista en demostrar tu inocencia. Y convivir aquí con esa gente, con esa carga de hostilidad, no te va a ser nada agradable. Te lo digo por experiencia.

- Tú no te preocupes por mí. Esos tipos sólo son valientes con una pistola o una bomba entre sus manos. Pero aquí dentro no creo que consigan ninguna.

El comportamiento de Carlos sólo me lo puedo explicar porque imagino que él jamás ha vivido en mi país, y porque nunca habrá sentido ese miedo agónico que se respira allí. Un miedo fétido que te impregna la pituitaria con el desagradable hedor a carne chamuscada.

Capítulo XI

Alberto y Adrián visitaron los lugares más emblemáticos de Huelva: La Rábida, el Mirador del Conquero, la estatua de Colón, los puertos, el Barrio Obrero, los mercados del Carmen y de San Sebastián. Tapearon en la Feria de la Tapa, en la Plaza de las Monjas. Pasearon por las playas de Mazagón, Punta Umbría, El Rompido, La Antilla, Isla Cristina. Incluso cruzaron la desembocadura del Guadiana, en Ayamonte, para conocer las playas portuguesas.

Así fue pasando el tiempo. Todos los días regresaban cansados al hotel y se acostaban temprano. Alberto nunca encontraba el momento adecuado para entrar de lleno en esa conversación que él buscaba. Siempre que llegaba a la pregunta previa a la crucial, su hermano Adrián se encogía de hombros, eludía la respuesta y cambiaba de conversación, rompiendo el hilo del que Alberto tiraba suavemente para deshacer la madeja.

El sábado por la tarde habían estado haciendo algunas compras en las tiendas de El Corte Ingles. Ya en la habitación del hotel, se asearon y se mudaron de ropa. Alberto sugirió:

- ¿Qué te parece si hoy, después de cenar, salimos a dar una vuelta? Desde que estamos aquí aún no hemos salido por la noche. Me gustaría conocer el ambiente nocturno de Huelva.

- ¡Por mí, estupendo! Pero, ¿adónde vamos a ir?

- Podemos preguntar en el hotel. Seguro que esa joven morena de la recepción conoce algún sitio donde pasar un rato agradable.

- ¡Vale! –dijo Adrián ilusionado.

Alberto quería agotar uno de sus últimos cartuchos. *“Tal vez –pensó-si consigo que Adrián tome algunas copas, me sea más fácil conseguir de él su confesión. El primer paso hacia la resolución del problema”.*

Alrededor de las nueve y media de la noche bajaron de la habitación para dejar las llaves en recepción antes de salir a cenar. En el mostrador les atendió la joven recepcionista.

- ¡Buenas noches, señorita! –dijo Alberto-. Aquí tiene la llave... ¡Por cierto! Llevamos aquí varios días y aún no sabemos cómo se llama.

- Me llamo Lourdes –contestó luciendo su preciosa sonrisa.

- ¡Bonito nombre! Yo soy Alberto, y éste es mi hermano Adrián –se saludaron con un leve apretón de manos.

- A usted ya le conocía –dijo la joven-. Usted es el inspector de policía que consiguió detener al Degollador de Madrid. Le he visto varias veces en televisión.

- ¡Vaya! ¡No sabía que me hubiese hecho tan famoso! –exclamó.

Luego, bajando la voz, le dijo a modo de confidencia:

- Confío en que no le haya dicho a nadie que me alojo en este hotel. Estamos aquí de vacaciones y no me apetecería nada tener que atender a los medios de comunicación.

La recepcionista, con esa gracia que caracteriza a las andaluzas, se acercó a ellos inclinándose sobre el mostrador y habló con un tono de voz rebozado en un halo de misterio.

- Los empleados de este hotel somos como muertos vivientes tumbados en un ataúd. ¡Vemos, oímos y callamos!

Por algún motivo, Adrián no la había estado mirando a los ojos mientras ella hablaba. Su vista se había descolgado hacia zonas más prominentes de su cuerpo. Cuando la joven volvió a erguirse, se dio cuenta de que un botón de la camisa de su uniforme se le había desabrochado. Apenas cubiertos los pezones con un sujetador semitransparente, y realzados por la presión que ejercía el peso de su cuerpo sobre el mostrador, había estado exhibiendo sus exuberantes pechos en toda su magnificencia.

Levemente ruborizada, pero con una sonrisa más que sugestiva, se abrochó el botón sin apartar su mirada de los ojos brillantes de Adrián, quien le correspondió con otra sonrisa cargada de complicidad.

Aunque todo había sucedido muy deprisa, Alberto Torres captó todos los fotogramas de la escena. Esa sonrisa en los labios de Adrián era totalmente diferente a aquella mueca misteriosa, aquel extraño gesto con el que lo recibió al llegar a Fregenal de la Sierra.

Con la velocidad que adquieren los pensamientos en determinadas situaciones, Alberto pensó en aquel momento: *“Al menos por esa única sonrisa, ya ha merecido la pena hacer este viaje a Huelva”*.

Aquella expresión en la cara de su hermano revelaba, inequívocamente, que durante unos segundos había conseguido olvidar las humillaciones provocadas por la hija de la viuda. La manifiesta connivencia de aquel cruce de miradas entre su hermano y la recepcionista hacía que en su mente girasen las ideas a la velocidad del rayo.

- Mi hermano y yo vamos a ir ahora a cenar –dijo Alberto-. Un joven muy amable que trabaja en la cafetería de El Corte Inglés nos ha indicado que, no muy lejos de aquí, por la zona antigua de la ciudad, hay un bar-restaurante que se llama “La Abundancia”, donde sirven unas raciones de coquinas y de fritos variados de pescado muy fresco.

- ¡Sí! ¡Lo conozco! –le interrumpió Lourdes-. Yo he ido muchas veces, porque, además, está muy bien de precio.

- Y luego –continuó Alberto- nos gustaría ir a tomar unas copas a algún sitio de ambiente. ¿Podrías indicarnos alguno que esté bien?

- ¡Por supuesto! –contestó como si se alegrase-. Aquí en Huelva hay una discoteca muy conocida que se llama Cochabamba. Precisamente mis amigas y yo vamos a ir luego por allí.

El brillo en los ojos de Adrián se acrecentó de manera fulgurante, desvelando una recíproca alegría cuando su mirada volvió a cruzarse con la mirada de la recepcionista.

- Pues estaríamos encantados de invitaros –sugirió Alberto-. Nosotros no conocemos a nadie aquí en Huelva.

- ¡Por mí encantada! –aceptó inmediatamente-. Pero yo no llegaré antes de las dos. Mi relevo hoy no viene hasta las once. Y luego tengo que ir a casa para cenar y cambiarme de ropa. Además, hasta esa hora no empieza a animarse la discoteca.

Adrián descuartzizó su silencio de forma impulsiva obviando su timidez.

- Nosotros no tenemos ninguna prisa. Estamos de vacaciones.

- ¡Estupendo! ¡Entonces, si os parece, luego nos vemos allí! –exclamó Lourdes luciendo su coqueta sonrisa.

- ¡Pues allí nos veremos! ¡Hasta luego! –se despidieron y salieron del hotel. Comenzaba a llover. Eran gruesos goterones que formaban pompitas barrigudas en los charcos presagiando un chaparrón. A lo lejos relucían tímidos relámpagos. Se acercaba una tormenta. Alberto sugirió que fuesen en el deportivo.

Cuando se disponían a subir al coche, Adrián gritó:

- ¡Maldita sea!

- ¿Qué ocurre? –se asustó Alberto.

- Esta rueda está pinchada. La trasera izquierda.

- Pues vamos a cambiarla cuanto antes si no queremos mojarnos mucho.

Adrián abrió el maletero bajo la atenta mirada de Alberto. El policía esperaba impaciente la reacción de su hermano cuando, al levantar la alfombrilla, quedasen al descubierto los guantes ensangrentados. Pero al retirarla vio que no estaban allí. En algún momento de descuido por su parte Adrián los habría tirado sin que él se percatase. Pero no le interesaba reconocer ante su hermano que el martes le había registrado el coche.

- ¿No llevas un par de guantes para estos casos? –preguntó Alberto con la esperanza de que sólo los hubiese cambiado de sitio.

- ¡No! Ya había pensado en comprarlos, pero siempre se me olvida –mintió su hermano una vez más.

Adrián cogió el gato y la herramienta para desmontar la rueda. Posicionó la llave en una de las tuercas, pero, al presionar, la herramienta se descolocó desprendiéndose de su sitio, haciendo que su mano izquierda se golpease violentamente, con toda la fuerza de su fornida musculatura, contra un adoquín aristado que sobresalía levemente del pavimento. Sus dedos índice, medio y anular sufrieron un profundo corte que le caló hasta los huesos por el fuerte traumatismo.

- ¡Mierda! –gritó-. ¡Joder, qué porrazo! ¡Acércame un trapo que hay ahí en el maletero!

- ¿Qué te ha pasado? –preguntó Alberto soltando en el suelo la rueda de repuesto.

- Que me he cortado los dedos con ese puto adoquín.

- ¡Toma! –le acercó el trapo-. ¡Límpiate para que veamos la profundidad del corte!

Las heridas eran considerables. La sangre brotaba escandalosamente.

- ¡Presiona el trapo con fuerza para parar la hemorragia! –dijo Alberto-. Voy a cambiar la rueda y luego nos acercaremos a un hospital para que te den unos puntos de sutura. Entra en el coche. Tampoco es necesario que nos pongamos los dos pingando con esta lluvia.

Alberto llevó a cabo la operación del cambio de rueda. Antes de subir al deportivo obtuvo información de un transeúnte sobre la situación del hospital público más cercano. Luego arrancó el motor y aceleró a fondo por la Avenida de Andalucía.

- El hospital no está muy lejos –dijo intentando tranquilizar a su hermano.

Adrián, sentado a su derecha, no paraba de soltar exabruptos y maldiciones mientras presionaba fuertemente el trapo sobre las heridas de sus dedos.

Cinco minutos después llegaban al Hospital Juan Ramón Jiménez. La lluvia empezaba a arreciar. En el servicio de urgencias llevaron a Adrián a una sala de curas. Alberto se quedó en la ventanilla del Servicio de Admisión para facilitar los datos de su hermano. Luego se dispuso a esperarlo sentado en una bancada de la sala de espera.

Mientras esperaba, se entretuvo contando las personas que estaban allí. Con él sumaban dieciséis. A su lado había una mujer de mediana estatura que tendría casi sesenta años. Su apariencia era de pordiosera. Pero su ropa, aunque muy gastada, se veía limpia. La señora giró su cabeza hacia él y con una voz muy dulce le preguntó:

- ¿Qué le ocurre a usted?

- A mí nada –dijo Alberto Torres-. Es a mi hermano.

- ¿Y qué le ha pasado a su hermano?

- Se ha cortado los dedos cuando intentaba cambiar una rueda pinchada del coche.

- ¿Y dónde están? –preguntó la mujer con cara de asombro.
- ¿Quiénes?
- Me refiero a los dedos. ¿No ha dicho usted que se los ha cortado?
- ¡Discúlpeme señora! Lo que he querido decir es que se ha hecho un corte profundo en los dedos. Pero aún los conserva en su mano.
- ¡Ah, bueno! Entonces le darán algunos puntos y listo. En este hospital hay unos médicos que cosen mejor que una modista. Usted tranquilo, ya verá cómo le queda una cicatriz preciosa. ¡Vamos, que ni Vitorio y Luquino rematan las puntadas como los médicos de aquí!
- ¡Eso espero! –exclamó Alberto sonriendo.

El acento de la mujer no era onubense, ni tan siquiera andaluz. A pesar de su apariencia, el timbre de su voz le daba un cierto aire de distinción. Escuchándola, Alberto Torres se la imaginaba como una aristócrata venida a menos, a mucho menos en este caso. La mujer, mientras hablaba, se miraba intermitentemente los dedos de sus manos. Los estiraba. Se los frotaba. Con las uñas de unos dedos procuraba arañar algunos restos de suciedad que tenía en las uñas de los otros. Luego entrecruzaba los dedos de las dos manos y los apoyaba sobre su regazo. Y vuelta a empezar.

Las otras catorce personas mantenían siete conversaciones diferentes. Eran siete pares de interlocutores cuchicheando. Todos hablaban en voz baja, y, en conjunto, formaban un murmullo ininteligible.

-¿Y a usted qué le ocurre? –se interesó Alberto Torres por la mujer.

- A mí nada.

- También estará esperando a algún familiar... ¿no?

- No.

- ¿Entonces? –se extrañó.

- ¡Pues verá usted! Yo vivo en una pequeña casita muy cerca de aquí. Siempre la tengo muy limpia y muy ordenadita. Cuando no llueve mucho puedo controlar las goteras, pongo un cubo por aquí, otro por allá, y todo arreglado. Pero cuando veo que la lluvia va a caer con fuerza vengo a refugiarme aquí. Y hoy presiento que la noche va a estar muy movidita. Además –continuó hablando en voz baja y misteriosa, inclinando su cuerpo

hacia él-, esta noche, aunque no podamos verla por la tormenta, es noche de luna llena, y estas noches son las preferidas por los asesinos. Yo, las noches de luna llena, aunque no llueva, también vengo a refugiarme aquí.

Alberto Torres, mirándola a los ojos, adivinó que aquella mujer no estaba muy bien de la cabeza. El sabía que aquella noche no habría luna llena. La luna había brillado en todo su esplendor el domingo anterior, cuando jugaba al escondite entre las torres del castillo medieval de Fregenal de la Sierra. Pero las palabras susurrantes y misteriosas de aquella extraña mujer consiguieron enervarle el vello de su piel. Inmediatamente pensó en Adrián. En su mente se iluminó el recuerdo de su cara desencajada aquella noche en la Casa de Campo.

Su teléfono móvil sonó en ese instante acallando las ocho conversaciones en la sala de espera. Alberto Torres pidió disculpas y salió a la calle. Era Nacho. Acababa de regresar de un viaje al extranjero. Había visto la nota que le dejó Alberto antes de salir hacia Fregenal de la Sierra. Llamaba para felicitarlo por su brillante actuación en el caso del Degollador de Madrid, y para que le informase de la fecha de su regreso.

Nacho era su compañero de piso. Cuando Alberto Torres se afincó definitivamente en Madrid, pensó que no sería mala idea compartir su apartamento con alguien, pero alguien de su mismo sexo, por supuesto, porque Alberto, aunque nadie lo sabía excepto Nacho, era homosexual. Ambos llevaban muy en secreto su relación.

(Del diario de Iñaki)

... .. Esta mañana, conforme Carlos ha terminado de leer el último correo que ha recibido, su primera reacción no se hizo esperar. Cediéndome los folios exclamó:

- ¡Y encima resulta que es maricón! ¡Ese hijo de puta no se priva de nada! ¡La madre que lo parió! Y que me perdone la pobre señá Mariana...

Esta vez el periodista ha tardado menos tiempo en escribir un nuevo capítulo. Sólo han transcurrido cinco días desde que se recibió el anterior. Al parecer ha decidido pisar a fondo el acelerador de su pluma. Quizás en la próxima entrega empiece a iluminarse la luz al final del túnel, porque en este capítulo ha vuelto a quedarnos con la intriga, aunque ya nos haya desvelado la causa que propició el cambio de orientación del corte en el cuello de la víctima de Huelva.

Para mí, o ese periodista tiene mucha fantasía, o este es uno de esos casos en que la realidad supera a la ficción. Un inspector de policía homosexual, cuyo único hermano es un sanguinario violador asesino... ¡quién podría haberlo imaginado!

Le he devuelto los folios a Carlos y he ahondado en la última revelación del periodista.

- En los tiempos que corren, tampoco hay que extrañarse demasiado. El otro día leí en un periódico que un tal Ian Duncan Smith, un político en las filas del Partido Laborista, en Inglaterra, se ha declarado públicamente homosexual. Ahora ya hay mucha gente que sale del armario.

- ¿Del armario? De una nave industrial diría yo. Porque ya hay más homosexuales que perros descalzos. Y que conste que yo no tengo nada contra los homosexuales, pero Alberto Torres, concretamente, tiene una cuenta pendiente conmigo, por muy maricón que sea.

- Yo tampoco tengo nada contra los homosexuales –continué-. Ni creo que a nadie deba importarle la inclinación sexual de cada uno. Pero lo que sí me molesta es ese afán que tienen algunos de exhibirse como tales. A mí, personalmente, me resultan patéticas esas multitudinarias manifestaciones

en plena calle, en ese día que ellos llaman “*del orgullo gay*”. Porque yo también me siento muy orgulloso de ser como soy, pero nunca se me ha ocurrido montar toda esa parafernalia para manifestarlo.

- ¡Si fueses homosexual posiblemente pensarías de otra manera! –exclamó mi compañero de celda-. Yo conozco a uno que antes no lo era, o al menos no lo demostraba, pero una noche que iba pasado de copas le dio por probar y ahí lo tienes, divorciado, con tres hijos, y viviendo con un maromo que regenta una discoteca en Madrid. ¡Y pensar que yo lo conocía por ser un cliente asiduo de mis chicas...!

- ¿No lo dirás en serio? –le interrumpí extrañado.

- ¡Y tan en serio! –me aseguró Carlos-. Un día me encontré con él en la discoteca de su novio y me confesó lo arrepentido que estaba de no haberlo probado antes, porque así se habría ahorrado muchos disgustos y habría disfrutado mucho más de la vida. A partir de entonces, lo mismo se lo hacía con su mujer, que con mis chicas, que con el regente de la discoteca. Su esposa, cuando se enteró de sus aventuras heterosexuales, lo denunció y lo echó de su casa. Él alegó que continuaba amando a su mujer, pero de nada le sirvió. Ahora tiene que pasarle una pensión a ella y otra a sus hijos, y apenas le queda nada del sueldo. Menos mal que puede vivir a expensas del maromo que regenta la discoteca.

- No sé si ese tipo de comportamientos tendrá alguna denominación científica, pero yo a eso lo llamo “vicio”.

Carlos me contestó dándole un tono de solemnidad a su voz.

- Llámalo como quieras, pero historias como esa te podría contar muchas. Yo he estado muchos años viviendo de la noche y te puedo asegurar que en las noches de Madrid, a pesar de la oscuridad, se descubren muchas más cosas que a plena luz del día.

Esta tarde, sentado en el banco del patio, mientras Carlos daba su paseo habitual, yo no he parado de darle vueltas a esa conversación que mantuvimos por la mañana. Nunca había hablado de sexo con nadie en esta cárcel, aunque a veces haya sido objeto de miradas lascivas y de insinuaciones soeces. Sobre este tema, mis pensamientos siempre se

centran en Arantxa. Desde que nos casamos, e incluso antes, nuestras relaciones sexuales siempre mantuvieron una periodicidad envidiable. El sexo nunca fue motivo de discusión entre los dos. Aquí, en esta prisión, he podido constatar que el sexo no es una necesidad fisiológica vital. No conozco a nadie que haya muerto diagnosticado de castidad. Pero no me cabe ninguna duda de que en el sexo se encuentra el mayor placer corporal que nos brinda la naturaleza. Porque los placeres corporales del ser humano nos llegan a través de los sentidos, cada uno con su misión, oído, gusto, olfato, vista o tacto. Pero durante el acto sexual se conectan todos los sentidos a la vez, en una ebullición conjunta y contenida hasta el momento del orgasmo, ese momento de éxtasis casi sobrenatural. Sin embargo, el sexo tampoco es un placer que necesariamente tenga que ser compartido físicamente con tu pareja. Porque a veces, mientras me masturbo en las letrinas de la cárcel, en plena fantasía, con los ojos cerrados puedo ver a Arantxa disfrutando conmigo del mismo placer. Reverberan en mi mente las imágenes de su cuerpo entregado por entero a mí. Puedo oír sus gemidos al compás de los míos acelerándose rítmicamente hasta el momento de la eyaculación. Y ella lo sabe. Lo ha leído en mis ojos. Y yo sé que ella lo hace también en alguna cama lisiada por mi ausencia. Me lo ha dicho muchas veces con la mirada en la sala de visitas. Yo lo llamo hacer el amor a distancia. Aunque no deja de ser una triste forma de hacer el amor.

Abstrayéndome de mis pensamientos, Paco “el bestia” se sentó en el banco junto a mí.

- Estoy preocupado, Iñaki.

- ¡Qué te ocurre!

Le noté deprimido y desasosegado.

- Me quedan cincuenta y seis días para salir de la cárcel.

- ¡Enhorabuena! A mí me quedan todavía unos cuantos años –intenté animarlo.

- Sí, pero tú no llevas preso veinte años. Y dentro de cincuenta y seis días, precisamente dentro de cincuenta y seis días es mi cumpleaños. Voy a

cumplir cincuenta y uno. Y cuando salga por esa puerta no habrá nadie esperándome.

Paco “el bestia” fue condenado por varios delitos, entre ellos por asesinato. Mató a dos policías cuando fue sorprendido atracando una sucursal bancaria a principios de los ochenta del siglo pasado. Varios años después se fugó de la cárcel aprovechando unas obras de remodelación. Se enterró bajo los escombros en el volquete de uno de los camiones utilizando una caña de bambú hueca para poder respirar. Dos días después consiguieron detenerlo mientras intentaba atracar en un estanco. Un inspector de la policía secreta solía comprar tabaco allí.

- ¿Y no tienes familia? –me interesé.

- Sólo tengo un hermano. Pero está en Barcelona.

- ¿Trabaja allí?

- No, está en la Modelo. Lo encerraron hace dos años por narcotráfico.

- ¡Continúa! –bromeé -. El historial delictivo de tu familia parece bastante interesante.

Paco “el bestia” tenía la moral por los suelos.

- No hay mucho más que contar. Mis padres murieron cuando aún éramos muy pequeños. Nuestra vida siempre fue una continua rebeldía contra las normas. No nos gustaban los orfanatos con sus estrictos horarios y reglamentos. Siempre que podíamos nos escapábamos. Huíamos de todo, pero siempre hacia ninguna parte. La vida nunca nos regaló nada.

- Pues ahora tienes la oportunidad de rehacer tu vida. Aún tienes edad para ello. Ahora las instituciones públicas ofrecen un amplio abanico de posibilidades para la reinserción de los presos en la sociedad. Las cosas ya no son como antiguamente.

- La semana que viene –me informó- va a hablar conmigo una asistente social. Por lo visto tiene algunas ofertas de trabajo para mí. Supongo que será en alguna carpintería, que por algo llevo más de cinco años en el taller de esta cárcel.

- ¡Claro que sí, hombre! Todo irá bien, ya lo verás –le dije dándole unas palmaditas en su enorme espalda.

- ¡Ojalá! ¿Pero esos qué? –se refería a los de su grupo-. ¿Qué va a ser de ellos sin mí? En esta cárcel hay mucho vicioso empedernido. Y sin mi protección, mucho me temo que acabarán siendo pasados por la piedra.

Se estaba refiriendo a la vejación que habían sufrido algunos reclusos por parte de una pandilla de homosexuales degenerados. El cabecilla es un tipo casi tan fuerte como Paco “el bestia”. Le llaman Gusi, diminutivo de su nombre, Gumersindo. El verano pasado, el Gusi, ayudado por varios de sus incondicionales, se atrevió con uno de los protegidos de Paco “el bestia”, y éste, ni corto ni perezoso, se dio trazas y mañas para conseguir coincidir con el Gusi en el mismo horario de las duchas. Allí, después de darle una soberana paliza, le introdujo por el ano un tarugo de madera que había conseguido camuflar entre su ropa, desgarrándole las entrañas. Paco “el bestia” se pasó cuatro semanas incomunicado en un calabozo, pero el Gusi estuvo casi un mes sin poder sentarse en el retrete. Desde entonces, el Gusi y su pandilla no se acercan al grupo de Paco “el bestia”.

- Comprendo tu preocupación –le dije-, pero dentro de cincuenta y seis días tus funciones de protector en esta cárcel habrán terminado. Tus amigos tendrán que buscarse a otro recluso que los defienda. Es ley de vida. En la cárcel, como fuera de ella, siempre hay protectores y protegidos. Tienes que empezar a mentalizarte de que vas a iniciar una nueva etapa de tu vida fuera de esta cárcel, donde conocerás a gente diferente y harás nuevas amistades.

Carlos se acercaba al banco. Paco “el bestia”, influenciado por lo que le dije acerca de la psicopatía de mi compañero de celda, y por las tensas conversaciones que habían mantenido en el comedor, prefería coincidir con él lo menos posible. Se levantó terminando la conversación antes de alejarse.

- Mis verdaderos amigos están todos aquí. Ahí fuera sólo tengo a un hermano. Pero tampoco está fuera.

El timbre acaba de avisarme de que ya va siendo hora de dejar de escribir. Pero antes de hacerse la oscuridad, Carlos se ha sentado en la cama y ha extraído del bolsillo de su camisa un papel envuelto en una de las servilletas

de un solo uso que nos dan en el comedor. Es una cuartilla con muchas dobleces. Está manchada de aceite. La ha desplegado y, después de examinarla, me la ha entregado diciendo:

- Tenías razón. Esos tipos vienen a por mí.

En la cuartilla aparece pintado un muñeco con la fisonomía de Carlos. En su tórax han dibujado una diana.

- ¿Quién te ha dado este papel tan manchado de aceite?

- Lo encontré debajo del filete de pollo empanado, en la bandeja de la cena.

- Pues tendrás que andarte con mucho ojo –le he advertido-. Esa gente no suele bromear. Ten en cuenta que, a pesar de ser unos pobres diablos que no tienen donde caerse muertos, actúan bajo la influencia de unos ideólogos sin escrúpulos. Unos ideólogos que les tienen absorbido el cerebro para que no vean más allá de sus ensangrentadas pestañas.

Carlos no me ha contestado. Se ha limitado a mirar por la ventana. Me ha dado la impresión de que no ha tenido muy en cuenta mis advertencias sobre los terroristas. Y eso me preocupa... ...

Capítulo XII

La tormenta se desataba con fuerza sobre Huelva. Alberto finalizó su conversación telefónica con Nacho y se disponía a sentarse nuevamente en la sala de espera, junto a aquella extraña mujer de misteriosas predicciones. En ese momento Adrián salía de la sala de curas. Le habían colocado un aparatoso vendaje en los dedos de su mano izquierda.

- ¿Cómo estás? –se acercó a él.

- ¡Ya ves! El médico me ha dicho que he tenido mucha suerte. Por lo menos no me he roto ningún hueso. Pero puntos me han dado un buen puñado.

- Si te duele mucho podemos cenar en el hotel y nos olvidamos de salir esta noche.

- ¡No! –exclamó impulsivo-. Además, ya hemos quedado con la recepcionista en la discoteca.

- Todavía podemos anular la cita. Cuando lleguemos al hotel, a esa joven aún no la habrán relevado.

Adrián deseaba ver a Lourdes fuera del hotel. La mirada que le había dedicado mientras se abrochaba el botón de la camisa de su uniforme se le había quedado grabada en su retina como algo muy especial. Y la anestesia local que habían utilizado para suturarle las heridas mantendría su efecto durante varias horas. Además, no quería aguarle la noche a su hermano más de lo que ya estaba consiguiendo la tormenta.

- Tampoco me duele tanto –dijo-. Yo prefiero que hagamos lo que habíamos pensado.

La misteriosa mujer se levantó de su asiento para acercarse a ellos.

- ¿Este mozo tan fuerte y tan guapo es su hermano? –le preguntó a Alberto.

- ¡Sí señora! ¡Ya nos vamos!

- ¡Hala! Pues me alegro que le hayan curado tan pronto –le dijo a Adrián-. Ya le estaba yo diciendo a su hermano que los médicos de este hospital cosen de maravilla. La pena es que se haya dañado su mano buena. Pero no se preocupe, con la derecha también puede hacer muchas cosas.

- ¿Y quién le ha dicho a usted que yo soy zurdo? –se extrañó Adrián.

- Nadie. Lo he adivinado por los cordones de sus zapatos. Esos lazos están hechos con la mano izquierda, lo mismo que los de su hermano.

Ambos agacharon la cabeza al unísono para comprobar ese detalle.

- Pues que Dios le conserve la vista, señora –masculló Adrián.

- Y a usted la cordura.

- ¿A qué se refiere? –intervino Alberto.

- La mirada de su hermano proyecta un gran sufrimiento –adivinó la mujer-. Veo algo en sus ojos que le produce una enorme inquietud. Una tormenta de energía negativa que no puede controlar. Un dolor intenso que le carcome las entrañas.

- ¡Tormenta la que tenemos encima, señora! –la interrumpió Adrián con un tono de irreverencia-. Y dolor... ¡como para no tenerlo!... ¿aún no se ha enterado de que casi me parto los dedos?

- No me refiero a ese dolor exactamente –dijo la mujer mirándole a los ojos. Alberto consideró llegado el momento de terminar aquella conversación. Los motivos de su estancia en Huelva eran, precisamente, los problemas psíquicos de Adrián. Pero no habían ido hasta allí para que alguien desconocido se los sonsacara y los airease como algo público. Aquel era un asunto privado entre Adrián y él. Se trataba de que, en la más profunda intimidad fraternal, su hermano aceptase sus frustraciones y sufrimientos para darle un cerrojazo definitivo a sus instintos asesinos y a sus conductas criminales. Y para que afrontase la vida con nuevas y renovadas energías.

- ¡Mucho gusto en conocerla, señora! –dijo Alberto-. Pero tenemos que irnos. Espero que su casa no se anegue demasiado esta noche. ¡Vamos Adrián!

- ¡Adiós, señora! –se despidió su hermano.

- ¡Que Dios le guarde! Y confío en que le dé fuerzas para que consiga encontrar esa paz espiritual que necesita. Porque los rencores en esta vida no son más que cerraduras que tendrá que ir abriendo para llegar a la otra, a la verdadera vida, a la vida eterna y espiritual que nos aguarda en el más allá...

Salieron del hospital dejando a la mujer con la palabra en la boca. Alberto arrancó el deportivo para encaminarse hacia el restaurante “La Abundancia”. Entraron en la Avenida de Andalucía en dirección al centro de Huelva.

- ¿Quién es esa mujer? –preguntó Adrián.

- No sé. La he conocido en la sala de espera.

- No parece que esté muy bien de la azotea ¿no crees?

Alberto aprovechó ese comentario de su hermano para tirar nuevamente del hilo de la madeja.

- Es una mujer muy extraña. Me da la impresión de que ha debido sufrir mucho en la vida. Quizás, por su propia experiencia, haya acertado de pleno al respecto de tu energía negativa.

- ¿Mi energía negativa? ¿A qué leches te refieres?

Alberto, disminuyendo la velocidad del coche, giró la cabeza hacia su derecha para ver la expresión en el rostro de Adrián.

- A la Angelines, la hija de la Felisa, ¿a quién coño me voy a referir?

- ¿Y qué tiene que ver la Angelines con las memeces que ha soltado esa vieja?

- Estoy de acuerdo contigo en que esa mujer no debe estar muy bien de la cabeza, pero parece innegable que es una observadora extraordinaria. Con los cordones de los zapatos creo que nos lo ha demostrado suficientemente. Sin embargo, no hace falta ser un experto observador para darse cuenta de tu estado anímico. Esa Angelines te ha hecho mucho daño, pero tú eres aún muy joven, y mujeres las hay a puñados. Lo que tienes que hacer es olvidarla de una vez por todas y encarar la vida con nuevas ilusiones.

La tormenta explotaba con toda su rabia sobre la ciudad. Entraban en la Avenida Pablo Rada pasando por delante del hotel para adentrarse en el casco antiguo de Huelva. Adrián levantó la voz.

- ¿Ilusiones? ¿Y qué ilusiones crees tú que puedo tener en un mundo donde las mujeres no hacen otra cosa más que despreciarme?

- Pero todas las mujeres no son iguales.

- Si en el pueblo son todas iguales, ¿por qué no habrían de serlo en el resto del mundo? ¡Dame un sólo motivo para que eso no sea así!

Alberto intentó calmarlo.

- ¡Tu madre, por ejemplo!

- ¡No mentes a madre! –se desahogaba Adrián-. Ella es una mujer y, como tal, es igual que todas las demás.

- ¡No te consiento que hables así de madre! –le recriminó-. Ella te quiere y me consta que siempre ha deseado lo mejor para ti.

Adrián empezó a perder la compostura.

- ¿Lo mejor para mí? Pero si ella nada más que ha tenido siempre ojos para ti, para el su Albertino, el ejemplo de estudiante, el famoso inspector de policía. A mí siempre me ha tratado como a un trasto inservible. ¿O es que tú no sabes que yo soy para ella como una maldición, esa hija que siempre quiso tener y que nunca tuvo? ¡Hasta en eso soy el garbanzo negro de la familia!

- Creo que estás muy confundido –Alberto intentaba mantener la calma-. Pero, aún aceptando la remota posibilidad de que madre haya tenido cierta predilección por mí, no hay nada que te otorgue derecho alguno sobre la vida de ninguna mujer.

Adrián, por su estado de excitación, no se percató de la directísima indirecta que llevaba intrínseca esa afirmación de su hermano buscando su confesión.

- ¿Y sobre mi vida, qué? –el volumen de su voz se había convertido en grito-. ¿Quién le ha otorgado a ninguna mujer el derecho sobre mi vida? ¿Qué ley las ampara para que me desprecien y me traten como a una badila? Ahora te cojo para remover las ascuas y calentarme, y luego te dejo tirado en la tarimilla para que veas cómo me caliento. ¡Las mujeres son los bichos más dañinos que hay sobre la tierra!

Alberto nunca había experimentado esas sensaciones que manifestaba Adrián. Sus únicas relaciones sentimentales las había mantenido con Nacho, y hasta ese momento habían funcionado a la perfección.

Detuvo el deportivo muy cerca de la puerta del restaurante. Habían tenido suerte. La lluvia caía copiosamente y en aquella calle siempre era difícil encontrar aparcamientos libres. A la vista del cariz que estaba adquiriendo la conversación, Alberto decidió otorgarle una tregua.

- ¡Bueno! Lo mejor será que cenemos y nos tranquilicemos un poco. Al parecer esta tormenta nos ha afectado demasiado a los dos.

- ¡Sí, eso! –dijo Adrián con ánimo de dar por zanjado el asunto-. Vamos a cenar que tengo hambre.

También tuvieron suerte al entrar en “La Abundancia”. Siempre solía haber gente esperando mesa. Pero aquella noche, seguramente por la tormenta, encontraron una libre.

Adrián, para beber, había solicitado una coca-cola, sin embargo, ante la insistencia de su hermano sobre la agradable combinación entre lo amargo y lo salado, aceptó que les sirvieran una jarra grande de cerveza. Alberto consiguió que su hermano bebiese el doble que él. Pretendía ir calentando motores para endulzarle el pico a Adrián. El policía no había contado en un principio con la cita de Lourdes, pero, después de aquella escena en el mostrador de recepción del hotel, no pudo evitarla. Ahora confiaba en poder despistar a la recepcionista y a sus amigas cuando Adrián hubiese ingerido el suficiente alcohol. Necesitaba quedarse a solas con su hermano para rematar su confesión y sellar ese pacto de confidencialidad con él, para quedar enterrado para siempre el caso del Degollador de Madrid.

Durante la cena, Alberto, para facilitarle la comida a su hermano, troceaba las distintas clases de pescado frito que sirvieron en una enorme bandeja. Para las coquinas no necesitaba ayuda. Las comía con su mano derecha como si lo hubiese hecho durante toda su vida, mojando el pan en la salsa y haciendo comentarios alusivos a la exquisitez de su sabor.

Terminaron de cenar pasada la medianoche. Aún era pronto para ir a la discoteca. Adrián sugirió que hiciesen tiempo en el hotel. Aunque apenas se notaban, en el hospital le habían manchado la camisa con unas gotas de yodo y no quería acudir así a la cita.

Llegaron al hotel.

- Yo te espero en la cafetería mientras te cambias de camisa. Pero no tardes. Voy a pedir unas copas para ir animándonos. ¿Tú qué tomas?

- ¡Ron con coca-cola! –aceptó Adrián.

- ¿De qué marca lo quieres?

- Bacardí, por supuesto.

Alberto pidió en la barra de la cafetería el cuba libre para su hermano y una coca-cola para él. Sabía que luego tendría que beber algunas copas con Adrián y con la pandilla de Lourdes en la discoteca y quería mantenerse lo más sobrio posible para sus propósitos.

(Del diario de Iñaki)

... ..Era fácil de suponer. El gobierno español también lo intuía, pero, como suele ser habitual, era difícil de evitar. Todos sabíamos que responderían violentamente a las maniobras de los jueces para proceder a la ilegalización de las formaciones políticas que los apoyan. Los dos terroristas que anoche fueron víctimas de su propio explosivo, de su propia crueldad, no se merecían otro fin. La sentencia que los condenó a muerte había sido dictada por ellos mismos en un juicio tan fulminante como justo. Pero ese Cabo de la Guardia Civil, incauto y desprevenido ante una simple y explosiva pancarta, por poca simpatía que pueda yo sentir por las fuerzas de seguridad del estado español, a pesar de la protección que le están brindando a mi familia, ha muerto sin merecerlo. Ha pasado a engrosar la abultada lista de sinrazones criminales de las que se alimenta el conflicto. Un conflicto que no remitirá por otro camino que no sea el del convencimiento, porque esas ideologías radicales y violentas, heredadas genéticamente, no se pueden modificar por medio de una simple cirugía estética a los partidos radicales del País Vasco, como si de corregir una nariz aguileña se tratase.

Hoy los rostros de los terroristas encerrados en esta prisión expresan una animosidad agridulce. En apenas unas horas han experimentado las confrontadas sensaciones de fracaso y de éxito, batidas como en una coctelera llena de frustraciones y euforias.

Los guardias que se encargan de vigilar me están prestando una atención muy especial. Saben que uno de ellos fue quien apuñaló a Carlos, y temen, ahora más que nunca, por mi integridad física.

Esta tarde, en el banco del patio, Paco “el bestia” se sentó a mi lado para interesarse por el estado de Carlos.

- ¿Sabes algo de tu compañero de celda?

- Nicolás me ha dicho esta mañana que posiblemente hoy le den el alta en la enfermería –le informé.

- ¿Tan pronto?

- Carlos es un tipo fuerte. Y por lo visto la herida va cerrando sin complicaciones. Ha tenido mucha suerte.

- Más que suerte, yo lo llamaría un milagro –me dijo.

- Lo cierto es que sí. Un pinchazo por la espalda y a esa altura es muy raro que no afecte a ningún órgano vital.

Paco “el bestia” miraba hacia el grupo de terroristas que paseaban por el patio.

- ¿Ya has conseguido averiguar quién fue exactamente el que le dio la puñalada?

- No creo que importe demasiado cuál de los dos terroristas haya sido el autor material –le dije-. Carlos se mostró muy provocador con ellos el otro día, aquí, junto a este banco, pero lo hizo cara a cara, enfrentándose a ellos valientemente. Sin embargo, de gente de esa calaña sólo se podía esperar una respuesta así, por la espalda, a traición. Heridos en su arrogancia siempre actúan con comportamientos vengativos, enfundados en una cobardía despreciable.

- ¿Y qué actitud crees tú que va a adoptar ahora Carlos?

- Confío en que no intente hacer ninguna locura. Procuraré convencerlo para que se mantenga alejado de ellos.

- ¿Convencer a un psicópata? ¡Tú estás loco! – exclamó-. Yo en tu caso pediría que lo cambiasen de celda cuanto antes. Ya corres bastante peligro con esos tipos como para incrementarlo manteniéndote cerca de ese majareta.

- No te preocupes por mí. Los funcionarios me vigilan constantemente.

- Pero los guardias también cometen errores. Y tú no tienes ojos en la nuca. Debes tener mucho cuidado –me aconsejó.

Después de cenar, cuando he llegado a la celda, Carlos estaba esperándome sentado en su cama. Yo me he alegrado al verlo.

- ¿Cómo estás?

- Aún me duele un poco, pero ya estoy mucho mejor –me ha tendido su mano para estrecharla con la mía.

- Nicolás me ha tenido informado sobre tu evolución. Debes sentirte afortunado.

Carlos ha reaccionado ebrio de ira.

- ¿Afortunado? ¡Cuando coja a esos tipos van a saber de una puta vez quién es Carlos Expósito!

He intuido inmediatamente que no era el momento más adecuado para intentar convencerlo de que su actitud sólo le traerá más problemas. Y he cambiado de conversación.

- ¿Ha vuelto a escribirte el periodista?

- Sí. Ayer me llevaron el correo a la enfermería –me ha respondido más calmado.

Del bolsillo de su camisa ha extraído un sobre plegado que contiene un nuevo capítulo de la novela. Antes de cedérmelo me ha dicho con desánimo:

- Hoy es 24 de Septiembre. Hace cuatro meses que ese periodista empezó a escribir esta novela y aún no ha desvelado, ni por asomo, cómo piensa demostrar mi inocencia. Mucha literatura, mucho marear la perdiz, pero nada en concreto.

Desplegando los folios he intentado animarle.

- Pero al menos ya sabemos quién es el verdadero Degollador de Madrid.

Carlos se ha levantado lentamente poniendo en su cara un gesto de dolor, y colocando su mano izquierda sobre el costado herido se ha asomado a la ventana. Ya es noche cerrada. La luna debe estar escondida detrás de alguna nube.

- ¿Y de qué me sirve saber quién es el culpable si ese periodista no puede demostrarlo? En vez de perder tanto tiempo en describir con tanto detalle si los pechos de la recepcionista eran más o menos exuberantes, si esa vieja loca del hospital tenía muchas o pocas goteras en su casa, o si al hermano de Alberto Torres le gustaban o no le gustaban las coquinas, podría dedicarse a ir más directamente al grano ¡digo yo! Las navidades están cada día más cerca y yo voy a terminar comiéndome los polvorones en esta asquerosa cárcel.

He leído este duodécimo capítulo y he de admitir, en solidaridad con Carlos, que ese periodista le está dando excesiva coba a la novela. Aunque quizás piense así porque estoy bebiéndome esta historia a sorbos espaciados, encerrado en la misma celda con uno de los protagonistas principales, compartiendo día a día con él la injusticia y la indignación que supone estar encarcelado siendo inocente, respirando su misma angustia, su misma desesperación. De no ser así, y leída del tirón, seguramente la novela no me parecería tan larga, tan exasperante, tan agónica.

Le he devuelto los folios y he vuelto a cambiar de conversación.

- ¿Sabes que mañana van a homenajear al Director de esta prisión? Le van a conceder la Medalla del Ministerio del Interior como funcionario de prisiones destacado por su labor.

- Sí. Ya lo intuía desde hace un mes.

- ¿Desde hace un mes? –me he sorprendido.

- El mes pasado, cuando me mandó llamar a su despacho, me lo insinuó sutilmente en un alarde de vanidad.

- ¡Por cierto! ¿Y para qué te llamó? Nunca llegaste a contestar a mi pregunta.

- Quería saber si yo estaba al corriente de la investigación que está llevando a cabo el periodista. Por lo visto, la última vez que vino a visitarme aprovechó la ocasión para entrevistarse también con él. Yo enseguida me percaté de que ese corresponsal no le había ofrecido ningún detalle de su investigación, y por ese motivo, ante la intriga, intentó sonsacármelos a mí.

- ¿Y tú que le dijiste?

- Lo primero que se me ocurrió. Le dije que ese periodista había venido a verme para recabar unos datos que necesitaba para escribir un artículo en un periódico.

Uno de los guardias ha hecho sonar un silbato desde el fondo de la galería.

- ¿Qué significa eso? –ha preguntado Carlos extrañado.

- Ayer se estropeó el timbre. Al parecer aún no han dado con la avería.

Antes de que apaguen las luces quiero quedar escrita una idea que me ronda por la cabeza. Si realmente el propósito de ese periodista es el de

utilizar todos los datos que está escribiendo en su novela para demostrar la inocencia de Carlos, quizás no esté pecando tanto de fantasía en esos capítulos como nosotros suponemos. Además, los antecedentes familiares de la familia Torres son fundamentales para esclarecer el móvil de los asesinatos. Ese periodista tiene que ser alguien muy allegado a la familia, de lo contrario, ¿cómo podría saber todas sus interioridades? ¿Cómo podría psicoanalizar con tanto detalle a cada uno de los miembros de la familia Torres?... ..

Capítulo XIII

La lluvia había amainado en un amago de cese. Aquella primera tormenta se alejaba hacia el Este de Huelva mientras otra se aproximaba amenazante desde Portugal. En la lujosa cafetería del hotel, Alberto Torres no quería ahondar en la conversación que había mantenido con su hermano momentos antes de llegar a La Abundancia. Prefería mantener la tregua hasta conseguir que Adrián estuviese a punto de caramelo, cuando el alcohol empezase a hacer su efecto. Su único propósito era obtener esa confesión definitiva que necesitaba para cruzar las barreras psicológicas de su hermano, y arrinconar para siempre el caso del Degollador de Madrid confiando en la condena del proxeneta.

- Esa camisa que llevas es muy bonita.

Adrián lucía una preciosa camisa de seda, color mostaza.

- Me la regaló madre por mi cumpleaños –dijo restándole importancia con cierto tono despectivo.

- Pues hay que reconocer que madre tiene muy buen gusto ¿no te parece?

Adrián pensó que su hermano estaba decidido a retomar la polémica y reaccionó contraatacando.

- Los gustos de madre me la traen hoy al fresco. ¿O es que quieres fastidiarme la fiesta discutiendo toda la noche sobre lo mismo?

Alberto corrigió su desliz desviando la conversación, climatológicamente hablando, hacia la atormentada noche que se avecinaba.

- ¡Vaya nohecita! Se va una tormenta y viene otra. Espero que encontremos aparcamiento cerca de esa discoteca, porque a ninguno de los dos se nos ocurrió echar un paraguas al maletero cuando salimos de casa.

El joven camarero de la cafetería escuchó ese último comentario de Alberto y no dudó en informarles.

- En este hotel disponemos de paraguas de cortesía. Pueden ustedes solicitarlo en recepción.

- ¡Muchas gracias! Si sigue lloviendo cuando nos vayamos pediremos uno ¿no te parece Adrián?

- Por supuesto. No me apetecería acudir a la cita empapado como una sopa –contestó su hermano apurando el cuba-libre.

El reloj de la cafetería marcaba la una y diez.

- A esta hora, las discotecas de Huelva no suelen estar muy animadas todavía –continuó el joven camarero-. Si me lo permiten, y tal como se presenta la noche, les rogaría que aceptasen una invitación del hotel. Cuando ustedes quieran les relleno las copas.

Alberto no quería que su hermano averiguase que su bebida no contenía alcohol. Ese extremo sería contradictorio al comentario que le hizo antes de que subiera a la habitación para cambiarse de camisa.

- ¡Muchas gracias! –aceptó Alberto procurando evitar la nefasta intervención del camarero-. Nos sirve usted un ron con coca-cola a cada uno, si es tan amable. Pero cuando apuremos esa copa nos vamos, que aún nos queda mucha noche.

- ¿Y usted de qué marca lo quiere? –metió la pata el camarero.

- Pues de la misma que antes –Alberto encendió un cigarrillo y le guiñó el ojo-. Bacardí para los dos, por supuesto.

El camarero gesticuló con una mueca de confusión. Adrián no se percató. Estaba ensimismado contemplando los relámpagos a través del ventanal que daba a la Avenida Pablo Rada. La nueva tormenta estiraba sus roncros eructos a medida que iba tomando posiciones desde el Oeste de la ciudad.

Durante el tiempo que tardaron en apurar la segunda copa, el único motivo de conversación fue la escandalosa tormenta. Los dos hermanos, junto a otros dos clientes que había en ese momento en la cafetería, no tuvieron ningún reparo en admitir que aquel espectáculo climatológico era de unas proporciones exageradas. Todos coincidieron, como en un cónclave unánime, en que jamás habían presenciado un fenómeno atmosférico de semejante virulencia. Huelva parecía que iba a ser invadida por unas fuerzas sobrenaturales procedentes de otra galaxia. La lluvia caía a chuzos sobre los adoquines de la avenida. Los sumideros no daban abasto para tragar tanta agua.

Eran las dos menos cuarto de la madrugada. Adrián ya había apurado su segunda copa y se mostraba impaciente. No quería llegar tarde a la cita con Lourdes y apremió a su hermano para que saliesen hacia la discoteca.

- Es tarde. Deberíamos irnos.

- ¡Tendremos que esperar a que pase la tormenta! –exclamó Alberto sin disimular su recelo ante tan majestuosa exhibición de la naturaleza.

- ¿No me digas que le tienes miedo a las tormentas? –le picó Adrián reiterando su impaciencia.

Alberto aprovechó para tirar nuevamente del hilo de la madeja. Ese último hilo que no había llegado a romperse a pesar del paroxismo de Adrián en la discusión que mantuvieron antes de llegar al restaurante.

- ¿Miedo yo? –miró con templada agresividad a los ojos de su hermano-. Si no tengo miedo a los violadores y asesinos en serie ¿qué te hace pensar que puedo tenerle miedo a una tormenta?

Adrián esquivó su mirada evitando entrar al trapo. Se giró precipitadamente hacia la puerta de la cafetería que daba acceso a la recepción del hotel haciendo un ademán de impaciencia.

- ¡Entonces! ¿A qué estamos esperando? ¡Vámonos ya!

Alberto dejó su cuba-libre a medias sobre el mostrador y extrajo del bolsillo las llaves del deportivo.

- ¡Muchas gracias! Y buenas noches a todos... ¡por decir algo! –se despidió saliendo detrás de Adrián.

El camarero y los otros dos clientes le correspondieron con un leve movimiento de manos sin desclavar la vista del ventanal.

En el mostrador de recepción le hicieron entrega de un paraguas de cortesía y salieron del hotel. Bajo la loneta impermeable del paraguas el chaparrón producía un ruido ensordecedor. Los goterones se estrellaban contra los charcos del acerado salpicándoles los zapatos. Llegaron al deportivo con ellos empapados. El limpiaparabrisas no conseguía desaguar el cristal delantero con la eficacia suficiente. Hicieron el giro en la rotonda que había frente al hotel y bajaron hasta la Avenida Martín Alonso Pinzón, donde se encontraba la discoteca Cochabamba.

Como habían supuesto, cerca de la discoteca no había ningún aparcamiento libre. Tuvieron que aparcar el deportivo en la Alameda Sundheim, junto al Hotel NH Luz. Recorrieron los trescientos metros de distancia resguardados bajo el paraguas y sorteando los charcos que crecían desmesuradamente. Bajo los soportales del edificio donde se ubicaba la discoteca comenzaban a aglutinarse pandillas de jóvenes con evidentes muestras de querer divertirse hasta el amanecer. En los corrillos que se formaban junto a la entrada, el tema principal de conversación se centraba en la majestuosa tormenta que se acoplaba en el cielo de la ciudad.

Los dos hermanos cruzaron la puerta de la discoteca y adquirieron los tickets de consumición. Alberto dejó su cazadora en el guardarropas, junto a la taquilla. Adrián prefirió no despojarse de la suya. Luego bajaron las escaleras que conducían hasta la pista de baile y se posicionaron en la barra de la derecha, muy cerca de la cabina del pincha-discos. La sala comenzaba a llenarse de jóvenes preciosas, todas ellas ataviadas con vestimentas atrevidas.

Adrián llamó inmediatamente la atención de uno de los camareros para que les sirviera dos cuba-libres de ron con coca-cola. En la semioscuridad de la discoteca, Alberto vislumbraba en los ojos de su hermano que el alcohol ingerido comenzaba a hacer mella en su comportamiento. Las maneras que utilizó para requerir la presencia del camarero no eran las propias de una persona tan retraída como él.

El volumen de la música obligaba casi a gritar para mantener una mínima conversación inteligible. Alberto, disimulando sus pretensiones y para intentar afianzar la confianza de su hermano en él, le dijo en voz alta cerca de su oído:

- No es mi intención controlarte las copas que vayas a beber esta noche, y por dinero que no sea, pero esta ya es la tercera y aún tendremos que tomar algunas copas más con Lourdes y su pandilla.

- Para una jodida vez que salimos de fiesta juntos espero que no me des demasiado la barrila, hermanito. Además, la idea de salir esta noche no fue mía. ¿O es que tú no tienes ganas de divertirte? –vociferó Adrián

colocándole su mano vendada sobre el hombro y contoneando levemente sus caderas al ritmo de la música.

Alberto sonrió, encendió un cigarrillo y dio un sorbo a su cuba-libre mientras imitaba a su hermano en el contoneo.

- ¡Por supuesto que quiero divertirme! –mintió en aquel instante.

La discoteca engullía una riada de juventud. Adrián se mostraba inquieto. Miraba a cada momento hacia las escaleras atiborradas de gente que bajaba desde la entrada. Confiaba en que Lourdes y sus amigas apareciesen de un momento a otro. Con cuatro sorbos había apurado más de la mitad de su copa. Alberto aún mantenía la suya casi intacta.

Adrián no se había apercibido de las miradas que el camarero le estaba dedicando a su hermano, ni de que Alberto le correspondía con una extraña sonrisa exenta de rubor alguno.

Por fin, la recepcionista del hotel, acompañada de tres amigas se acercaba a ellos. Lourdes lucía un corto y fascinante vestido color burdeos, ceñido como un guante a su esbelto cuerpo hasta la altura de los muslos. Exhibía un amplio escote que mostraba el canalillo de sus pechos con sobrada generosidad. Su larga cabellera morena la llevaba suelta y desenredada cubriendo toda su espalda, nada que ver con el aspecto formal que ofrecía con su uniforme y con aquel moño tras el mostrador de recepción del hotel. Lourdes los saludó ofreciéndoles sus mejillas. Alberto le tendió cortésmente su mano rehusando besarla, pero Adrián posó los labios en las comisuras de los suyos haciendo un esfuerzo para controlar su excitación.

- ¿Qué te ha ocurrido en la mano? –se interesó ella.

- Un pequeño accidente. Me he cortado con el filo de un adoquín cuando intentaba cambiar una rueda pinchada de mi coche. Me han dado unos cuantos puntos en el hospital.

- ¿Y no te duele?

- Un poco. Pero no te preocupes, estoy bien.

La recepcionista hizo las presentaciones oportunas. Sus amigas se llamaban Ana, Sara y Raquel, unas jóvenes aparentemente encantadoras.

El camarero las saludó desde detrás del mostrador.

- ¡Hola chicas! ¿Qué vais a tomar?

- ¡Hola Buba! Para mí lo de siempre –dijo Lourdes.

¿Buba? –pensó Alberto- *¿A qué nombre corresponderá ese apelativo?*

- ¿Y vosotras? –preguntó Buba a las amigas de Lourdes mirando intermitente e insinuantemente a Alberto.

- Lo mismo que Lourdes –dijeron las tres al unísono.

Todas tomarían crema de whisky con hielo. Adrián pidió al camarero que le rellenase el vaso con un nuevo cuba-libre. La copa de Alberto aún estaba por la mitad.

Cuando apenas habían dado el primer sorbo, un joven bastante atractivo, con una larga melena recogida en una coleta, se acercó a Lourdes por detrás asiéndola del brazo con decisión. Le dijo algo al oído. Ella pidió disculpas y se alejó con él varios metros ante las caras de extrañeza de sus amigas.

Adrián no ocultó su mosqueo.

- ¿Quién es ese tipo?

- Se llama Pablo –dijo Ana-. Hasta hace dos semanas era el novio de Lourdes.

- ¿Y vosotras tenéis novio? –intervino Alberto.

- No –contestó Raquel-. Pero tenemos muchos y muy buenos amigos.

Sara se acercó a Alberto para colocar su vaso sobre la barra e iniciar una conversación con él.

- ¿Tú eres el famoso policía que ha conseguido detener al Degollador de Madrid?

Alberto encendió un cigarrillo y miró a Adrián antes de contestar.

- ¡Presunto degollador! Ten en cuenta que aún no ha sido juzgado. Aunque a mí no me cabe ninguna duda.

Adrián no estaba atento a aquella conversación. Estaba pendiente de Lourdes. El joven de la coleta discutía con ella haciendo aspavientos con las manos, como pretendiendo convencerla de algo. Ella daba la impresión de no querer dar su brazo a torcer. Finalmente, Lourdes hizo un expresivo

gesto para dar por zanjada la discusión y se alejó de él quedándolo con la palabra en la boca y con cara de pocos amigos.

Sara se distanció del grupo para abordarla y curiosear.

- ¿Qué te quería Pablo?

- Lo de siempre –dijo Lourdes-. Pero a mí no me convence. Ese guaperas imbécil se cree que yo soy tonta, pero conmigo lo lleva claro.

Ana y Raquel pidieron disculpas y se distanciaron para saludar a unos amigos que acababan de descender por las escaleras. Sara y Alberto retomaron su charla saltando de un tema a otro en animado diálogo, aunque él, de vez en cuando y sin que ella se apercibiese, giraba la cabeza para cruzar su mirada con la del camarero, quien le correspondía con disimulo.

Adrián entabló inmediatamente una divertida conversación con la recepcionista del hotel. Desde el umbral de su embriaguez, veía en Lourdes a un amor incipiente, a esa chica ideal que estaría dispuesta a cualquier cosa por él. Los efectos del alcohol no le permitieron percatarse de que ella estaba representando su papel en su particular obra de teatro. Lourdes había advertido en Adrián su flagrante admiración por ella y aparentaba divertirse con él a sabiendas de que estaba siendo vigilada por Pablo, hacia quien dirigía disimulada y esporádicamente su mirada para observar sus reacciones.

Lourdes estaba locamente enamorada de Pablo. Ambos tenían la misma edad y eran novios desde la adolescencia. Pero últimamente él se venía comportando de una forma muy extraña. A Lourdes la habían informado de que los fines de semana que ella trabajaba en el turno de noche en el hotel, él iba a la discoteca y se mostraba excesivamente cariñoso con otras chicas asiduas al local. Y ella no estaba dispuesta a ser el hazmerreír de sus amigas. Quería que él recapacitase y le demostrase su fidelidad. Y ahora, desde la otra barra de la discoteca, Pablo observaba cómo Lourdes se divertía con Adrián. Su mal comportamiento durante los últimos meses le remordía las entrañas. Él también estaba locamente enamorado de ella y quería recuperarla antes de que sucediese algo que enturbiase aún más su relación.

Lourdes, para hurgar en la herida abierta de Pablo, animó a Adrián a salir a la pista para bailar un conocido merengue con ritmo tropical. En el centro de la sala, sin perder de vista los gestos de Pablo, ella se contoneaba insinuante, permitiendo que su compañero de baile la rodeara con sus brazos, dejándose llevar por la animosidad del ritmo de la canción y por la engañada creencia de Adrián, quien soñaba ya con saborear aquella noche las delicias de aquel jugoso cuerpo de mujer, sin percatarse de la excelente actuación teatral que representaba Lourdes.

Pero Pablo sí adivinó su juego. Lo descubrió en la mirada de Lourdes. Se armó de valor y salió a bailar con Judith, una joven conocida por su promiscuidad con los asiduos a la discoteca. La actuación de Pablo superó con creces la representación de Lourdes. Abrazó a Judith por la cintura y la fundió literalmente con su cuerpo. Sus piernas se entrelazaban con los preciosos muslos de su pareja de baile girando al compás de la música. Judith rozaba sus labios con las mejillas de Pablo en un besuqueo intermitente. Lourdes no pudo soportar la tensión. Odiaba a Judith porque sabía que era una de las protagonistas en las juergas nocturnas de Pablo, cuando ella trabajaba en el hotel los fines de semana. Le hizo un gesto a Adrián y ambos abandonaron la pista de baile para acercarse de nuevo a la barra. Alberto, que alternaba su atención entre las miradas de Buba y el comportamiento de su hermano, encendió otro cigarrillo e interrumpió su conversación con Sara.

- Lo estabais haciendo muy bien. ¿Por qué habéis dejado la canción a medias?

Lourdes forzó una sonrisa.

- Es que hoy estoy un poco cansada. Esta tarde he tenido mucho trabajo en el hotel.

Sara se giró hacia Lourdes y le habló al oído:

- ¿Has visto con quien está bailando Pablo?

- ¡Sí! ¿Me acompañas al servicio?

- ¡Por supuesto!

- ¡Vamos al lavabo! ¡Enseguida volvemos! –exclamaron ambas a la vez.

Eran las tres y media de la madrugada. Adrián apuró su copa y volvió a llamar al camarero. Alberto también se estaba animando y deseaba que Buba se acercase. Aquellos cruces de miradas le habían producido un escalofriante cosquilleo en el estómago. Llevaba dos semanas sin mantener relaciones sexuales, desde que Nacho, su compañero sentimental, se había ido al extranjero, una semana antes de que él emprendiese su viaje a Fregenal de la Sierra.

Alberto nunca le había sido infiel a Nacho. Pero en Huelva, a cientos de kilómetros de distancia, y con alguien como Buba, un portento de hombre joven y musculoso, que parecía tener las cosas muy claras y estar decidido a pasar con él una discreta noche de frenética pasión... ¿quién se iba a enterar?

Imitó a su hermano y se giró hacia el mostrador con decisión para encarar al camarero.

- ¿Lo mismo que antes? –preguntó Buba.

Alberto lo miró lascivamente expeliendo el humo del cigarrillo sobre su cara. Adrián estaba distraído vigilando el acceso a los lavabos.

- Sí. Pero si eres tan amable, a mí me pones esta vez dos rodajas de limón y una pajita con fuelle para sorber.

Buba ensanchó su coqueta sonrisa y luego juntó sus jugosos labios para gesticular un beso.

Mientras servía las copas le preguntó en voz baja:

- ¿Tú no eres de Huelva, verdad?

- No. Y mañana me voy al mediodía –contestó Alberto insinuante.

- ¡Qué casualidad! Yo hoy salgo de aquí a las cinco y hasta el mediodía de mañana no tengo nada que hacer. ¿Se te ocurre algo a ti?

Alberto cogió el vaso de su cuba-libre y se llevó lujuriosamente la pajita a su boca ante la provocativa sonrisa de Buba, que se alejaba para atender a otros clientes.

(Del diario de Iñaki)

... ..Mi tocayo Iñaki Sáez ha cogido muy bien las riendas de la selección española de fútbol. Ayer consiguió su segunda victoria como entrenador en un partido oficial para la clasificación en el campeonato de Europa. España venció a Irlanda del Norte por tres goles a uno y se ha colocado la primera de su grupo. Ya estamos acostumbrados, nos catalogarán de favoritos antes de que comience la fase final, pero luego vendrá la consabida decepción.

Paco “el bestia”, con la ingenuidad que le caracteriza, y para matar el tiempo en el patio de la cárcel, esta mañana se ha interesado por mi familia. Nunca lo había hecho, pero sabía que ayer por la tarde estuve en la sala de visitas.

- Están bien –le dije-. Pero mi mujer me ha dicho que han cambiado de domicilio por motivos de seguridad. Ella dice que no debo preocuparme, que están en un lugar seguro. Pero ya es la tercera vez que los trasladan desde que me encarcelaron. Y siempre me cabe la duda de que ella me diga la verdad. A veces pienso que actúa delante de mí para infundirme confianza. Aunque, por otro lado, con el desmantelamiento que se avecina en los partidos políticos más radicales de mi país, pienso que los terroristas tienen ahora otras prioridades más importantes por las que preocuparse que por la familia del homicida de uno de sus miembros. Ayer, por ejemplo, han bombardeado con granadas un cuartel de la Guardia Civil en Urdax, un pueblo de Navarra que está muy cerca de la frontera con Francia. Menos mal que no hubo que lamentar víctimas.

- Si tú quieres –me dijo-, como yo voy a salir muy pronto de aquí, podría visitar a tu familia y luego te escribo para informarte.

- Gracias, pero eso es imposible.

- ¿Por qué?

- Porque yo no sé dónde están.

- ¿Y por qué no lo sabes?

- Precisamente por motivos de seguridad. Todos los terroristas encerrados en esta cárcel son concedores de esa circunstancia. De lo contrario, mi vida en esta prisión sería mucho más insoportable de lo que ya lo es.

- ¡Claro! –exclamó-. Es mejor así.

- Mejor, por su seguridad, pero desconcertante para mí, para mi mujer, y sobre todo para mis hijos. En cuatro años ya se han mudado en tres ocasiones. Han cambiado tres veces de casa y de ciudad. Cuando empiezan a hacer amistades en un sitio, tienen que irse a otro. Cambian de colegio, de compañeros de clase, de profesores. Así es muy difícil que se concentren en los estudios. Mi hija Arantxa aún es muy pequeña y todavía no se da cuenta de muchas cosas, pero Iñaki lo está pasando muy mal. Mi mujer dice que se despierta muchas noches sobresaltado. Ella le ha contado por qué estoy en la cárcel y ahora Iñaki sufre pesadillas. Sueña estar atado de pies y manos, rodeado de terroristas que le lanzan enormes y pesados pisapapeles a modo de lapidación islámica. Y yo soy el único culpable de todos sus males. Nunca debí dejarme llevar por aquel arrebato de rebeldía.

- ¿Pero qué dices? –exclamó exaltado Paco “el bestia”-. Los problemas de un miembro de la familia son los problemas de todos sus componentes. De lo contrario no se llamaría familia. En ese momento actuaste con toda corrección. Más correctamente que muchos otros que aún malviven en el País Vasco acojonados por esos bandidos sin escrúpulos, encarcelados en una prisión mucho más denigrante que ésta. Tú eres un auténtico héroe. Un ejemplo a seguir por tus compatriotas. Porque yo siempre he pensado que Euskadi es un país con un nivel de independencia muy superior a cualquier otra parte de España. Un pueblo que ha demostrado ser un modelo a seguir por el resto de las comunidades autónomas de este país, e incluso de Europa. Si todos los vascos actuaran como tú, a buen seguro que el terrorismo habría tenido que ceder hace muchos años. Porque su principal munición es el terror que generan en sus propios paisanos. Tú no has sido el primero en plantarles cara, pero debes empezar a sentirte orgulloso de no ser el último. Cuando todos los vascos amenazados y extorsionados actúen

como tú, Euskadi será un auténtico paraíso para los vascos, para los españoles, para los europeos y para todo el mundo.

Paco “el bestia” recalca vehementemente su admiración hacia mí. Intentaba animarme y yo no podía por menos que agradecersele.

- Tus palabras deberían escribirse con letras de oro en todas las esquinas de las calles del País Vasco. Pero mucho me temo que siempre habría alguien dispuesto a discrepar, dispuesto a cargar con nueve milímetros la parabellum de la discordia, la parabellum del rencor y de la venganza, la parabellum de la codicia, del odio y de la sinrazón.

Mientras hablábamos, Carlos había permanecido impasible en el centro del patio. Desde que se recuperó totalmente de su herida, todos los días venía haciendo lo mismo. Ocupaba la parte central y desafiaba insolentemente a los terroristas escrutando todos sus movimientos. Incluso gesticulaba con sus manos incitándolos a que se acercaran para pelearse con todos ellos. Los guardias, desde que salió de la enfermería, no le quitan la vista de encima.

Después de la cena, al llegar a la celda, Carlos ha abierto con resignación el sobre que había sobre su cama, el último correo del periodista. Después de leerlo se ha derrumbado psicológicamente ante mí.

- Mi situación es insoportable –me ha dicho ofreciéndome los folios- Después de dos semanas sin recibir noticias tuyas, el periodista sigue dándole caba a esta historia sin fin. El mes de Octubre se va incrustando en mis huesos como una carcoma y todas las promesas de ese periodista hijo de puta me revuelven el estómago. Ya no aguanto más. Necesito encontrar una salida. Tengo que escapar de esta pesadilla. A partir de mañana empezaré a buscar la fórmula para fugarme de esta jaula. Yo comprendo que el sentimiento de culpabilidad que sentís todos los que estáis encarcelados por infringir alguna ley os permita soportar esta ignominia, pero yo soy inocente, y muy pronto voy a cumplir un año de privación de libertad por unos delitos que yo no cometí. Demasiado tiempo soñando con la esperanza de ser restituido en el lugar que me corresponde y con los

honoros que me merezco, por muy proxeneta que haya sido durante toda mi vida.

Carlos me ha hablado muy en serio. Se le ve dispuesto a cualquier cosa antes de resignarse a cumplir su injusta condena. He leído escrupulosamente ese último capítulo de la novela. Y, a pesar de la dificultad, he intentado disuadirlo de sus propósitos.

- Muchas noches –le he dicho-, antes de cerrar los ojos para evadirme de esta vida rastrera que llevamos, he intentado ponerme en tu lugar sin conseguirlo. Estoy convencido de que muy pocos podrían lograr ese propósito. Sé que parece una utopía pedir paciencia a alguien que sufre lo que tú estás padeciendo, pero permíteme aconsejarte. Ambos hemos dudado en muchas ocasiones de la supuesta capacidad de ese periodista para demostrar tu inocencia, sin embargo, hay algo que me hace pensar que lo conseguirá. Hay varios detalles que me inducen a creerlo. El primero de ellos es la escrupulosidad con que narra los hechos. Tú mismo has admitido varias veces que describe, con pelos y señales, todo lo que ocurrió en determinados momentos de esta historia.

Malhumorado, Carlos se ha estado paseando de un lado a otro de la celda buscando argumentos para desacreditar mi opinión.

- ¡Al principio sí! –me ha interrumpido-. Pero todo lo que está narrando ahora es totalmente desconocido para mí. Si ese periodista está tan convencido de mi inocencia ¿por qué se entretiene tanto en cada uno de los capítulos? ¿por qué desmenuza tanto detalle insignificante? ¿por qué no diluye tanta menudencia y no se lanza definitivamente hacia lo que realmente interesa?

- Precisamente esos son los detalles que me incitan a creer que ese periodista va por el camino adecuado. Porque tan importante es para él demostrar la culpabilidad de Adrián, como los motivos que le indujeron a cometer sus salvajes asesinatos.

- ¿Y qué me importan a mí ahora los motivos? –se ha exaltado-. El móvil de los asesinatos es una cuestión de estudio posterior a seguir por los siquiátras. Ahora lo que importa es demostrar mi inocencia.

Sin desmerecer lo más mínimo la opinión de Carlos, he insistido con un nuevo argumento para justificar la escrupulosidad en los detalles que exhibe el periodista en la novela.

- Yo no discuto que el escritor de esa novela sea periodista, aunque tú sabes que lo he puesto en duda en más de una ocasión. Pero de lo que sí estoy absolutamente convencido es de que se trata de alguien que tiene una relación muy directa con la familia Torres. Ese periodista te envió el primer capítulo en el mes de mayo de este año, después de mantener una primera entrevista contigo cuando tú ya estabas condenado y encarcelado en esta cárcel, pero mi intuición me dice que él era sabedor de los hechos con mucho tiempo de antelación. Es más, estoy convencido de que conoce a la perfección el final de su obra.

- Entonces, ¿a qué coño está esperando?

- No lo sé. Pero debe haber algo que lo retiene. Alguna devoción sentimental hacia esa familia, o hacia alguien en concreto de la familia Torres. Quizás se sienta coartado por algún antiguo y merecido agradecimiento hacia algún miembro de esa familia y esté esperando a liquidar esa deuda moral para lanzarse a desvelar públicamente la injusticia que están cometiendo contigo.

Carlos se ha tumbado en su cama lanzándome un gesto despectivo con su mano derecha.

- ¡Demasiada fantasía la tuya! No sé qué escribirás todas las noches en esa libreta, pero algún día me gustaría leer la cantidad de tonterías que se te deben haber ocurrido en los años que llevas aquí encerrado.

El timbre ha resonado con toda su fuerza incrustando su estridencia en mis oídos. No consigo acostumbrarme al estruendo de ese nuevo y escandaloso umbral del sueño que instalaron tras la avería del anterior.

- En cualquier caso –he insistido-, deberías esperar más tiempo. Cualquier imprudencia por tu parte sólo conseguirá agravar tu situación.

Carlos se ha girado hacia la pared y no me ha contestado. Confío en haber conseguido que recapacite... ...

Capítulo XIV

Alberto desvió su mirada de Buba y se giró hacia Adrián.

- ¿Qué opinas de Lourdes? ¡Parece una chica encantadora!

- Es estupenda.

Al igual que su hermano, Alberto era totalmente ajeno a las maniobras que la recepcionista del hotel estaba llevando a cabo para causarle celos a Pablo. Por esa ignorancia le sugirió que anotasen sus domicilios para poder cartearse.

- Es una buena idea –dijo Adrián.

Sara regresó sola de los lavabos.

- ¿Dónde está Lourdes? –le preguntó Alberto.

- Ha salido a la calle. Necesitaba respirar un poco de aire fresco.

Buba se recostó intencionadamente sobre la barra para dirigirse a Sara, descargando su poderosa voz muy cerca de su cliente favorito.

- ¿Te relleno la copa, guapa?

Aquella voz varonil, tan profunda, tan próxima a su oído, consiguió que Alberto se estremeciera y se girase impulsivamente encarando a Buba a escasos centímetros de distancia. Apenas fueron un par de segundos, el tiempo suficiente para que aquel inspector de policía perdiese la noción del tiempo y del espacio.

- ¡Sí, gracias Buba! Pero esta vez con mucho hielo. No quiero que se me suba a la cabeza –aceptó Sara.

Adrián había mirado instintivamente hacia las escaleras tras la respuesta de Sara. Vio a Pablo subiendo por ellas. Por un momento se sintió confuso. Había algo que no encajaba. Lourdes podía haberle pedido a él que la acompañase a dar un paseo. ¿Por qué habría decidido salir sola? ¿Por qué su antiguo novio salía inmediatamente detrás de ella? Ante la intriga, temiendo por la integridad física de Lourdes, reaccionó enérgicamente.

- ¡Enseguida vuelvo! –dejó el vaso sobre la barra y se dirigió rápidamente hacia las escaleras.

Sus movimientos fueron tan rápidos que sorprendieron a Alberto. Cuando se dio la vuelta desencarando a Buba, Adrián ya había desaparecido.

- ¡Adónde habrá ido mi hermano! –exclamó.

- Habrá salido a tomar el aire con Lourdes. Déjalos, ya son mayorcitos ¿no te parece? –insinuó Lourdes arrimándose a su inspector de policía preferido.

Sara le hablaba con un tono de voz muy envolvente. Su mirada delataba un profundo deseo de compartir algo más que unas copas con el valiente policía que había conseguido detener al Degollador de Madrid. Alberto se encontraba entre tres fuegos.

La tormenta se alejaba lentamente, aún vigorosa. Adrián se asomó a la puerta de la discoteca y allí estaban Lourdes y Pablo envueltos en su animada discusión, exactamente igual que lo hicieran media hora antes junto a las escaleras. Pablo gesticulaba ostensiblemente con sus manos y Lourdes hacía gestos inequívocos de no querer aceptar sus excusas. Bajo los soportales del edificio donde se afincaba la discoteca no había nadie más que ellos dos, riñendo, enfurecidos, aparentemente irreconciliables. Adrián se mantuvo inmóvil, observando a hurtadillas desde la puerta de la discoteca, celoso de la vehemencia que Pablo esgrimía con sus gestos ante el rostro de Lourdes. Ella, a cada momento, iba devanando su orgullo, desenterrando una sumisión que apenas se había cubierto por un milímetro de impertinencia transparente, tan transparente como su amor por él, un amor tan poderoso como el escalofriante relámpago que en ese momento iluminó toda la escena. Sus manos, las de Lourdes, enérgicas al principio de la discusión, fueron perdiendo su vigor, su velocidad de movimientos, su resistencia ante la chispeante mirada del hombre con quien había compartido tantos momentos inolvidables. Finalmente, aquellas manos se desplomaron verticalizando sus dedos, ápices de sus brazos vencidos por la poderosa fuerza del pujante deseo de reconciliación, rendidos bajo el peso de un amor que podría llegar a perdonar lo imperdonable. Y allí, ante la atenta mirada de un psicópata peligroso, Lourdes, el nuevo sueño de Adrián, se doblaba al irresistible deseo de sentir en sus jugosos labios el

añorado calor de los labios de Pablo, en un eterno abrazo pletórico de ternura, en el momento solemne de un trueno ensordecedor.

Adrián volvió inmediatamente a la barra de la discoteca. Asió el vaso de su cubalibre con rabia y lo apuró de un trago. Eran las tres y media.

- Creo que deberíamos irnos Alberto. Mañana tenemos que dejar el hotel antes de las doce y luego tendrás que conducir casi ciento cincuenta kilómetros hasta Fregenal de la Sierra.

Alberto supo inmediatamente que a su hermano le ocurría algo extraño. Era él, su propio hermano Adrián, a quien él debería vigilar y aconsejar, quien en ese momento se estaba comportando con la cordura debida en el momento más angustioso de sus cortas vacaciones en Huelva.

- ¿Y Lourdes? ¿No la has visto?

- Sí. Está fuera, en la calle, reconciliándose con su novio. No creo que vuelva a entrar.

- Lo dudo –dijo Sara-. No es del estilo de Lourdes desaparecer sin despedirse.

Adrián exclamó enfurecido.

- ¡Aquí el que se va a despedir soy yo! ¿Te vienes o te quedas Alberto?

Su hermano miró hacia su copa, casi llena, y luego a Buba. La confusión se apoderó de él.

- ¡Espera un momento, hombre, no tengas tanta prisa!

- Déjalo que se vaya a descansar –intervino Sara deseando quedarse a solas con Alberto-Luego puedo acercarte yo al hotel en mi coche.

- Es una buena idea –asintió Adrián-. Yo me iré directamente al hotel. No os preocupéis por mí. ¡Dame las llaves del coche!

Adrián se despidió de Sara besándola en las mejillas.

- ¿Seguro que podrás conducir bien con esa mano vendada? –le preguntó Alberto entregándole dubitativo las llaves del deportivo.

- Sí, no te preocupes. Cuando llegues procura no hacer ruido para no despertarme.

Adrián subió las escaleras y llegó hasta la puerta de la discoteca. Se asomó discretamente mirando hacia la izquierda antes de salir. Lourdes y Pablo

seguían abrazados, besándose apasionadamente junto a una de las columnas de los soportales. Se cubrió la nuca con el cuello de su cazadora y salió sigilosamente para dirigirse hacia su deportivo.

Lourdes y su novio aplacaron su morreo reconciliador y entraron abrazados a la discoteca. Adrián ya estaba lejos. Pasaba por delante del Hotel NH Luz. Luego subió al deportivo y arrancó en dirección hacia ninguna parte.

Alberto no sabía cómo desembarazarse de Sara para quedarse a solas y concretar la cita con Buba. Por otro lado, se sentía mal. Había permitido que su hermano se fuese solo, herido física y sentimentalmente. Pero las lascivas y lujuriosas miradas del camarero, junto con los calurosos efectos del alcohol que llevaba ingerido, lo mantenían como imantado a la barra de la discoteca.

Lourdes se acercó a ellos cogida de la mano de Pablo.

- ¿Y Adrián?

- Se ha ido al hotel. Estaba muy cansado –dijo Sara.

La recepcionista lució una forzada cara de contrariedad ante la mirada de Alberto, pero enseguida cambió el semblante.

- Pablo, te presento a Alberto, el famoso policía que atrapó al Degollador de Madrid.

- Encantado, y enhorabuena –dijo Pablo-. Ya iba siendo hora de que trincaseis a ese cabrón.

Alberto le estrechó su mano. Lo de quedarse a solas se complicaba. Se distanció de la barra.

-Pedid lo que queráis. Yo invito. Enseguida vuelvo -dijo encaminándose hacia el cuarto de aseo.

Mientras evacuaba en uno de los urinarios de pared, pensaba: *“Confío en que Adrián se haya ido directamente al Hotel para descansar. ¡Menuda vigilancia la mía! Pero es que ese Buba está como para mojar pan. Tengo que hacer algo para concretar una cita con él en algún sitio discreto. Quizás viva solo y no muy lejos de aquí.”*

Luego cogió un pequeño bolígrafo que llevaba en el bolsillo de su camisa y cortó un trozo de papel higiénico de uno de los dispensadores. En él anotó:

“Te espero a las cinco en punto en la Plaza de las Monjas, junto a la fuente.”
Plegó varias veces su higiénica misiva y con ella en su mano cerrada salió de los aseos.

Al llegar junto a la barra de la discoteca, Buba terminaba de servir las copas.

- ¿Te relleno a ti también?

- ¡No, gracias! Con este último cubalibre yo ya tengo bastante –contestó Alberto acercándose a Buba para estrecharle su mano cargada con el mensaje-. Y te agradezco que hayas sido tan amable con nosotros durante toda la noche.

Buba cerró su mano ocultando el papel higiénico manuscrito y se distanció varios metros para leerlo disimuladamente. Alberto sorbía por la pajita de su copa mirando de soslayo, esperando una confirmación que no se hizo esperar en forma de discreto guiño de ojo.

Eran las cuatro y cuarto de la mañana. Sara atacaba con fuerza intentando encontrar las debilidades de Alberto, pero el policía siempre encontraba una salida por donde evadirse de sus insinuaciones. Miraba su reloj a cada instante buscando el momento oportuno para librarse del feroz marcaje al que se veía sometido por la amiga de Lourdes.

A las cuatro y media decidió no aguantar más.

- Siento tener que dejarnos, pero ya es demasiado tarde. He de regresar al hotel.

Sara, impulsivamente, apuró de un trago su crema de whisky.

- ¡Yo te acerco!

- No es necesario. Pediré un taxi.

- ¡De eso, nada! –insistió Sara-. Vamos, recojo mi abrigo en el guardarropas y te llevo en mi coche.

Alberto intentó convencerla sin éxito. Finalmente, se despidió de Lourdes y de su novio, y, junto a Sara, se encaminó hacia la salida cruzando disimuladamente su mirada con la de Buba.

El Ford Fiesta de Sara desembocó en la Avenida Pablo Rada con dirección al Hotel Monte Conquero. Inesperadamente, cien metros antes de llegar a la

entrada del hotel, Sara giró a la derecha para adentrarse en un edificio de aparcamientos.

- ¿Adónde vas? –preguntó Alberto.

Sara le respondió con total naturalidad.

- A aparcar mi coche.

- ¿Tienes plaza de garaje aquí?

- ¡Claro! Yo vivo en el edificio de enfrente.

El Ford ascendía por las rampas de los aparcamientos con mucha más agilidad que lo hacía Alberto por su particular cuesta arriba, en su denodado esfuerzo por librarse de su compañía.

Ella estacionó su vehículo en la segunda planta del edificio, apagó las luces del Ford y se giró hacia él elevando su pierna derecha por encima de la palanca de cambios hasta situarla sobre la pierna izquierda de Alberto. Su corto vestido ajustado se deslizó nalgas arriba hasta dejar al descubierto unas finísimas braguitas blancas que cubrían su pubis humedecido.

Alberto se mostró perplejo, inmerso en una situación que sexualmente no le correspondía. La mirada de Sara salpicaba deseo por todo el habitáculo del automóvil.

Con un rápido movimiento, Alberto abrió la puerta y salió del coche ante la sorpresa de Sara.

- He pasado contigo un rato muy agradable, pero siento tener que dejarte. Estoy preocupado por mi hermano. He de comprobar si se encuentra bien.

Sara, que había recobrado la compostura, se apeó del vehículo y se acercó codiciosamente a él desgarrando un convulsivo, casi histérico, tono de voz.

- ¡De acuerdo! Pero dentro de veinte minutos te espero en mi apartamento. Es el 5º-E del número 7, en la acera de enfrente. Y no se te ocurra faltar a la cita o me personaré en el hotel y te buscaré hasta que dé contigo.

Alberto no contestó. Se limitó a permitir que ella se aferrase a su brazo para bajar las escaleras que descendían hasta la acera. Había dejado de llover. Ella le besó dulcemente en los labios y cruzó la avenida. Él encendió un cigarrillo y se encaminó hacia el hotel.

En el mostrador de recepción devolvió el paraguas de cortesía y solicitó una copia de la llave de su habitación.

- No es necesaria la copia, señor –dijo el conserje-. Su llave está en el casillero.

- Entonces... ¿aún no ha llegado mi hermano? –preguntó turbado.

- No señor, aún no ha regresado.

Alberto disimuló ante el recepcionista.

- ¡Ah claro! Ya sé donde estará. Voy a buscarlo.

Salió del hotel y enfiló la avenida abajo. “¿Dónde se habrá metido mi hermano?” –pensaba-. Se detuvo junto a la pared, bajo los soportales del edificio contiguo al hotel. “¿Adónde voy? ¿Qué hago? ¿Qué estará haciendo Adrián en estos momentos?”. Eran las cinco menos cinco de la madrugada. “Dentro de cinco minutos me estará esperando Buba junto a la fuente, en la Plaza de las Monjas. No quiero faltar a esa cita. Y Sara ya habrá llegado a su apartamento y estará vigilando esta acera desde su ventana. Cuando salga de los soportales me verá. Se dará cuenta de que no quiero pasar el resto de la noche con ella y bajará corriendo para perseguirme. ¿Qué puedo hacer? ¡Madre mía, qué lío!”.

(Del diario de Iñaki)

... ...El otoño ha cambiado el paso con motivo del cambio de horario. Hoy, domingo 26 de Octubre de 2002, el sol se ha despertado una hora antes, pero también se ha enfundado el pijama con la misma antelación. La tarde se me ha hecho más larga, casi eterna. Quizás sea por eso que hoy, a pesar de haber dormido una hora más que ayer, ya hace rato que vengo sintiendo los envites del sueño.

Este día, en el que el otoño ha decidido definitivamente descubrirse para mostrarnos su auténtico semblante cargado de añoranzas, es preámbulo de tristezas y alegrías archivadas en el cajón más accesible de la memoria. Este día forma parte del tramo final de ese puente que conduce al territorio de los desterrados, o mejor dicho, al territorio de los enterrados. Pero éste será ya el cuarto año que faltará a la cita en el día de los difuntos. A esa cita con los que ya nos son nadie, de quienes sólo poseemos los recuerdos y sus enseñanzas. Pero a mí me gusta imaginar que mis abuelos, mis padres y mi queridísima hermana Aida, que murió con tan sólo quince años en un accidente de tráfico, me habrán echado de menos en todo este tiempo de ausencia.

Desde donde mis recuerdos comenzaron a dejar sus huellas marcadas en esa blanda y mullida alfombra de cera que es la memoria, exceptuando estos últimos cuatro años, siempre visité el cementerio el día de los difuntos. Cuando era niño lo hacía de la mano de mis padres, y luego, de la mano de Arantxa. Pero nunca nos movió ningún impulso de carácter religioso, sino el simple deseo de compartir y disfrutar de los recuerdos de nuestros seres queridos con amigos que, por la razón que sea, acuden precisamente ese día al cementerio.

Tanto en mi familia como en la de Arantxa nunca se cultivó la tendencia hacia ningún credo. En ninguna de las dos familias se ha celebrado, desde tiempos inmemoriales, ningún rito de carácter religioso. No fuimos bautizados, ni hicimos la primera comunión, ni acudimos a los templos en ningún caso. Arantxa y yo nos casamos sólo por lo civil, pero lo celebramos

con el mismo amor y la misma ilusión que cualquier matrimonio canónico. También celebramos el nacimiento de nuestro hijo Iñaki, y luego el de la pequeña Arantxa, como se celebran los acontecimientos alegres en cualquier familia del mundo, pero sin necesidad de marcarles, con prevaricación y alevosía, con el sello de una u otra religión. Un sello que, en la mayoría de los casos, sólo es vinculante a efectos estadísticos y como objeto de mercadeo para que las autoridades eclesiásticas obtengan de los gobernantes políticos succulentos beneficios económicos y fiscales. Al menos así es como ocurre en España con la iglesia católica. Y nos gustaría que nuestros hijos, ¡cuánto los echo de menos!, creciesen educándose en el amor, en el respeto y en la honradez para con ellos mismos y para con los demás, pero siempre alejados de toda disciplina religiosa que basada en infundados dogmas que se erigen sobre los intangibles pilares de la fe, en cualquiera de los dioses creados por la imaginación y la necesidad del hombre por encontrar respuestas a todo aquello que la ciencia aún no ha sabido dar explicación, los induzcan al obligado cumplimiento de unos preceptos de carácter económico, engañados con el premio de unas supuestas indulgencias que aliviaren sus sufrimientos purgatorios en el más allá, en esa mal llamada vida eterna, que no es otra cosa que la eterna muerte.

El sentimiento de pena que mis amigos creyentes dicen sentir por mí y por mi familia, porque no cumplimos con los ritos religiosos que nos habrían de salvar de ese infierno que les atemoriza, no es nada comparado con la pena que yo siento por ellos, ilusos navegantes en un mar de creencias y miedos inculcados, temores que sólo pueden tener sentido en los enrevesados laberintos de sus frágiles mentes.

Esta tarde han abierto las puertas de la 'jaula' para que saliera Paco "el bestia". Lo voy a echar mucho de menos. Pero quienes más le van a echar de menos son los de su grupo. Durante la cena, los he notado inquietos. Miraban con recelo hacia la mesa donde cenaban el Gusi y sus compinches maricones. Carlos también se ha dado cuenta.

- ¡Pobres diablos! Más vale que no se separen unos de los otros ni un solo minuto si no quieren ser pasados por la piedra.

- Ya se buscarán a otro que les proteja –le dije.

- Pues conmigo que no cuenten.

Ahora, en la celda, mientras yo escribo en mi libreta, Carlos está leyendo por segunda vez el nuevo correo que ha recibido esta mañana del periodista. Es el decimocuarto capítulo de la novela. Yo lo he leído después de comer.

- Seguro que en el próximo capítulo ya se descubrirá quién fue la última víctima –le he dicho.

Carlos ha doblado los folios y los ha vuelto a colocar en el estante.

- No estés tan seguro. Ese periodista se entretiene tanto en los detalles que es capaz de dedicarle el capítulo entero al polvo que le va a echar ese tal Buba al policía. Pero si todo sale como tengo pensado, yo ya no leeré ese capítulo de la novela, al menos en esta cárcel.

- ¿Qué quieres decir?

- Que ya no aguanto más.

- ¿Pretendes decirme que ya tienes planificada tu fuga?

- Aún me quedan por perfilar algunos detalles, pero la fecha ya está fijada.

- ¿Por qué no esperas hasta el próximo capítulo? Mi intuición me dice que ese periodista no tardará ya mucho en poner todas sus cartas boca arriba. Después de todo lo que has esperado...

- Precisamente por eso, porque ya he esperado demasiado tiempo.

- ¿Y cómo piensas fugarte?

- Te enterarás cuando yo ya esté lejos.

- Yo sigo pensando que vas a cometer un grave error. Y si en algún momento has pensado contar con mi colaboración, ya puedes ir olvidándote de ella.

- No necesito tu ayuda. Lo único que tienes que hacer es mantener tu boca cerrada hasta que yo esté fuera de aquí.

- Aunque creo que informando a los guardias de tus intenciones de fuga te estaría haciendo un gran favor, no es mi estilo. Ya eres mayorcito para saber lo que te interesa.

- ¡Me interesa mi libertad! ¡Es lo único que me interesa!

- Pero una cosa es ser un hombre libre y otra bien distinta es ser un fugitivo, un evadido de la justicia con una orden de busca y captura a tus espaldas.

- Entre ser un fugitivo y ser un preso inocente, la elección es muy fácil, prefiero ser un fugitivo.

Esta última afirmación de Carlos desmonta cualquier argumento posible para intentar disuadirlo. Y no hace falta ponerse en su pellejo para corroborarla.

El timbre de la galería acaba de zumbear en mis oídos como el silbato de un árbitro que da por finalizado el partido... ..

Capítulo XV

... ...Sara se había quedado con las ganas aquella noche. Alberto Torres consiguió llegar hasta la Plaza de las Monjas sin que ella le viese desde la ventana de su apartamento.

A las ocho y cuarto de la mañana Alberto Torres regresó al hotel. En esta ocasión el recepcionista entrante le entregó una copia de la llave de la habitación. Eso significaba que su hermano había regresado antes que él.

Mientras subía en el ascensor se regocijaba recordando los lujuriosos momentos que acababa de compartir con Buba. Llegó hasta la puerta de la habitación y la abrió con mucho sigilo. Comprobó que Adrián dormía placenteramente. Luego programó su teléfono móvil para que sonase a las once y cuarto, y se acostó.

Tres horas y media más tarde, antes de abandonar el hotel, bajaron al comedor. Mientras desayunaban escucharon las noticias que ofrecían por televisión. Aquella noche, en la Avenida de las Palmeras, concretamente en el Parque de las Palomas, un lugar muy cercano al puerto de Huelva, una prostituta había sido degollada y presumiblemente violada.

Ambos hermanos desclavaron su vista del televisor y se miraron fijamente a los ojos. Sus miradas eran como lanzas afiladas que se clavaban en lo más profundo de sus almas.

- ¿Dónde estuviste anoche, Adrián?

- ¿Y tú? ¿Dónde estuviste tú, Alberto?

No hubo respuestas. Terminaron de desayunar y salieron del hotel.

La conversación que mantuvieron los dos hermanos durante el viaje de regreso se concretó en una mutua confesión de sus intimidades y comportamientos. A partir de entonces, Adrián abandonó sus criminales conductas. Tuvo que aceptar las condiciones impuestas por Alberto si no quería ir a la cárcel denunciado por su propio hermano. A los pocos días, Adrián se trasladó a Madrid y se instaló en el apartamento de Alberto. Dos veces en semana Adrián acude a la consulta de un psicólogo argentino, a

quien Alberto ayudó mucho cuando prestaba sus servicios en el Departamento de Inmigración.

Llegaron a Fregenal de la Sierra alrededor de la una y media de la tarde. Alberto, a pesar de la insistencia de la seña Mariana y de Anselmo Torres, prefirió no quedarse a comer. Alegó que había recibido una llamada telefónica de su jefe y tenía que regresar inmediatamente a Madrid. Pero lo cierto era que estaba deseando reencontrarse con Nacho. En lo más profundo de su ser sentía la imperiosa necesidad de compartir con él todas las experiencias que había vivido durante la última semana, incluyendo su confesión de infidelidad. Se sentía como un niño perdido en un mar de dudas, deseoso de recibir amor y comprensión.

Nacho, tras escuchar todas las confidencias de su compañero sentimental, inmediatamente adoptó la decisión de abandonarlo, pero guardó silencio. Alberto lo llamaba por teléfono casi a diario solicitando su ayuda y su perdón, pero Nacho, sumido en una profunda depresión psicológica, no atendía a sus súplicas.

Durante meses, Nacho dedicó todo su tiempo libre a transcribir escrupulosamente todos y cada uno de los detalles que Alberto Torres le había desmenuzado de aquella macabra historia. Luego, valiéndose de su oficio de periodista, amplió su información entrevistándose con los protagonistas y visitando todos los escenarios donde se habían desarrollado los hechos. Hasta que, finalmente, decidió convertir aquella historia real en una novela que sirviese para algo más que para entretener al lector, una novela con la que pretende que se haga justicia, una novela en la que ha invertido, con toda seguridad, más tiempo del que Carlos Expósito hubiera deseado. Pero invirtió tanto tiempo porque muchas veces dudó de su continuidad, porque en su corazón aún quedaban los rescoldos encendidos del inmenso amor que había sentido por Alberto. Pero aquellas brasas se fueron apagando lentamente hasta convertirse en cenizas.

Y dentro de escasos minutos, el periodista y autor de esta novela se dirigirá a una oficina de correos para enviar este último capítulo a Carlos Expósito, el proxeneta que fue condenado injustamente por los delitos que cometió

Adrián Torres, el hermano del inspector de policía Alberto Torres, con quien compartió los momentos más felices de su vida, y de quien recibió la mayor decepción que jamás hubiese podido imaginar. Luego, junto con una carta de despedida, recopilará todos los capítulos de esta novela y los enviará a su agencia periodística para que actúen en consecuencia.

Acto seguido, Nacho abandonará voluntariamente el mundo de los vivos, porque, para él, la vida ha perdido todo su significado. Y se suicidará con la confianza de que esta novela conseguirá demostrar la inocencia de Carlos Expósito, y con la certeza de que todo el esfuerzo físico y moral que ha derrochado escribiéndola habrá servido para algo. Porque para Nacho, en estos trágicos momentos, no puede haber nada más sublime ni más arrebatadoramente gratificante, que la esperanza de conseguir devolverle la libertad a un inocente encarcelado.

Desde el borde del abismo

Ignacio Rodríguez

5 de Noviembre de 2002

(Del diario de Iñaki)

8 de Noviembre de 2002

... ..Nicolás pasará por aquí de un momento a otro haciendo el recuento de presos y dará la voz de alarma. Después de la cena Carlos ha desaparecido. Ignoro si ya habrá logrado fugarse o si aún se encuentra escondido en algún lugar de esta cárcel esperando el momento oportuno para escapar. A pesar de haberlo intentado de mil maneras durante estos últimos días, no he conseguido que me revelase su plan de fuga.

Cuando he llegado a la celda, sobre su cama había un nuevo correo del periodista. No me atrevía a cogerlo. Siempre he sentido un respeto muy especial por todo aquello que es privado. Pero si no lo hacía yo, los guardias se lo llevarían y nunca llegaría a leer el nuevo capítulo. Finalmente, he decidido guardar el sobre entre las hojas de mi libreta, junto con todos los capítulos anteriores. Carlos los ha dejado sobre su estante.

Se acerca Nicolás...

...Cuando Nicolás se ha asomado por la mirilla y ha advertido la ausencia de Carlos, se ha puesto muy nervioso.

- ¿Dónde está tu compañero de celda?

- No lo sé -le he contestado.

Su nerviosismo se iba acrecentando.

- ¿Cómo que no lo sabes? Vosotros dos siempre andáis juntos. ¡Déjate de bromas, Iñaki! ¡Dime dónde está!

- Te aseguro que no lo sé, Nicolás. Desde la hora de la cena no he vuelto a verlo.

Nicolás ha hecho sonar su silbato y ha salido corriendo. La galería se ha convertido en un enjambre de voces. *¿Qué coño pasa?*, he oído gritar al Gusi. *¿Alguien sabe qué leches está pasando?*, ha gritado otro. *¡Silencio!*, ha ordenado Nicolás. Pero nadie le ha hecho caso. Todos quieren saber qué suceso ha provocado la alarma y se gritan unos a otros intentando averiguarlo.

Nicolás habrá ido a informar a sus superiores. Supongo que no tardarán mucho tiempo en venir para interrogarme a fondo. Ya oigo sus pasos acercándose. Voy a esconder mi libreta...

...Mientras me interrogaban, varios guardias han registrado una a una todas las celdas de la galería. Nicolás husmeaba en todas mis cosas, excepto en mi libreta. La he escondido debajo del colchón y ahí no se le ha ocurrido mirar.

- ¿Y quieres hacernos creer que tu compañero de celda no te ha insinuado nunca qué es lo que estaba tramando? –me ha preguntado finalmente el jefe.

- Últimamente lo notaba muy reservado –le he dicho-. Apenas hablaba conmigo. Yo sé que por su cabeza rondaba la idea de escaparse algún día de esta cárcel, ¿a qué preso no se le ha pasado esa idea por la cabeza alguna vez? Pero nunca hubiese imaginado que lograría fugarse.

- ¿Querrás decir que intentaría fugarse? Porque si hay algo de lo que estoy completamente seguro es de que aún no ha conseguido salir de esta cárcel. Y por muy recóndito que sea el escondrijo donde se encuentre, tarde o temprano daremos con él –se ha expresado con rotundidad.

Los guardias que habían estado registrando todo el módulo han entrado en la celda para informar.

- Hemos mirado por todos lados y nada. Ese cabrón ha debido quedarse escondido en algún sitio fuera de esta galería.

- Pues manos a la obra –ha dispuesto el jefe-. Tendremos que registrar la cárcel palmo a palmo si es preciso hasta dar con él. Voy a telefonar al Director.

Antes de que salieran todos de la celda, el jefe se ha girado hacia mí y me ha dedicado, junto con su mirada inquisitiva, una advertencia.

- Confío, por tu bien, en que no nos estés ocultando nada, Iñaki.

Yo he aguantado estoicamente su mirada hasta que ha vuelto a girarse para salir. Luego han cerrado la puerta y se han ido apresuradamente.

Me he asomado a la ventana para hacer tiempo hasta que apagasen las luces. Hoy hay luna llena. Mi vista se ha recreado con el tenue brillo de las copas de los árboles frutales. Por un momento, en mi imaginación he visto a Carlos corriendo bajo el tupido ropaje de sus ramas, como lo haría una gacela que ha conseguido zafarse de los afilados colmillos de una jauría de perros salvajes huyendo hacia la ansiada libertad, hacia esa libertad que nunca debieron arrebatarse.

Hoy no ha sonado el timbre. Han apagado las luces sin previo aviso. Me he asegurado de que todo estaba en calma y he cogido la libreta. Los rayos de la luna reposan tenuemente sobre mi almohada. He abierto el sobre y me he tumbado en la cama boca abajo, colocando los folios de tal forma que pudiese aprovechar la luz de la luna para leer este último capítulo de la novela.

Intuía que el final estaba cerca, pero nunca me hubiese imaginado un desenlace así. Aunque me entristece enormemente el suicidio del periodista, me congratula saber que no andaba yo tan desencaminado en mis predicciones. Efectivamente el escritor de la novela tenía lazos sentimentales con uno de los miembros de la familia Torres, y nada menos que con Alberto Torres... ..

(Del diario de Iñaki)

9 de Noviembre de 2002

... .. Esta tarde, el Director de la prisión ha decidido dar por terminada la búsqueda de Carlos y hacer pública la noticia de su fuga. Los funcionarios han estado toda la noche y toda la mañana registrando la cárcel de punta a cabo sin resultado positivo. Aún no sé cómo lo ha hecho, pero Carlos ha conseguido driblar todas las medidas de seguridad de esta prisión.

Antes de la cena, el Director me ha llamado a su despacho para ofrecermé una serie de beneficios penitenciarios si colaboraba con él en la localización de Carlos. Me ha prometido que hablaría personalmente con el Ministro de Justicia para proponerle una reducción de mi condena. Y me ha manifestado la importancia que tiene personalmente para él, y sobre todo para su expediente profesional, atrapar a Carlos lo antes posible y devolverlo a la prisión.

- Siento no poder ayudarle. El paradero de Carlos es totalmente desconocido para mí –le he dicho.

Pero inmediatamente se me ha ocurrido una idea para minimizar las consecuencias negativas de la fuga en su expediente profesional, y conseguir de él todo el apoyo necesario para demostrar la inocencia de Carlos.

- Supongo que, para el Director de una prisión –le he insinuado- la fuga de un preso de quien se pueda demostrar que era inocente, y que había sido encarcelado de forma injusta, e interesada desde el punto de vista político, siempre será menos reprochable por parte de sus superiores que la fuga de un preso peligroso.

- ¿Qué insinúa usted? –ha reaccionado mirándome con los ojos como platos de un restaurante de lujo.

- Insinúo que Carlos no es el Degollador de Madrid. Insinúo que Carlos fue condenado por los delitos que él no cometió. Insinúo que, por intereses políticos, se agilizaron los trámites de su juicio para encarcelarle cuanto antes, porque él era el único sospechoso, que no el culpable, de aquellos

salvajes asesinatos y violaciones. Insinúo que no se tuvieron en cuenta una serie de detalles que intentó defender sin éxito el Jefe Superior de Policía de Madrid, quien finalmente tuvo que ceder ante la presión política y ante las circunstancias que rodearon la detención de mi compañero de celda. Insinúo, o mejor dicho, no insinúo, afirmo que Carlos Expósito es inocente y que ha sido víctima de una resolución judicial interesada, una resolución que era políticamente necesaria adoptar en unos momentos cruciales para los intereses del gobierno de España.

En la mirada del Director se reflejaba una generosa e interesada curiosidad.

- ¿Y se puede saber en qué se basa usted para insinuar y afirmar todo eso?

He dudado un instante, pero inmediatamente he pensado que ya no había nada que perder, que había llegado el momento de poner las cartas boca arriba para ayudar a mi amigo Carlos, porque, para el Director de la cárcel, inmiscuirse en el proyecto de demostrar la inocencia de mi compañero de celda también sería la única posibilidad de redimir su prestigio profesional, aunque sólo fuese desde el punto de vista moral.

- Me baso en la confesión que, con estructura de novela, ha ido recibiendo Carlos Expósito, capítulo a capítulo, de ese periodista que le visitó hace unos meses en esta cárcel. Ese periodista que también se entrevistó con usted con el fin de recabar más información para su novela.

- ¿Se refiere usted a ese corresponsal de una agencia extranjera?

- ¡El mismo! Quien además era el compañero sentimental de Alberto Torres, el inspector de policía que protagonizó la fantástica detención de Carlos Expósito, para encubrir a su hermano Adrián Torres, el verdadero Degollador de Madrid, y de Huelva. Y digo que era el compañero sentimental de Alberto Torres, porque, usted podrá verificarlo, ese periodista se ha suicidado hace tan sólo unos días, momentos después de poner el punto y final a su trágica novela. Esa historia cargada de realidad y de injusticia.

- ¿Y usted cree que en esa novela hay datos suficientes para demostrar todo lo que me está contando?

- Esa novela podrá demostrar todo lo que usted quiera –le he dicho rotundamente-, siempre y cuando usted, que es ahora el mayor interesado,

extienda sobre el tapete de este escabroso asunto su indubitada voluntad de esclarecer los hechos y consiga que se reinvestigue el caso de “El Degollador de Madrid”, proponiendo nuevas pruebas periciales. Y estoy convencido de que contará para ello con la inestimable colaboración de alguien que, a buen seguro, aún conserva serias dudas sobre la culpabilidad de Carlos.

- ¿Y quién es esa persona? –me ha interrumpido muy interesado.

- Medardo Méndez, el Jefe Superior de Policía en Madrid. Pero además, podrá contar con la colaboración de la agencia periodística para la que trabajaba Nacho, el compañero sentimental de Alberto Torres. Esa agencia ya habrá recibido una copia de la novela y, a buen seguro, ya habrá puesto en marcha todos sus mecanismos jurídicos y periodísticos para demostrar la inocencia de Carlos y la culpabilidad del hermano del policía... ..

Algunas semanas más tarde

(Del diario de Iñaki)

... ..Carlos ha regresado hoy voluntariamente a la prisión. El director ha tenido la deferencia de alojarlo nuevamente conmigo, en la misma celda. Ha decidido entregarse después de ver las noticias que se vienen difundiendo por televisión en estos últimos días. Los abogados de la agencia extranjera para la que trabajaba el periodista han conseguido que se reabra el caso de “El Degollador de Madrid”. El Juez ha ordenado prisión incondicional, hasta la celebración del nuevo juicio, para los hermanos Alberto y Adrián Torres...

Varios meses después

(Del diario de Iñaki)

... ..Libertad. ¡Qué maravillosa palabra! Ha retumbado en mi cabeza con un eco infinito mientras salía por la puerta mi compañero de celda. Luego se ha hecho el silencio. Me he quedado solo, atascado con mis pensamientos. He reflexionado sobre mi culpa, sobre el involuntario homicidio que cometí aquel fatídico día. Cada vez que lo recuerdo se me crispan los nervios. Pero mi conciencia siempre relaja mis músculos. A veces se tensan hasta causarme dolor.

La cama de enfrente se ha quedado vacía, tan vacía como el tiempo que me envuelve en la soledad de esta estancia donde vivo muriendo lentamente. Y aún hay quien dice que la vida es demasiado corta. Pero... ¡que le pregunten a un preso sobre la longevidad de la vida!

Me pregunto quién será mi próximo compañero de celda... ..



Javier Feijóo

DEL DIARIO DE IÑAKI

NOVELA

EDICION DIGITAL